

EL DIABLO

LE DA OJOS

A QUIEN NO VE

INSPECTOR
MARTÍN VILCHES

JUAN G URBANO

JUAN G URBANO

EL DIABLO LE DA OJOS

A QUIEN NO VE

Capítulo 1

<<Benditos sean los destructores de la falsa esperanza, pues ellos son los verdaderos Mesías, malditos sean los adoradores de DIOS, pues ellos serán ovejas esquilmadas>>

Anton Lavey

El repique de campanas se mezcla con el ladrido de los perros y el llanto desconsolado de niños pequeños. Otro año más vivimos este bucle constante que nos hace recrear los mismos momentos con estados de ánimo completamente cambiados. Como si no hubiera sido suficiente con la romería del Rocío en pleno mes de mayo, ahora toca revivir el inicio de una nueva fiesta con el tronar de cohetes desde el amanecer. En Marbella, una vez más, llega el prólogo de la Feria, y centenares de vecinos se congregan en la Casa de la Hermandad de los Romeros de San Bernabé, unos por devoción y otros por simple gorronería. La jornada, como en años anteriores, comienza a las ocho de la mañana con el tradicional desayuno a base de chocolate con churros; los más rápidos toman posiciones para recibir su ración gratuita de masa aceitosa, los lentos esperan su turno maldiciendo a los primeros, y los mayores usan su edad acompañado de empujones para saltarse la larga cola. La condición humana nos hace pecar más que nunca en las celebraciones religiosas. La envidia, la ira y la gula hacen acto de presencia al compás de las salves rocieras y de la mirada complaciente del párroco local, y como no, los políticos de turno, que se mezclan con el populacho para hacer campaña de la maravillosa gestión que están llevando a cabo. Al mismo tiempo, los conocidos como “palmeros”, aclaman al alcalde a su llegada entre vítores y abrazos sin tener en cuenta la reciente imputación de su concejal de Obras Públicas por presuntos tratos de favor.

Esta es la otra Marbella, la del pueblo, la que no aparece en las revistas o en los programas más frívolos e insulsos de la televisión, la Marbella obrera que se aferra a su Santo como el político se agarra a su sillón.

Un nuevo cohete anuncia el comienzo de la romería y los bueyes inician el recorrido tirando de la carreta que porta el estandarte de la Hermandad. Le siguen una veintena de caballos con jinetes vestidos de corto y marbelleras vestidas con trajes de gitana. Los romeros rinden honor a su santo con camisas blancas y portando sus relucientes medallas.

Los “guiris” se amontonan en las aceras para ver pasar a la comitiva, algún

extranjero se lanza a tocar palmas que se acercan más a los aplausos que al ritmo del tambor.

El ambiente se desarrolla dentro de los cánones de la festividad, castañuelas, bailes y vino fino marcan el ritual. Un – ¡Viva San Bernabé! – sube el ánimo de los asistentes que responden al unísono con otro – ¡Viva! –.

El recorrido deja las calles de la ciudad para comenzar la ascensión del camino hacia la ermita, el asfalto da paso al albero y las construcciones de ladrillo al campo, campo no exento de especulaciones urbanísticas que aguantan las investidas de los promotores gracias a la vigilancia constante de asociaciones y activistas.

El calor de ese primer domingo de junio empieza a apretar y las chicharras inician su canto mientras el sudor se apodera de los cuerpos sebosos exentos de agonía.

- Dame la bota pisha que me estoy ahogando – espeta un chaval con la cara repleta de granos.

La corte enfila los últimos metros del tramo de Nagüeles bajo la atenta mirada de un cuervo que se posa en un árbol como preludio de un gran mal.

Una víbora se cruza desafiante ante el gentío. - Tranquilo torito – le dice el boyero a las bestias que empiezan a ponerse nerviosas.

Unos críos juegan en un lado del camino arrancándole las patas a una cigarra haciendo alarde de la temprana y podrida naturaleza humana.

Las risas, el baile y el alcohol, dan paso a los gritos de algún que otro romero que pide orden a su manada.

De repente un nuevo grito, pero este no es un grito festivo es más bien un grito ahogado. – ¡Dios mío! – espetan varias mujeres que se tapan la boca con la mano. Una cadena de personas vomitando destaca frente al semblante pétreo y paralizado del resto del público. Sólo los fotógrafos que cubren la procesión reaccionan disparando sus cámaras ante el espectáculo dantesco, una imagen que hinchará los bolsillos de los psicólogos de toda la Costa del Sol.

La imagen espanta hasta al más curtido de los consumidores de cine gore. ¿Cuánto sufrimiento y agonía pudo haber soportado esa joven de raza negra? ¿Cuánto odio puede acumular su perturbado asesino para ejecutar ese sadismo?

La relajación de los músculos de la carne muerta contrasta con la tensión del horror de su cuerpo crucificado de manera invertida. Nadie repara en el ángulo de 45 grados en el que han dejado a la chica, nadie repara en sus

piernas abiertas en forma de “V” ¿quién podría? La brutalidad de la escena es tremenda; le han cortado las orejas y se las han clavado en las manos, le han cosido los párpados y la boca con un hilo blanco y puntadas cruzadas. Un alambre espinado alrededor de la frente corona su cabeza que toca el albero. Su camisa blanca a duras penas se distingue entre las salpicaduras de sangre coagulada. El pantalón corto deja al descubierto las rasgadas piernas, y los pies desnudos la falta de uñas arrancadas.

- ¿Qué es eso que le cuelga del cuello? – grita una mujer.

- Parece su lengua – contesta una voz semiafónica.

Sólo una persona muestra una sonrisa.

Capítulo 2

La luz del día se cuela a través de las tablillas de los estores. El ambiente cargado por el olor a alcohol se mezcla con el humo de una colilla mal apagada. Las cortinas abiertas de color neutro hacen juego con el cabecero de diseño barato, además, el escritorio y el suelo enmoquetado revelan el precio estándar de la habitación de hotel.

Los ronquidos entrecortados presagian un descanso poco sosegado. En la cama yacen dos cuerpos, en uno de los lados descansa una joven desnuda de piel tersa y grandes pechos. Su cara presenta signos de la dureza de su trabajo diario. A su lado, boca arriba, duerme un hombre de unos 40 años, de pelo abundante y barba negra. Su cuerpo, en otro tiempo trabajado, ha dado paso a una barriga flácida y algo hinchada. No medía más de un metro setenta y cinco, estatura que siempre justificó como por encima de la media para los hombres de su generación. Sus facciones inspiran confianza pero las bolsas creadas debajo sus ojos enseñan su falta de paz.

En la mesita de noche, junto a un mechero zipo y un paquete de Winston, vibra un teléfono móvil de marca china por tercera vez.

- Sí – contestó tras carraspear y sentarse en el borde de la cama.
- Inspector Vilches, soy Juan Carlos Ramírez su nuevo ayudante.
- Y ¿qué cojones quiere de mí un domingo por la mañana? – contestó al tiempo que se encendió un cigarrillo.
- Lo siento señor no era mi intención molestarle pero tenemos un homicidio en Marbella, por la zona de Sierra Blanca.
- ¿Otro ajuste de cuentas? ¿no pueden llamar a otro?
- No señor, no parece un ajuste de cuentas, la verdad es que la escena es bastante grotesca, y señor, el comisario ha dejado claro que le quería a usted en el caso.
- Está bien, mándame la ubicación por whatsapp, estaré allí lo antes posible.

El inspector, se incorporó y se vistió lentamente, sin desprenderse en ningún momento de su primer cigarro del día. Miró a la cama y esbozó media

sonrisa al ver a la chica dormida. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su billetera, cogió dos billetes de 50 euros y los dejó sobre la mesita de noche que había junto a la mujer, que abrió los ojos levemente.

- ¿Quién llama tan temprano?
- Nada importante, un tema de trabajo.
- No puedes quedarte un poquito más – le dijo al tiempo que le bajaba la cremallera de los pantalones con una mano.
- Me temo que no, lo siento. Gracias por la juerga de anoche, dile a tu jefa que te volveré a llamar.
- Gracias a ti Martín.

Capítulo 3

Ya era medio día cuando el inspector Vilches aparcó junto al cordón policial el Citroën C4 que la Policía Nacional entregaba a sus inspectores de servicio. Al bajarse del coche no daba crédito al número de curiosos que se agolpaban, parecía que media ciudad se había enterado antes que él del suceso. Las redes sociales habían hecho su trabajo como se esperaba, y aunque el departamento de prensa de la Policía Nacional mandó un comunicado a los medios para que no publicasen las imágenes en sus diarios, se vieron desbordados ante la cantidad de fotografías que se habían tomado desde teléfonos móviles, poblando Facebook, Twitter o Instagram, con hashtags tan morbosos como #orejasclavadasenmanos, #negracrucificada o #romeríasangrientaenmarbella.

Martín se acercó al policía que custodiaba el cordón y mostró su placa.

- Soy el inspector Vilches.

Acto seguido el agente le dejó pasar y le dijo que lo estaban esperando.

En los 50 metros que tuvo que recorrer hasta el cuerpo pudo ir digiriendo la escena. Junto a la chica se encontraba una pareja de la policía científica con la que ya había coincidido en varios casos. Martín los saludó con un leve movimiento de cabeza esperando a que uno de ellos le pusiera en antecedentes. Escasos metros antes de llegar a la escena le abordó un joven de unos 25 años, espigado y de nariz alargada y puntiaguda que se presentó como Juan Carlos Ramírez.

- ¡Inspector!, ¡inspector!, soy Juan Carlos Ramírez, su ayudante – dijo mientras extendía su mano.

Martín no tenía intención de entablar amistad con ese imberbe al que no le daba más de 6 meses a su lado. Le dio la mano y sin dar muchos rodeos le preguntó sobre el caso al tiempo que se acercaban a la víctima.

- ¿Quién es la víctima?

- La policía científica aún está haciendo trabajo de campo pero la víctima llevaba una fotocopia de su pasaporte en uno de sus bolsillos. Se trata de Jessica Salazar, 21 años de edad y de nacionalidad colombiana. Por lo que

hemos averiguado entró en territorio Schenguen por Alemania con una visa de estudiante hace algo más de un año, su visado había expirado hace tiempo.

- ¿Una fotocopia?

- Por lo que sé muchos inmigrantes lo hacen por miedo a que les retiren sus pasaportes. Si les para algún policía y descubre su situación irregular...

- Entiendo.

- Como puede ver señor...

- No me llames más señor – le interrumpió secamente.

- Sí señor, digo inspector. Como puede ver la víctima ha sido crucificada en un soporte de madera en un ángulo de unos 45 grados. Las piernas están separadas y parte de la cabeza reposa sobre el suelo.

Martín le levantó la mano para que dejara de hablar y se tomó un minuto observando la escena.

- ¿Cuánto pesa la víctima?

- No entiendo inspector.

- Quiero saber si un hombre sólo ha podido hacer esto o si han sido varios – dijo con tono calmado sin dejar de mirar el cadáver.

- No más de 40 kilos – hizo una pequeña pausa y continuó con su relato – como le decía la víctima tiene la cabeza apoyada en el suelo, en la frente tiene un alambre de espinas con forma de corona. Hay marcas inciso contusas en brazos y piernas. Además le han cosido tanto los párpados como la boca, también le han cortado las orejas y se las han clavado en las manos. Lo más aberrante, aparte de las torturas que ha sufrido, es que le han cortado la garganta y le han sacado la lengua por la laringe.

- Han preguntado en las fincas de alrededor por si alguien hubiera visto algo.

- Sí, en las tres fincas más cercanas, nadie ha visto nada pero en una de ellas faltan varios postes y listones de madera con los que se podría haber hecho la estructura para sacrificar a la víctima, además falta un trozo de alambrada para evitar que se le escape el ganado.

- Cuando me llamó le pregunté si se trataba de un ajuste de cuentas y me dijo que no. Yo veo muchos indicios que me hacen pensar que sí que lo es; las orejas cortadas y la boca y los párpados cosidos, no ver, no hablar, no escuchar, y si lo haces ¡zas! Te corto el cuello y te hago lo que se conoce como corbata colombiana.

- Tiene razón, pero hay otros que indican que se ha realizado un ritual, le extraña crucifixión invertida, la corona de alambre, y las marcas del suelo.

- ¿Qué marcas?

Juan Carlos le señaló al albero mostrándole dos figuras ovaladas concéntricas que dejaban a la cabeza de la víctima prácticamente en el centro de las mismas, estas figuras se iban cerrando hasta un metro por delante de la estructura de madera en la que yacía la víctima. Dentro del anillo ovalado se encontraban cinco marcas dibujadas en hebreo, posicionadas en la una, las tres, las seis, las nueve y las once de las agujas del reloj.

- Aún no sabemos el significado de de las formas ovaladas ni de las marcas del suelo – dijo Juan Carlos.

Martín miró intrigado la escena y se movió por delante de la chica asesinada sin quitarle la vista de encima.

- Es bastante inquietante. ¿Hay algún sospechoso?

- Ninguno por el momento, hemos interrogado a los primeros en encontrar el cuerpo pero todos han visto lo mismo.

Vilches giró la cabeza para ver a la gente que seguía amontonándose con curiosidad.

- Haga el favor de pedir que todo el mundo se vaya.

- Claro inspector.

Tras unos minutos absorto caminando alrededor del cadáver Martín vio algo extraño, no era nada que se encontrase a simple vista en la escena del crimen, era algo que formaba parte de ella pero que necesitaba verse desde un prisma diferente, se percató del efecto óptico que provocaba el cadáver sobre las marcas dibujadas en el suelo cuando se movía a su alrededor, la chica quedaba inmóvil pero las esferas se movían como la sombra del sol con el paso de las horas. A continuación se acuclilló para ver la escena desde un punto diferente pero aquello no parecía que fuera la mirada correcta. Tras unos instantes pensativo se dio cuenta de que la furgoneta de la policía científica estaba justo delante del suceso, pegó un salto y se subió al capó del coche – ¡Cómo te cargues el coche das tú el parte! – le dijo Gonzalo, el científico de más rango. Al no tener la vista que requería trepó por el parabrisas hasta el techo ante la mirada atónita de los presentes. Después de un minuto le dio un grito a Juan Carlos que estaba hablando con los agentes para que desalojaran la zona de curiosos.

- ¡Ven aquí! ¡rápido!

Juan Carlos se unió a su jefe escalando torpemente por la furgoneta. Lo que tenían delante de ellos desde ese punto elevado daba una nueva dimensión al caso. El cuerpo, que en un principio estaba en un ángulo de 45

grados, ahora parecía que estuviera tumbado en el suelo, y esas esferas ovaladas, desde aquella perspectiva, parecían circunferencias perfectas. La cabeza, las manos y los pies formaban una estrella de cinco puntas, y cada una de las extremidades señalaba a las distintas marcas dibujadas en la tierra. Para Martín no cabía duda, la figura representaba claramente la marca satánica por excelencia, el conocido como símbolo de Baphomet.

Capítulo 4

¿Quién era Jessica Salazar y porqué habían acabado así con su vida? Estas eran las primeras preguntas que los inspectores se hacían cuando se encontraban ante un asesinato tan dramático, y quién mejor para contestar a la primera de estas preguntas que su propia familia. Jessica Salazar, una víctima más del sistema podrido en el que le había tocado vivir desde su nacimiento en Colombia y del que creyó escapar en su huida hacia España, la tierra prometida para la gran mayoría de los sudamericanos con pocos recursos que buscan prosperar.

Para los investigadores no había tiempo que perder, en ocasiones el mismo entorno de las víctimas estaba implicado en su muerte así que, tras una consulta rápida a la base de datos del padrón de habitantes de Marbella, tomaron rumbo hacia la conocida zona de las Albarizas. En apenas 10 minutos Vilches se encontraba aparcando en las inmediaciones del barrio, se aseguró de no dejar nada dentro del coche que revelara que pertenecía a la policía. Antes de bajar le dejó claro a su ayudante que él llevaría el peso de las interrogaciones – Tú toma notas de todo lo que escuches y veas.

Las Albarizas era un barrio marginal del distrito este de Marbella, equivalente a las 3.000 viviendas en Sevilla o al barrio de la Palmilla en Málaga, un foco constante de menudeo de drogas y de todo tipo de trapicheos.

- Si quieres conseguir un submarino de contrabando este es el lugar – dijo Martín con sorna.

Al inspector le vino un pequeño flashback de cuando era adolescente y hacía apuestas con sus amigos para ver quien entraba al barrio y salía con la ropa puesta.

Un lustro atrás, en un intento de integración, el Ayuntamiento construyó un parque junto a los edificios más conflictivos en el que se incluía una zona infantil y una cancha de baloncesto. A los pocos días de su inauguración no quedaba nada, sólo las marcas que delimitaban la pista de juego. En la actualidad el parque sirve como pasto para los caballos de la familia del

patriarca, al menos los animales sí se han terminado integrando con el entorno. Para hacerse una idea de lo que significa el nombre de las Albarizas para la sociedad de Marbella no hay más que remontarse a un par de meses atrás, cuando un chico gitano de 20 años de la familia conocida como los “Ratones” asesinó a su socio, nieto del clan de los Carmona. Como suele ser normal entre clanes, las drogas y los ajustes de cuenta tuvieron mucho que ver en aquel asesinato a plena luz del día. Como venganza por los hechos se desató una ola de violencia que se saldó con varios heridos y con la huida del Clan de los Ratones a Sevilla, la ley gitana, el que la hace la paga. Aquello fue todo un caramelo para los medios de comunicación que aprovecharon el suceso para devaluar la marca Marbella. Desde entonces era frecuente encontrar a una patrulla de la policía local aparcada en la zona haciendo guardia para evitar nuevos conflictos.

Martín y Juan Carlos bajaron del coche y dieron un pequeño rodeo hasta llegar a la calle José Manuel Vallés. Aunque no iban vestidos de uniforme, las culatas de sus pistolas haciendo bulto bajo sus camisas los delataba ante los pocos vecinos que se encontraban trapicheando. A pocos metros del principio de la calle se encontraba el número 24, un edificio relativamente nuevo de unos diez años pero algo descuidado. Para acceder al portal tuvieron que sortear a un par de borrachos que estaban sentados en la puerta con unos briks de vino tinto. Al llegar al apartamento B de la primera planta tocaron el timbre. A los pocos segundos notaron como alguien les observaba desde el otro lado de la mirilla, la puerta se abrió lentamente hasta que la cadena de la misma le impidió que la apertura fuera mayor.

- Sí ¿qué desean?

- Policía – le dijo Martín enseñándole la placa por el hueco abierto.

La joven cerró la puerta y quitó la cadena para volver a abrirla, era una chica de unos 25 años de raza negra, medía metro sesenta y algo más de cincuenta kilos. A primera vista la chica tenía cierto parecido con la víctima encontrada esa misma mañana. Al ver a los agentes miró hacia abajo y dio un paso atrás.

- Tranquila no somos de inmigración, venimos por un caso que concierne a Jessica Salazar, ¿podemos pasar?

- Sí como no.

El salón de la casa era muy coqueto pero sin entrar en grandes lujos. Una pequeña mesa de comedor con cuatro sillas junto a la ventana, un sofá con una funda de tres plazas con una pequeña mesa auxiliar. Frente al mismo se

encontraba un televisor de la marca de Alcampo Qilive. El desorden contrastaba con la limpieza de la casa. Bolsos y zapatos poblaban los rincones y sillas de la estancia. Llamaba la atención el crucifijo que presidía la pared en la que descansaba el sofá. En la pared había varias fotos de Jessica con la chica que les había abierto la puerta y una pareja de mayor edad.

Martín le pidió a la joven que se sentase antes de explicarle la situación. Los sofocos y desmayos son muy comunes en estos casos.

- ¿Su nombre por favor señorita? – preguntó el inspector.

- Mi nombre es Yuli Andrea Salazar – contestó con un marcado acento latino y las manos cruzadas sobre sus rodillas.

- ¿Y su relación con Jessica Salazar?

- ¿Por qué? ¿Cuál es el problema? ¿Qué ha pasado con mi hermana?

Después de una pequeña pausa y de humedecerse los labios en busca de las palabras adecuadas, Martín le dio la noticia.

- Lamento comunicarle que su hermana ha fallecido.

- La cara de incredulidad de Yuli Andrea pasó a un angustioso llanto que retumbó en todo el edificio.

- ¡No! ¡no! ¡no! ¡es imposible! ¡mi hermana no! ¿Qué le voy a decir a mis padres? Ella estaba a mi cargo, ¡no puede ser!

Juan Carlos le ofreció un vaso de agua en busca de algo de calma y tras unos minutos muy duros pareció recobrar la cordura.

- Señorita Salazar ¿Sabe qué hizo su hermana ayer?

- ¿Ayer? – preguntó aturdida.

- Sí señorita, queremos establecer un orden cronológico a lo que fue el día antes de... - Vilches se dio cuenta de que iba a dar demasiada información y que lo único que conseguiría sería alimentar el estado de ansiedad de la chica.

El agente Ramírez, al ver que su jefe no tenía la suficiente empatía con la hermana de la víctima, se saltó el protocolo establecido por Martín, cogió las manos de Yuli en una muestra de afecto y mirándole a los ojos retomó la conversación.

- Tu hermana ha sido asesinada – dijo con voz cálida y cercana. Sin dejar que pudiese procesar la nueva información continuó hablando - Queremos asegurarnos de que la persona culpable pague caro por lo que ha hecho. Yuli, necesitamos tu ayuda, sé que es muy difícil pensar con claridad en este momento pero es muy importante que nos digas lo que sepas.

Yuli miró a los hombres portadores de tan malas noticias y buscó fuerzas en las paredes de la casa.

- Mi hermana era muy buena y muy confiada – dijo llorando - hace unos meses comenzó a rumbar con unas nuevas amigas de Cali. Empezó a frecuentar discotecas de Puerto Banús y alguna vez pude ver como la traían a casa en carros muy chéveres. A mi no me gustaban mucho esas amistades pero a ella se le veía feliz, parecía que poco a poco se estaba adaptando a la vida de acá. Casi a diario iba de compras y se estaba volviendo muy sofisticada. Una vez limpiando su pieza encontré 2.000 euros en un cajón, ¡2.000 euros! imagínese mi sorpresa, tanto dinero junto y sin saber de dónde había salido. Ese mismo día le pregunté y muy nerviosa me dijo que eran regalos de sus amigos.

- ¿Quiere decirnos que podía ejercer la prostitución? – sugirió Martín.

- Ella nunca me lo confirmó pero para una colombiana de familia humilde es fácil dejarse llevar por tanto lujo.

- ¿Qué puede decirnos del día de ayer? – preguntó Juan Carlos.

- No mucho, Jessica se levantó al medio día como de costumbre, desayunó algo y se fue sobre las cinco. Me dijo que había quedado con un amigo especial. No iba arreglada como en otras ocasiones, esta vez iba vestida más informal con unos shorts y una blusa blanca.

- ¿Le había hablado antes de este amigo?

- Hará un par de semanas me contó que había conocido a alguien en Olivia Valere, según me dijo Jessica, trabajaba en algo relacionado con gimnasios.

- ¿Promotor, monitor, empresario?

- No lo sé, no me dijo mucho más, sólo que le hablaba muy bien y que la trataba con mucha dulzura.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y empezó a preguntar dónde podía encontrar a su hermana, en ese momento Vilches y su ayudante se dieron cuenta de que no conseguirían más información de Yuli, al menos no ese día.

- Muchas gracias señorita. Esta es mi tarjeta, cualquier cosa que recuerde llámeme.

Capítulo 5

A última hora de la tarde llegaron a la comisaría después de un día que, a ojos del inspector y sobre todo al alcohol ingerido la noche anterior, parecía interminable.

El edificio donde se encontraban las oficinas policiales se encontraba en la conocida como circunvalación de Marbella, una construcción con apariencia moderna de dos plantas que no desentonaba con las casas aledañas. Desde hacía unos meses había bajado considerablemente el volumen de ciudadanos que acudían a esta comisaría gracias a las oficinas que habían abierto en la zona de la Patera, dependencias destinadas a temas burocráticos relacionados con documentos de identidad y de extranjería.

No le había dado tiempo a sentarse cuando desde la línea telefónica de su mesa se reclamaba su presencia. Anduvo los cinco metros que le separaban de la puerta del comisario y entró dando una bocanada de aire.

- Siéntate Martín – le espetó el Comisario malhumorado – Por si no lo sabes me ha llamado el alcalde, me ha llamado el subdelegado de gobierno, me ha llamado el presidente de Diputación, y no me ha llamado el Papa porque aún debe estar buscando mi teléfono. Todos andan un poquito nerviosos por el tratamiento que se le va a dar a este caso, quieren resultados inmediatos, IN-ME-DIA-TOS. Yo no entiendo mucho de esta mierda pero me dicen que las redes sociales echan humo, además los periodistas tienen congestionada la centralita para contrastar información, un caos. Espero que me traigas algo.

- No mucho jefe – le contestó con voz cansada mientras se encendió un cigarrillo. – No será un caso fácil, eso es lo único que le puedo asegurar. Al principio pensábamos que podía tratarse de un ajuste de cuentas pero la hipótesis de un crimen basado en un ritual, posiblemente satánico, está tomando fuerza.

- ¡No me jodas Martín, no me jodas! Lo que nos faltaba, que esto se llene de fanáticos adoradores del diablo y que salgamos en Cuatro como reportaje principal del programa de Iker Jiménez. ¿Quién es la víctima?

- Jessica Salazar, una chica colombiana. Por lo poco que hemos averiguado era una prostituta que no llevaba mucho tiempo en el gremio, de familia humilde y fácilmente impresionable, al principio todas lo son. Por lo que nos ha contado su hermana parece que últimamente se veía con alguien, vamos a ver si el chaval que me has colocado averigua algo. En cuanto al crimen – dijo sacando de su bolsillo su teléfono y enseñándole una fotografía tomada desde lo alto de la furgoneta de la policía científica – como te he dicho tiene toda la pinta de ser un ritual, un ritual muy bestia. A primera vista, y dudo que me equivoque, la escena representa el símbolo de Baphomet, digamos que es la marca del demonio, su logotipo, la famosa estrella de cinco puntas invertida con la cabeza de carnero que nos enseñan en mil películas.

- ¡Vaya mierda! Esto no me gusta nada. ¿Quién más sabe algo de esto?

- Sólo Juan Carlos y los dos de la policía científica que estaban en el lugar del crimen, Gonzalo y su compañero que no sé como se llama.

- Que siga así. Por el momento vamos a ser cautos con los medios, prefiero que piensen que ha habido un ajuste de cuentas a que un loco anda suelto y que seamos primera plana en los diarios de todo el país.

Martín salió del despacho del comisario y se dirigió hacia su mesa. Su puesto de trabajo estaba ubicado en una gran sala en la que se concentraban los agentes encargados de casos tanto de homicidios como de drogas. Separados por una mampara, al principio de la sala, se ubicaban los compañeros de denuncias que eran los encargados de recibir en primer lugar a los ciudadanos y filtrarlos. Aunque no era una comisaría especialmente tranquila no se sentían especialmente agobiados de trabajo, y cuando así era, tomaban recursos de la oficina central de Málaga. Era temporada alta y las denuncias por peleas y robos disparaban las estadísticas. Cuando el inspector tomó asiento, buscó con la mirada a su nuevo ayudante que se encontraba inmerso en su ordenador.

- ¡Eh!, le dije que no hablastes durante la declaración de la hermana de Jessica, esta vez le ha salido bien pero no siempre es así de fácil.

- Trato de ser lo más profesional posible. – contestó Juan Carlos nervioso.

- ¿Qué edad tiene?

- 26 años.

- Y con ese acento está claro que no es de aquí – apuntilló desafiando a

su pupilo.

- Soy de Zamora – dijo sin demasiado entusiasmo – como se puede imaginar me largué de allí en cuanto pude. Estudié psicología en Madrid y también hice un máster en criminología, ingresé en la Policía Nacional hace dos años, hace unos meses conseguí el traslado para la costa y no me lo pensé. Aunque empecé en esta comisaría el domingo, llevo en la ciudad desde hace unos meses instalado.

- Ajam. ¿Su caso más importante?

- En realidad este es mi primer caso, antes pertenecía a la unidad de psicólogos, intervine en la catástrofe aérea de Germanwings dando apoyo a los familiares de las víctimas. Muy duro.

Y usted inspector, ¿Cuál es su historia?

- ¿Mi historia? – rió irónicamente – mi historia es lo que ves, me levanto, vengo a trabajar, algún concierto cuando tengo tiempo, y cuando el señor comisario quiere tocarme las pelotas, tengo que ir a ver como le han sacado las entrañas a alguna puta barata. Esa es mi historia. Vamos a trabajar a ver si podemos avanzar algo. Usted investigue las últimas llamadas que recibió Jessica, yo voy a ver que encuentro sobre rituales y sacrificios.

- Ya lo he hecho.

- ¿El qué?

- Investigar las últimas llamadas. Bueno en realidad estoy en ello pero si he encontrado algo entre los listados que me ha pasado la compañía telefónica. Durante las últimas semanas se repiten varios números, he descartado varios de ellos que son de la hermana y de un par de amigas que desconocían que Jessica hubiera muerto, por lo que me han dicho no tenían conocimiento de ningún posible novio. También se repite con bastante asiduidad un número colombiano. Parece que es de un teléfono móvil prepago, he llamado un par de veces y aparece apagado. Una pena que no haya aparecido el teléfono de la chica para poder investigar su Whatsapp, seguro que conseguiríamos mucha información.

- Un teléfono prepago colombiano, eso va a ser un problema, las tarjetas prepago de allí se consiguen en la calle con mucha facilidad.

- Por otro lado he investigado sus redes sociales pero no aparece nada que pueda hacernos ver que tenía una relación con alguien. He visto el historial de la chica de los dos últimos años tanto en Facebook como en Instagram, me ha sorprendido lo rápido que puede cambiar una persona, de la vida que llevaba en Colombia, aparentemente tranquila, a la que inició aquí

donde estaba siempre de fiesta.

- Bien. Continúa por esa línea y si avanzas con el tema del teléfono me lo haces saber.

Capítulo 6

Por fin el domingo parecía que llegaba a su fin, o más bien su parte diurna. Cuando salió de la comisaría, Martín decidió ir a tomarse una copa que le despejase. Desde hacía un par de meses Marbella se encontraba en temporada alta, ese año la Semana Santa había caído en la primera semana de abril y era el punto que marcaba la afluencia masiva de turistas. Vilches se había prometido que no serían más que un par de cervezas picando algo y una copa para bajar la cena, pero después de un par de horas y de una ronda rápida por varios bares, su estado era muy distinto al que había pensado en un principio. Tras una pequeña caminata desde una coctelería de la calle Ancha, llegó al Malasuerte, un pequeño y emblemático local que se encontraba en la calle Aduar, en pleno Casco Antiguo de Marbella. Aquella noche el Malasuerte estaba lleno, algo que, a pesar de sus tres plantas, era relativamente fácil por sus reducidas dimensiones de unos 35 metros cuadrados por piso. Al entrar te encontrabas con la barra al fondo, una barra muy llamativa con un mural que representaba a la muerte con el original estilo de la Catrina, en ella había dibujados un sin fin de pistoleros con sombreros de ala ancha con cuerpo de esqueleto y calaveras sonrientes. Pronto se percató del porqué de tanta clientela, la música no venía de los altavoces, al menos no de los que el establecimiento tenía repartidos por las paredes, venía de un músico que estaba dando un concierto allí mismo. La estampa era memorable, luz tenue que iluminaba de manera casi sombría a aquel bluesman que estaba tocando tres instrumentos al mismo tiempo, bombo, armónica y guitarra, y al que aun le daba tiempo de cantar a lo Bo Diddley. Aquel músico estaba considerado por la crítica como el mejor One Man Band de Andalucía y se le conocía como Hot Nasho, un rondeño afincado en Marbella que en ese momento disfrutaba de la buena acogida de su último disco. En ese momento sonaban los primeros acordes de “She lied”, tema que se sumerge en las profundidades del desamor que tanto gusta a los bluesman de todo el mundo. Después de unos minutos en los que se quedó observando aquel espectáculo, Martín volvió en sí, dio un par de pasos con cierta dificultad y después de

ajustarse el cinturón, como acto disimulado por ocultar su estado, llegó hasta el camarero, se apoyó en la barra con ambos codos y sin decir más palabras le pidió un Cutty Sark con Coca Cola, acto seguido miró a su izquierda y se vio reflejado en un gran espejo que presidía la pared. Su primera reacción fue defensiva al pensar que alguien lo estaba observando, pero cuando se dio cuenta de que era el mismo, soltó una carcajada sorda. Hizo un barrido rápido por la sala con la mirada que acabó con sus ojos fijados en una joven rubia que bailaba alegremente. Se relamió ante la idea de una noche loca con aquella mujer de piel bronceada y pecho firme, no podía evitar devorarla con la mente ante el malestar de los acompañantes de la chica que lo miraban con desprecio, como si de un viejo verde de cuarenta años se tratara. Aquello olía a problemas, pero ¿problemas para quién?

El camarero lo despertó de su trance y le sirvió su copa en lo que le pareció una fracción de segundo. El inspector cogió su whisky y le dio un gran trago que ni siquiera saboreó, dejó la copa apoyada en la barra y sacó un cigarrillo que se colocó entre los labios.

- Aquí está prohibido fumar – le reprendió el camarero.

Martín sacó su placa y la tiró junto a su copa, algo que le dio vía libre para encenderse aquel pitillo.

A la primera copa le siguieron dos más, que contando a las de antes de llegar al Malasuerte, sumaban siete, un volumen de alcohol lo suficientemente generoso como para aguantar la compostura. Hot Nasho preguntó entre la multitud si conocían a alguna mujer de buen corazón, esa era la señal para comenzar la última canción del bolo, la famosa “Kind-Hearted Woman” de Muddy Waters.

A los pocos minutos y tras el reconocimiento de la sala, Martín se acercó para charlar un rato con el músico.

- Muy buen concierto.

- Gracias. Si quieres puedes llevarte la experiencia a casa con este Cd por tan solo diez euros.

- Claro, dame uno. ¿Por qué no has tocado nada de los Rolling Stones? Tienen alguna que otra canción blusera que merece la pena.

- No lo niego pero no dejan de tener las mismas influencias a las que yo rindo tributo.

- Es posible. Oye – se acercó a su oreja – tengo algo de coca, ¿quieres una rayita?

- No gracias, no consumo.

- Está bien, está bien, un músico sano, esto no se ve todos los días.
Bueno, te dejo recogiendo, un placer.

Capítulo 7

El termo lleno de café solo no parecía suficiente para desterrar aquella resaca de su cabeza, le ardía y no le ayudaba en lo más mínimo para tener que buscar pesquisas que ayudasen a encontrar al asesino de Jessica Salazar.

Al sentarse en su escritorio encendió el ordenador e hizo un visionado rápido de los principales diarios online. Los intentos del comisario por mantener a los medios a raya fueron infructuosos, Marbella era un bombón para la prensa y todo lo que pasara dentro de sus lindes se magnificaba. El gabinete de comunicación de la Policía no tuvo tiempo de reacción para parar aquella oleada de portadas sensacionalistas. Los principales diarios nacionales abrían con la fotografía de la colombiana asesinada a todo color, en la que aparecía la imagen del horror con los ojos de la víctima pixelados, un supuesto detalle de los medios hacia la chica como muestra de falso respeto hacia su familia. La situación no era nada halagüeña, se había filtrado a la prensa que Jessica era prostituta, algo que alimentaba aun más el interés que rodeaba todo el caso. Los titulares jugaban deliberadamente con el morbo especulando con disparatados motivos del crimen donde se incluían declaraciones de los primeros romeros en encontrar el cuerpo. <<La lengua de la mujer colgaba de su garganta llegando a tocarle la barbilla>> <<La pobre chica tenía la boca y los ojos cosidos>>. Como no podía ser de otra manera los programas basura de las distintas televisiones dedicaron buena parte de su escaleta con hipótesis tan increíbles como alarmistas. En algunos de ellos llevaron a presuntos profesionales que lanzaban teorías como la de la trata de mujeres bajo el mando de mafias rusas, a las que se dejaba operar desde las instituciones públicas con total impunidad. Una ensalada de mal gusto aderezada por el morbo de la sangre derramada. Los medios demandaban explicaciones que rellenaran sus horas de programación matutinas que ante el verano anticipado se quedaban sin noticias de interés. Para conseguir “la primicia” enviaban a sus corresponsales a cubrir la noticia con aquellas furgonetas con antenas parabólicas que se parecían más a naves espaciales que a unidades móviles. A los medios de comunicación había que

sumarle al pseudo-neoperiodismo creado por las redes sociales, ese voyerismo que sacaba al periodista que llevamos dentro y que creaba aun más confusión. Para intentar contener aquel alboroto y con la esperanza de que el caso quedara en el olvido mediático el gabinete de comunicación de la Policía se limitó a enviar un escueto comunicado en el que no daba mayores detalles, en él se hacía un llamamiento a la prudencia y a la ética por parte de los medios. Prudencia, con que facilidad se pronunciaba y que difícil era llevarla a cabo. Lamentablemente esta estrategia no serviría más que para volverse en contra del comisario.

A Martín le llamó la atención el artículo escrito por Alfonso Calzada en el Diario Sur. Alfonso era un periodista fuera de uso, uno de los pocos que investigaban la noticia sin importarle la línea editorial de donde trabajara. En la media página que había escrito describía con lujo de detalles el suceso, detalles que habían pasado por alto los demás medios y que extrañamente él había desvelado. ¿Cómo era posible que pudiera especular con el hecho de un ritual satánico? ¿Quién le había dicho de la existencia de un círculo que rodeaba al cadáver?, en ninguna de las fotos publicadas se veía este círculo. ¿De dónde había sacado información de la vida de Jessica con tanto detalle? Demasiadas preguntas para unas respuestas que formaban parte del secreto de sumario. El currículum de Alfonso era demasiado importante como para hacerle una llamada intimidatoria, no se trataba de un periodista recién licenciado, hablamos del primer reportero en dar la noticia de la Moción de Censura al exalcalde Julián Muñoz por sus propios concejales, del periodista que destapó el caso Malaya con más de cincuenta imputados, del hombre que se enfrentó a los jueces que quisieron que revelase sus fuentes por estar dos pasos más adelantado que las propias autoridades. Alfonso Calzada era una persona a tener muy en cuenta para que no entorpeciera la investigación, Martín lo tenía muy claro pero no sabía cómo pararlo.

Capítulo 8

A Juan Carlos a penas le dio tiempo de llegar a la comisaría cuando su jefe ya estaba de pie dirigiéndose hacia él lanzándole las llaves del coche – Hoy conduces tú.

El tráfico de un lunes de verano solía ser un auténtico infierno para entrar en Málaga, algo más de una hora después Martín y Juan Carlos aparcaron el Citroën en la puerta del Instituto Anatómico Forense de Málaga, mal día para desayunar fuerte, pensó Juan Carlos cuando llegaron a las instalaciones.

El Anatómico Forense se encontraba en una parte relativamente nueva de Málaga, junto a la Ciudad de la Justicia y de Teatinos, el campus universitario que aglutinaba la gran mayoría de facultades de la Universidad de Málaga. Al entrar en el edificio el frío era helador, el preludio de las salas inertes que poblaban el sótano de aquel edificio de aire moderno. Los funcionarios del Ministerio de Justicia parecían parte del mobiliario, escasos de vida. No tenía que ser muy agradable trabajar allí rodeado de muertos, cadáveres que estaban fuera de la vista de todos, pero la atmósfera no dejaba de ser la de un lugar de muerte, muerte que en muchos casos venía de la mano de la violencia extrema. En la recepción un hombre de tez pálida y grandes ojeras recibía al inspector y a su ayudante con semblante inexpresivo.

- Soy el inspector Martín Vilches, venimos a ver al forense Roberto del Álamo.

El recepcionista marcó la extensión del forense con desgana y le anunció la llegada de los agentes. A los pocos minutos se abrió una puerta de doble pestaña que comunicaba la sala de espera con el corredor de despachos, de ella salió un hombre alto, excesivamente bronceado, con una sonrisa tan blanca y perfecta que se confundía con el color de su bata de médico.

- ¿Martín qué tal? Hace tiempo que no te veo por las reuniones de ARAMA, ¿no habrás vuelto a caer? – ARAMA era la asociación de alcohólicos rehabilitados de Marbella.

- Para nada, aún conservo mi moneda de los 6 meses.

- En el informe he visto que te han encasquetado el asesinato de la chica colombiana.

- Sí, mi comisario me adora - dijo con ironía.

- Mi nombre es Juan Carlos, soy su ayudante – extendió el brazo para darle la mano al forense.

- Mucho gusto. Me imagino que estaréis ansiosos por ver que hemos encontrado en el cuerpo de Jessica Salazar, acompañadme.

Roberto sujetó la puerta del corredor y los invitó a pasar. Anduvieron diez minutos por un laberinto de pasillos y escaleras hasta llegar a la cámara de conservación de cadáveres. Roberto encendió la luz de la sala en la que una camilla de acero se erigía imponente en mitad de la misma. El forense abrió la compuerta de metal del nicho donde se encontraba el cuerpo de Jessica Salazar y tiró de los pies de la camilla montada sobre raíles.

Jessica presentaba un estado totalmente distinto al del día que la encontraron. El cuerpo desnudo se posaba en la cama de metal. Las marcas de agresión estaban presentes pero las labores de limpieza realizadas por los ayudantes del forense conseguían que la imagen no fuera tan desagradable. Estaba totalmente pálida y con los labios morados.

- Jessica Salazar, 21 años, nacionalidad colombiana y raza negra. – Leyó Sebastián – Causa de la muerte por herida inciso contusa en el cuello, afectando la arteria carótida pero sin seccionarla por completo. Además hay que sumarle las múltiples laceraciones encontradas en piernas y brazos. Por la dirección del corte principal podríamos decir que el agresor es zurdo pero al encontrarse el cuerpo bocabajo, y con restos de sangre en el suelo, damos por seguro que es diestro. La hora de la muerte estimada fue alrededor de las once de la noche del sábado.

- ¿El arma del crimen? – preguntó Martín.

- Yo apostaría por un cúter. Aunque el corte fue abierto, previsiblemente con las manos, al final del corte se aprecia la limpieza del mismo. El que lo realizó sabía donde tenía que hacerlo para poder sacarle la lengua sin muchas complicaciones.

- ¿Qué me dices de los ojos y la boca cosida?

- Las puntadas de los labios están muy bien ejecutadas, el hilo blanco se lo he remitido a la policía científica, la de los párpados son un poco más toscas, en alguna de las puntadas se le fue un poco la mano y llegó a pinchar el globo ocular. Para los labios ha utilizado una aguja recta y para los ojos una en forma de garfio. Las heridas producidas en los labios indican que la

boca se la cosieron estando viva, los ojos a posteriori. El asesino quería que la víctima viera lo que le estaban haciendo. Las orejas se las cortaron estando con vida.

- Me imagino que estaría sedada.

- Estamos esperando el informe de toxicología, hemos tenido que mandar las muestras a Madrid. El lumbreras del Ministerio que hizo el presupuesto anual se olvidó de la partida para reparaciones de urgencia.

Martín hizo una mueca de desaprobación y añadió – estoy convencido de que encontrarán algo en la sangre, es la única manera de que la víctima sea consciente de la tortura sin oponer la suficiente resistencia como para que el asesino pueda realizar su trabajo.

- Hay una cosa más – añadió el forense – algo realmente inquietante, en su estómago encontramos un pequeño cilindro de vidrio, de los que se utilizan para tratamientos capilares, con un papel dentro. – Sacó una pequeña bolsa plana de plástico donde se podía ver un papel. – El asesino no quería que se disolviera.

Martín y Juan Carlos miraron el papel donde aparecía la palabra “BELIAL”.

- ¿Qué cojones es Belial?

- Creo que es un ser mitológico pero lo de investigar pruebas es cosa tuya, yo me dedico a hablar con los muertos.

- Muy gracioso. Espero los resultados de toxicología y los del hilo. ¿Cuánto tardarán?

- Buena pregunta para los del Ministerio. Con suerte estarán para la semana que viene.

- Gracias Sebastián, nos vemos pronto.

- ¿En ARAMA?

- No creo que me haga falta volver por ARAMA en un tiempo, lo tengo controlado.

Capítulo 9

Cuando volvieron de Málaga, pasadas la dos de la tarde, Martín le pidió a Juan Carlos que le dejase en su casa, que se encontraba a menos de 10 minutos andando desde la comisaría. Al abrir la puerta de su piso le estaba esperando en el pasillo Cotton, un gato atigrado que había heredado de su última relación. Cotton se le acercó a las piernas rozándose afectuosamente, aunque para Martín era una muestra más de la esclavitud a la que se veía sometido por ese animal, al que tenía que ponerle de comer y beber a diario, al menos no tenía que sacarlo a la calle y recoger sus deposiciones como tendría que hacer si fuera un perro.

Por fin Martín se sentó en el sofá del salón, estaba completamente exhausto, ese ritmo de vida lo estaba matando y era en esos momentos de inactividad cuando realmente se daba cuenta. Aquel momento de paz le duró apenas unos minutos, el “bip” de su teléfono le alertó de un nuevo mensaje, era de su exnovia <<¿Cuándo me vas a devolver el dinero que me debes? ¡Eres un maldito mentiroso!>>

Después de unos segundos reflexivos Martín decidió que era mejor mantener la mente ocupada, abrió su ordenador portátil y tecleó en Google Chrome la palabra BELIAL. En menos de un segundo le aparecieron 885.000 resultados de la búsqueda. La primera referencia en aparecer fue de Wikipedia, lugar al que Martín no le daba mucha credibilidad pero que le serviría de primera guía. Pinchó en ella para recoger sus primeras impresiones y en la pantalla del ordenador apareció: <<**Belial** es también llamado Belhor, Baalial, Beliar, Beliall, Beliel. Su nombre deriva del hebreo bliya'al. Es una palabra compuesta por bliy que tiene por significado "corrupción". El segundo término es ya'al que significa "ganancia".>>

John Milton en su obra El paraíso perdido dice de él:

(...)El último fue Belial. Nunca cayó del cielo espíritu más impuro ni más torpemente inclinado al vicio por el vicio mismo. No se elevó en su honor templo alguno ni humeaba ningún altar; pero, ¿quién se halla con más frecuencia en los templos y los altares, cuando el sacerdote reniega de Dios,

como renegaron los hijos de Elí, que mancharon la casa divina con sus violencias y prostituciones? Reina también en los palacios, en las cortes y en las corrompidas ciudades donde el escandaloso estruendo de ultrajes y de improprios se eleva sobre las más altas torres y cuando la noche tiende su manto por las calles, ve vagabundear por ellas a los hijos de Belial, repletos de insolencia y vino. Testigos las calles de Sodoma y la noche de Gabaa, cuando fue menester exponer en la puerta hospitalaria a una matrona para evitar rapto más odios.

Después de hacer una primera lectura superficial le llamó la atención una referencia que se hacía de La Biblia Satánica de Anton LaVey, donde se dice que Belial es un poderoso demonio que representa al elemento tierra, complementándose con Satanás, Lucifer y Leviatán, demonios del fuego, aire y agua. Esos tres elementos se le quedaron grabados en la cabeza, fuego, aire y agua, si su instinto no se equivocaba se encontraba ante algo más grande que el asesinato de una prostituta, aquello tenía pinta de ser sólo el principio de de la obra de un asesino en serie, no le cabía duda, para qué tomarse tantas molestias en preparar el escenario así, crucificar a la chica, coserle la boca y los ojos, sacarle la lengua por la garganta, clavarle las orejas en las manos y hacerle tragar un frasco con un papelito dentro, si no es como prólogo de algo más grande. Martín trataba de pensar con la mente de un criminal como había aprendido en todos sus años de servicios, si quieres coger a un asesino tienes que pensar como un asesino, se repetía a menudo. Sabía que no iba a parar de matar pero no tenían muchas pistas que le condujesen al asesino. Sólo tenían el indicio de que el teléfono móvil que utilizaba el asesino para contactar con su víctima era un celular prepago de Colombia. Los de la científica no habían encontrado huellas que pudiesen implicar a alguien, eso sin tener en cuenta lo contaminada que estaba la escena del crimen gracias a los cientos de personas que iban de Romería. Las redes sociales de Jessica tampoco ayudaban, seguramente su agresor era un tipo listo que se cuidó muy mucho de no aparecer en ninguna foto que le delatase. Desgraciadamente a Martín no le quedaba más remedio que investigar más sobre la chica y esperar, esperar a que ese grandísimo hijo de puta cometiera algún error.

Capítulo 10

Catalina estaba delante del espejo pintándose los labios de un color rojo que resaltaba sobre la palidez de su cara y que hacía juego con el vestido del mismo color. Sin duda era una chica atractiva de generosas curvas que bien podría girar el cuello de cualquier hombre con el que se cruzase. En el reproductor de música comienza a sonar el tema “Enséñame a Olvidar”, una de las bachatas más famosas del grupo Aventura, que automáticamente consiguió que la joven colombiana comenzase a contornearse.

El sonido del timbre anunciaba la llegada de alguien muy especial.

- ¡Ya va, ya va! – gritó desde su habitación.

Se miró por última vez en el espejo posando con una amplia sonrisa.

Catalina se ajustó nuevamente su vestido, se colocó sus pechos y apretó con fuerza el pomo de la puerta que abrió con sutileza.

- Hola mi amor – dijo la joven al tiempo que invitó a pasar a su acompañante con un leve tirón de la camiseta que llevaba.

Capítulo 11

<< Clavo mi mirada en los ojos de vuestro espantoso Jehová y le tiro de la barba, alzo mi hacha y abro en dos su cráneo devorado por los gusanos >>

Anton Lavey

Aquel segundo domingo del mes de junio inundaba toda la provincia de Málaga con su famoso terral, un calor intenso con temperaturas altas y asfixiantes que disparaban el consumo eléctrico de la zona.

En Istán, un pequeño pueblo situado en la falda de la Sierra de las Nieves de apenas mil quinientos habitantes, la situación era aún peor. La pintura de los pueblos blancos hacía que la sensación térmica aumentase y que las calles no tomaran vida hasta la caída del sol, cuando las señoras mayores sacaban a las puertas de sus casas sillas con asientos de esparto, prolongando así las salidas de sus viviendas en busca de algo de brisa que hiciera más llevadera la noche.

La luz de la sirena del Citroën C4 sorprendió a los vecinos que aún se estaban despertando con sus infusiones y tostadas, muchos de ellos corrieron hacia las puertas y ventanas de sus casas presas del aburrimiento que necesitaba ser alimentado de novedades. Es curiosa la sensación que podemos percibir cuando nos sabemos observados, como se erizan los vellos de la piel y se activan nuestros sentidos.

En la puerta de cementerio se amontonaban una decena de fisgones preguntándose del porqué de la presencia de la policía y de los servicios de emergencia en el camposanto. Tras abrirse paso entre la muchedumbre, Martín y Juan Carlos consiguieron cruzar el cordón policial, allí fueron recibidos por el jefe de la Policía Local de Istán, un hombre llano, rondando los sesenta años, barrigón y con un mostacho más propio de la policía de otra época, que tan solo disponía de tres agentes a su servicio.

- Buenos días inspectores, les estaba esperando. Estamos muy impactados, muy pero que muy impactados con lo que nos hemos encontrado. En este pueblo no estamos acostumbrados a esto, aquí la vida va más despacio que en los pueblos de la costa – dijo el jefe de policía al tiempo que caminaban entre los nichos y panteones del pequeño cementerio. – En todos mis años de servicio no había visto nada igual y sinceramente hubiera preferido continuar así. Esta mañana el jardinero del cementerio inició su

jornada hacia las ocho, es un hombre mayor, apunto de jubilarse, al pobre se lo han tenido que llevar al Hospital Comarcal con un ataque de ansiedad. Siempre realiza el mismo recorrido, es un hombre de costumbres al que no le gustan los cambios, abre las puertas, barre las calles, quita las flores secas y finalmente riega. El caso es que cuando fue a coger la manguera se encontró que no estaba enrollada, algo que le pareció raro pero que no era la primera vez que le pasaba, pensó que se habrían colado algunos niños del pueblo por la noche y se habrían divertido a costa suya. El pobre hombre tiró de la manguera pero no cedía, al parecer estaba enganchada en algún lado. Se dirigió hacia donde se encontraba la boca de la goma y se encontró que a los pocos metros estaba liada en un rosal, la liberó con cuidado de no pincharse con las espinas y continuó en busca del final de la manguera. Unos metros más adelante vio que la goma entraba por la puerta del panteón de los González, ayer mismo enterraron a uno de sus familiares. Nos ha dicho que la puerta estaba entreabierta, que la tocó con los nudillos sin subir los dos escalones que daban acceso pero que nadie contestó, así que empujó la puerta. Por lo que nos dijo, desde su posición, unos cuarenta centímetros por debajo del panteón, pudo ver un ataúd en el suelo, le extrañó muchísimo que no lo hubiesen metido en uno de los diez nichos con los que contaba el templo, a quién no, entonces pudo ver como la manguera se metía dentro de la caja, que además estaba abierta. Notó que sus botas se empezaban a mojar, por los escalones estaba cayendo agua y el suelo del panteón estaba totalmente anegado.

Al finalizar el relato los inspectores se encontraban en el interior del panteón de los González. A la humedad típica de los panteones rodeados de árboles había que sumarle la cantidad de agua que encharcaba la habitación y la oscuridad provocada por la sombra de los cipreses.

La imagen era tan dantesca como la que habían presenciado la semana anterior en Marbella, la puesta en escena también estaba muy cuidada, casi de película. El ataúd estaba plantado justo en el medio del panteón, que no medía más de cuatro metros cuadrados, calculado de manera que su posición fuera lo primero que se viera al entrar. La tapa de la caja se encontraba apoyada en la pared del fondo, como si de un altar se tratara, con la particularidad de encontrarse apoyado por la cabeza, para que el cristo crucificado que se encontraba en la misma se viera invertido. Martín y Juan Carlos podían ver como la manguera de color verde entraba por la puerta como si de una serpiente hambrienta se tratara. La boca aún goteaba, apoyada

con frágil equilibrio sobre el lateral de la caja como resultado de los tirones que el jardinero había dado para liberarla.

La mujer que había en el interior del ataúd estaba totalmente cubierta de agua, con un traje rojo hecho jirones que dejaba ver su abultado pecho. La cara, pálida, mezcla de su tez natural con las horas sumergidas en el agua, parecía en calma, como si la muerte hubiera conseguido relajarla de tanta crueldad. Sus ojos y su boca, al igual que los de Jessica Salazar, se encontraban cosidos con un hilo blanco. Las muñecas las tenía aprisionadas con unas bridas que hacía que las manos descansaran sobre su ombligo. Los agentes pudieron observar como tenía las uñas de las manos rotas y como los pies descalzos dejaban al descubierto sus dedos machacados. Inmediatamente Martín se dirigió a la tapa de la caja y le dio la vuelta para ver su parte interior, la cara de desconcierto se apoderó del inspector, toda la madera estaba marcada fruto de los arañazos y patadas que debió de darle la pobre víctima en su afán por escapar. Martín se quedó un rato pensativo y le preguntó a Juan Carlos.

- ¿Cómo es posible que una persona ahogada pueda hacer estas marcas?

- Tal vez la dejaron un rato dentro y luego llenaron la caja de agua como a una pecera.

Martín procedió a inspeccionar el ataúd con una pequeña linterna que siempre llevaba encima. Después de un par de minutos encontró una pequeña hendidura en la parte superior de uno de los laterales que era lo suficientemente grande como para que cupiera la boca de una manguera.

- Parece que el hijo de puta la tuvo un buen rato dentro con la tapa cerrada, el tiempo suficiente para que cuando despertase se diera cuenta de lo que estaba pasando, para que luchara por escapar, disfrutando el momento con cada patada y arañazo que lanzaba – dijo Martín con voz seria y apenada.

- ¿Cómo sabe que estaba dormida? - preguntó el Jefe de Policía.

- Es una suposición basada en información que no podemos proporcionarle – añadió Juan Carlos.

- Entiendo – dijo el jefe de policía con cara de resignación. – ¿Y lo del agua?

- Yo diría que quien ha hecho todo esto es un auténtico sádico. Probablemente esperó a que la víctima se cansara para añadir unos litros de terror. Introdujo la boca de la manguera por esta hendidura – dijo Martín señalando el pequeño agujero – y dejó correr el agua hasta que la chica no dio más señales de vida. Posteriormente retiró la tapa y seguramente se quedó

bastante tiempo observándola. Sacó su kit de costura y le cosió los ojos.

- ¿Y qué me dice de las marcas del pecho? – preguntó nuevamente el policía.

- ¿Qué marcas?

El Jefe de Policía señaló al escote de la chica donde había un corte en la piel que dibujaba un punto. Martín cogió un bolígrafo y con sumo cuidado y bajo el escote del vestido hasta dejar totalmente desnudos los pechos de la víctima. Una serie de laceraciones reblandecidas por el agua dejó a los tres policías perplejos, se quedaron mirando las letras escritas a golpe de cúter donde se podía leer “Leviatán”.

A la llegada del juez de guardia y de la policía científica Martín salió del panteón para encenderse un cigarrillo y tratar de ordenar ideas. Tras diez minutos absortos escuchó la voz de Juan Carlos.

- ¡Inspector! ¡Inspector!, hay novedades.

La policía científica había sacado el cuerpo del ataúd y en su espalda tenía adosada un trozo lápida.

- Josefa Fernández López, 14 de febrero de 1914 a 21 de abril de 2001, tus hijos y nietos rezan por tu alma – leyó Martín. - ¿Quién cojones es Josefa Fernández? – gritó mientras sujetaba la lápida.

- Inspector, hay más – dijo Juan Carlos señalando el reverso del mármol.

Martín le dio la vuelta a la lápida y observó estupefacto como estaba grabado el símbolo de la estrella con la cabeza de carnero en su interior.

Capítulo 12

En los últimos años las denuncias por desapariciones en la Costa se habían multiplicado sustancialmente. En algunos casos terminaban en papel mojado cuando encontraban que la supuesta víctima se había fugado de casa, en otros los desaparecidos estaban retenidos en contra de su voluntad, bien secuestrados o bien a la espera de que alguien se hiciera cargo de sus deudas de juego, drogas o de otros vicios difíciles de excusar; pero desgraciadamente una gran parte de las desapariciones quedaban sin respuesta para la agonía de sus amigos y familiares, y otros, como el caso de la chica del ataúd, desembocaban en un nuevo caso que la policía debía esclarecer.

Tras cotejar las huellas dactilares con la base de datos de la CNP, Martín pudo comprobar que la víctima se llamaba Catalina Restrepo, de nacionalidad colombiana y de tan sólo 24 años. Catalina estaba fichada por ejercer la prostitución y además estaba pendiente de resolución de expediente de inmigración para ser deportada. Estaba censada en la calle Aloe de la Urbanización Cancelada de Estepona, una zona tranquila donde se mezclaban extranjeros de distintas nacionalidades, algo que usaban con bastante asiduidad las mafias británicas y rusas para pasar desapercibidas en todo el litoral Mediterráneo.

Tras las comprobaciones Juan Carlos se quedó en la comisaría investigando el perfil de la nueva víctima, Martín, un hombre poco amigo de las nuevas tecnologías, prefirió hacer trabajo de campo tomando declaración a los amigos de la chica.

Pasada media hora desde que salió de la comisaría, el inspector Vilches aparcó en la puerta de un pequeño edificio de dos plantas de Cancelada, una construcción rectangular de líneas sencillas y modernas que no contaba con grandes medidas de seguridad, tan sólo un portero automático y un cartel que avisaba de estar siendo grabado por cámaras que, como comprobarían posteriormente, resultaron ser falsas.

El inspector apretó el botón del piso 2B en el interfono.

- Sí ¿quién es? – dijo una voz femenina con fuerte acento del este de

Europa.

- Soy el inspector Vilches, hemos hablado hace una hora por teléfono.
- Pase por favor.

Tras acceder al interior del edificio pudo ver que las plantas del mismo estaban compuestas por un sólo pasillo. Al piso superior se podía acceder por una escalera o un pequeño ascensor que se encontraba en la entrada de la finca y que comunicaba con el principio del pasillo. Cada planta disponía de seis viviendas, pequeñas dependencias de cincuenta metros cuadrados con un dormitorio y cocina integrada en el salón.

Al subir las escaleras pudo ver que la casa de Catalina, el 2A, se encontraba al principio del pasillo. Justo en frente se encontraba el piso de Sofía Svonova, una escultural prostituta ucraniana que lo estaba esperando con los brazos cruzados a la altura del ombligo, postura que el inspector rápidamente interpretó como la de una persona desolada en busca de compasión.

- Pase por favor.

Tras un vistazo rápido a la casa, Martín tuvo tiempo de ver que estaba equipada con un televisor de 42 pulgadas y un home cinema de la lujosa marca Bang & Olufsen, en una pequeña mesa de comedor había un Ipad y un Iphone último modelo, además, en una silla, había colgado un bolso de Louis Vuitton que valía más que su paga mensual.

Sofía llevaba puesta una bata de raso que marcaba su imponente figura y que, a ojos de Martín, daba la impresión de no llevar nada más puesto debajo.

- Tome asiento – le indicó Sofía con un leve gesto con la mano. – Aún no me puedo creer que Catalina esté... – miró a otro lado sin poder acabar la frase - como le dije por teléfono no hace ni tres días que estuve con ella – dijo la joven al tiempo que se sonaba la nariz con un clínex que llevaba en la mano.

- ¿Ustedes trabajaban juntas?
- No, no, más bien cuidábamos la una de la otra, en este mundo una no sabe lo que puede pasar – dijo mirando hacia el suelo.
- ¿Hace cuánto se conocían?
- Más de tres años. Ella trabajaba de gogó en Plató, una discoteca de Estepona. Yo también trabajaba allí pero pronto empezaron a salirnos trabajos más especiales de servicio tipo escort, nos pagaban muy bien y solían ser clientes que nos trataban como auténticas reinas. Una vez que empiezas no quieres dejarlo, es muy fácil acostumbrarse al lujo y muy difícil

volver a la realidad. Hace un año decidimos mudarnos aquí, cada una con su propia casa pero lo suficientemente cerca para apoyarnos en los momentos duros.

- ¿Notó algo raro en su comportamiento en los últimos días?
- No, nada fuera de lo normal. Catalina es... era una chica muy alegre.
- ¿Sabe usted si se veía con alguien fuera de su trabajo?
- Sé que estaba muy ilusionada, que había conocido a su príncipe azul, al menos así lo llamaba ella, que la trataba muy bien y que incluso le había propuesto hacerse pareja de hecho para regularizar su situación en España.
- ¿Lo vio alguna vez?
- No, habíamos quedado para final de mes, teníamos pensado cenar juntas y él iba a acompañarnos.
- ¿Le dijo a qué se dedicaba, cómo se llamaba, alguna pista que nos dé la posibilidad de encontrarlo?
- Sólo sé que se dedicaba a algo relacionado con la nutrición deportiva y los gimnasios en Málaga, pero poco más.

Martín abrió los ojos ampliamente al escuchar su testimonio y lo apuntó en su libreta intentando disimular su sorpresa, curiosamente el novio de Catalina se dedicaba a lo mismo que el novio de Jessica Salazar por lo que o trabajaban juntos o se trataba de la misma persona.

Después de varias preguntas rutinarias, Martín se despidió de la ucraniana.

- Muchas gracias Sofía, si se acuerda de algo más llámeme, aquí le dejo mi tarjeta con mi número personal.
- ¿No va a mirar en el piso de Catalina a ver si encuentra algo?
- Tranquila – le dijo Martín poniéndole una mano en el hombro para calmarla - ahora vienen mis compañeros a hacerse cargo.

Se despidió de Sofía y se quedó en el pasillo a oscuras mirando la puerta de la casa de Catalina. Con esas condiciones de luz y por la disposición de las puertas de las casas estaba seguro que ningún curioso podía haber visto quien entraba en el piso.

Pasada una hora la policía científica estaba investigando el piso de Catalina, no había nada fuera de lo normal, sólo una copa de vino a medio terminar sobre la mesa. El resto de la casa estaba muy ordenada y limpia, la cama se salía un poco de la norma, la colcha no estaba estirada, como si alguien se hubiera tumbado sobre ella.

- ¿Dónde está la botella de vino? – Le preguntó Martín a Gonzalo, de la

policía científica.

- ¿Qué?
- Hay una copa de vino pero no hay botella. En algún lado tendrá que estar, ¿no?
- No hay botella, sólo lo que ves.
- Si no hay botella es porque alguien se la llevó, tal vez el asesino para no dejar huellas.
- Tal vez. Martín nos dejás trabajar por favor. Luego te pasaré nuestro informe pero ya te digo que poco vamos a sacar, la casa está impoluta, no hemos encontrado ni un pelo y la bolsa de la aspiradora está recién cambiada.
- Está bien, os dejo, llámame si encuentras algo.
- Descuida.

Capítulo 13

Martín estaba disfrutando uno de los pocos momentos de tranquilidad de los que disponía en el Paseo Marítimo, en la zona de muelle del Marbella Club, una bonita construcción que servía para que numerosos novios se hicieran sus fotos de boda. Apoyado en una de las barandillas que lo separaban de la arena de la playa, consumía su quinto cigarrillo de la tarde mientras miraba absorto a varias chicas que tomaban el sol haciendo topless. Agradecía la brisa marina en ese momento en el que el cielo se torna anaranjado para dar paso a la agitada vida nocturna de la ciudad costera. En un momento de reflexión se preguntaba sobre qué es lo que habría visto la gente en esto del “running”, sería por ponerse en forma o por pura moda; la aceptación social y la pertenencia a un colectivo se antojaba primordial en una época en la que las redes sociales copaban nuestro tiempo, pero ¿hacerlo corriendo?

Su teléfono comenzó a sonar rompiendo su “momento”, miró la pantalla y apuró la última bocanada de humo antes de deslizar su dedo hacia el botón verde para contestar.

- ¿Qué es lo que tiene?
- La oficina del forense nos ha pasado el informe preliminar de Catalina Restrepo – respondió Juan Carlos.
- ¿Y?
- Los pulmones están totalmente llenos de agua por lo que la muerte fue por ahogamiento como era de suponer. Debajo de las uñas han encontrado restos de madera que coincide con la del ataúd, su teoría de cómo luchó por salir del mismo encaja perfectamente. Respecto a las puntadas en los ojos el forense refleja en su informe que se han realizado con la misma técnica usada por el asesino de Jessica, pero en esta ocasión las realizó con mayor precisión, sin pinchar el globo ocular.
- Se está perfeccionando.
- Eso parece. Me ha llamado la atención el hecho de que tuvo que coser en dos ocasiones los labios, parece que la primera vez Catalina se los

desgarró intentando gritar, por lo que, previsiblemente, los volvió a coser después de muerta.

El subinspector Ramírez hizo una pausa antes de continuar, generando una tensión que irritaba sobremanera a Martín.

- Prosiga.

- El hilo blanco es de poliéster, por el calibre y la composición han determinado que es de la marca Güterman, esta marca la tiene en exclusiva Hipercor, en toda la provincia sólo tenemos tres tiendas de Hipercor, en Málaga, Marbella y Mijas, pero ya le adelanto que va a ser muy complicado encontrar un resultado positivo entre los compradores, igualmente ya hemos cursado una petición formal para saber cuantos carretes de hilo se han comprado en los últimos dos meses.

- Seguramente los tendría comprados desde mucho antes, igualmente intente que le pasen los días y horas de las ventas y las cintas de seguridad de esos días. ¿Qué más viene en el informe?

- En la sangre de Catalina...

- ¿En la sangre? ¿todavía no tenemos los resultados de Jessica y nos pasan los de Catalina?

- En realidad también nos han pasado los resultados de toxicidad de Jessica junto a los de Catalina. Como le decía en la sangre de Catalina había restos de Clozapina, un potente antipsicótico que se usa en casos psiquiátricos como la esquizofrenia que, como efecto secundario, lleva a la sedación del paciente. Curiosamente, en el anexo del informe de toxicidad de Jessica también figura que tenía restos de la misma sustancia pero en una dosis mucho menor.

- Seguramente la primera chica tardó en dormirse y con la segunda no querría esperar tanto y le aumentó la dosis, es posible que las mezclase con alguna bebida alcohólica para que actuase de catalizador.

- Efectivamente, en la sangre de Jessica se encontraron 0,4 gramos de alcohol por litro y en la de Catalina 0,6. No es mucho pero suficiente para personas de su complexión.

- ¿Has averiguado algo sobre la lápida encontrada?

- Sí señor, Josefa Fernández López fue enterrada en Mijas, he hablado con la concesionaria del cementerio y me han dicho que no habían echado en falta la lápida hasta que los hemos llamado. Mañana tengo previsto reunirme con una de las hijas de Josefa para ver si puede tener relación con los crímenes.

- ¿Mijas? ¿No había dicho que el hilo se vendía en Mijas? Coincidencia o no tenemos varios puntos que investigar. ¿Ha averiguado algo de Leviatán?

- Bueno, no he encontrado mucho, sólo lo que viene en Internet, según parece Leviatán es un monstruo marino creado por Dios, también creó a una hembra, pero viendo la voracidad de ambos decidió matarla para que no pudieran procrear evitando que fuera el fin del Mundo.

- No estaba el buen hombre para perder otra semana para crearlo de nuevo.

- Además Leviatán está ligado al elemento agua.

- ¡Vaya mierda!, tenemos a Belial que es el demonio del elemento tierra y nos encontramos a Jessica en un campo con la cabeza tocando el albero, por otro lado tenemos a Leviatán que es un monstruo de los Océanos, y Catalina murió ahogada en un ataúd inundado de agua. Nos quedan dos elementos, fuego y aire, así que ya sabemos que intentará matar a dos personas más.

- Tengo una última cosa, es respecto al teléfono móvil de Catalina, no ha aparecido pero he pedido el listado de llamadas de los últimos meses, me ha dado tiempo a mirarlo por encima y tras descartar la gran mayoría de las llamadas he visto un número colombiano que se repetía con asiduidad, era un número distinto al que se repetía en el caso de Jessica pero cuando he llamado me he encontrado con el teléfono apagado, además resulta que el teléfono también es un número prepago.

Capítulo 14

El verano no hacía más que comenzar y Martín ya quería que terminara. Las dos muertes estaban haciendo mella en su ánimo, a eso había que sumarle la ingesta incontrolada de alcohol y alguna que otra línea de coca para que su comportamiento fuera un tanto agresivo. Muchos de sus compañeros se sacudían la presión a base de deporte: boxeo, bicicleta, correr e incluso yoga eran las actividades deportivas preferidas de los policías de la comisaría de Marbella. Para otros el cine, la lectura, tocar algún instrumento o, simplemente, pasear con sus parejas, con eso les era más que suficiente para separar la difícil tarea del policía de la vida del ciudadano. Para Martín su vía de escape era el sexo, generalmente con prostitutas de clase media que conseguían evadirlo por completo, un vicio que se acentuó cuando, después de un caso, un compañero le introdujo en el mundo de los clubs de alterne <<Busca a putas que no estén muy buenas, esas saben que todos queremos follar con ellas y buscan que te corras rápido para ir a por otro cliente. Con las más normalitas te lo pasarás mejor, sin estrés>>. Pero para Martín el sexo no estaba completo sin alguna que otra copita e incluso en ocasiones con el apoyo de alguna droga.

Tres whiskys con Coca-Cola fueron suficiente para olvidarse del trabajo y relajar su mente. Era inevitable que le viniera a la cabeza la imagen de Sofía, la prostituta ucraniana amiga de la segunda víctima, vestida únicamente con una bata de raso que acariciaba suavemente sus grandes pechos, este pensamiento inyectaba en Vilches un deseo incontrolable por complacer sus deseos carnales. Con paso torpe y un cigarro en la boca llegó hasta la puerta del Club California donde un portero negro de dos metros y 120 kilos se interponía entre él y el Club.

- Buenas noches inspector, espero que disfrute de su noche – le dijo con acento cubano antes de abrirle la puerta del local.

Martín levantó un poco la mano como muestra de agradecimiento antes de darle la última calada a su pitillo y tirarlo al suelo.

Al abrir la puerta podía sentir los graves de la música deep-house que

emanaba de la planta inferior, como si aquellos sonidos bajos vinieran del mismísimo infierno. Una escalera de caracol obligaba a bajar a la sala principal del club, una manera perfecta para ir descubriendo poco a poco las bondades de aquel local. Conforme iba bajando cada peldaño, la música iba creciendo. Las luces estroboscópicas dejaban ver la sala principal a saltos, como si de pestañeos rápidos se tratara. Martín comenzó a andar entre las mesas bajas de los reservados, donde podían verse varios cuerpos femeninos sentados sobre hombres al tiempo que movían sus caderas sobre ellos. El olor a sexo le invitaba a desnudarse y a dar rienda suelta a las fantasías más oscuras, pero no aún, todavía era pronto, primero tenía que buscar su presa, o al menos a la prostituta que le hiciera creer que él la había elegido, ellas sabían que para los hombres el poder de elección les hacía más vulnerables y por tanto más generosos con el dinero.

Una vez llegó a la pista de baile halló una preciosa chica con rasgos orientales que se contorneaba de manera que parecía estar llamándolo para unirse a ella. Martín se acercó lentamente hasta que se encontró con los labios de la chica prácticamente pegados a los suyos. La joven apartó momentáneamente al policía de su lado y sacó del bolso una pequeña pastilla rosa del tamaño de una aspirina infantil con el logotipo de una marca de coches grabada en la misma, se la colocó en la punta de la lengua y lo besó obligándolo a tomarla. Continuaron en la sala de baile pegados como si se hubieran fusionado, con los sentidos acelerados, hasta que otra preciosa joven se les unió con la misma fuerza e ímpetu que la primera. Las chicas rodearon a Martín que se sentía eufórico.

- Esta noche sólo te costará 300 euros terneros a las dos.

A los pocos minutos los tres se encontraban desnudos en una cama redonda donde la imagen de ellos se reflejaba en el espejo que presidía el techo de la habitación. El inspector luchaba entre un jardín de piernas en busca de un sexo rápido que le permitiera sumergirse en su dulce agonía. Una de las chicas buscó su pene y se lo metió en la boca mientras la otra estrujaba uno de sus pezones de manera divertida. A pesar del alcohol y las drogas el inspector cumplió con su deseo de complacer el instinto animal de la carne, llegando a morder hasta el dolor a una de las chicas al tiempo que la penetraba, demasiada excitación que sucumbió cuando eyaculó con un grito que se mezcló con la imagen de Catalina Restrepo abriendo los ojos dentro de su ataúd con forma de acuario oscuro.

Capítulo 15

No eran ni las siete de la mañana cuando Cotton saltó sobre la cama, su ronroneo y las caricias de su cola despertaron a Martín con un picor de nariz que le hizo estornudar profusamente. A los pocos minutos, aún mareado por la noche anterior, se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Después de tres minutos mirando al infinito reaccionó con un bostezo, subió la persiana de la habitación y abrió la ventana para ventilar aquel ambiente cargado por las colillas mal apagadas y por los vapores del alcohol que supuraban por la piel del inspector.

Gracias a una larga ducha consiguió estar más despierto y despejado. Se secó rápidamente con una toalla que comenzaba a oler a perro mojado por usarla durante varias semanas. Con una mano limpió el vapor que había empañado el espejo del cuarto de baño, en su reflejo pudo ver como las ojeras delataban que la noche había sido tan larga como de costumbre. La barba poblada y desaliñada ocultaba una cicatriz de cuatro centímetros y siete puntos de sutura que tenía bajo su barbilla. Al tocarse la cicatriz y ver la mitad de su cara proyectada en el espejo no pudo evitar que los recuerdos le atraparan.

Hacía ya diez años que había llegado a Leticia, la ciudad con el aeropuerto situado más al sur del Amazonas Colombiano. Al bajarse del avión y recoger su petate tuvo que pasar por un punto de control en el que le reclamaron la cartilla amarilla de vacunación internacional en la que aparecía marcada la casilla de fiebre amarilla junto al sello de Asuntos Exteriores del Gobierno Español.

Una vez que pasó el control se encontró con un par de militares patrullando por la sala de llegadas del aeropuerto, algo que no le sorprendió después de lo vivido en el aeropuerto del Dorado en Bogotá, donde decenas de militares controlaban la zona con fusiles Galil.

Al salir de la sala se encontró con un hombre de alrededor de metro ochenta, de unos treinta años y raza trigueña que tenía un folio en las manos

donde podía leerse Martín Vilches. Martín se acercó a él y le saludó con un apretón de manos.

- Hola, soy Martín.

- Mucho gusto señor, soy el cabo Diomedes Álvarez, seré su guía por acá.

Diomedes cogió la mochila de 80 litros de Martín y salieron del pequeño aeropuerto. En la puerta había aparcada una pick up blanca con los cristales ahumados, sin distintivos que hicieran pensar que era un vehículo del gobierno Colombiano. El cabo Álvarez se agachó con sigilo y mientras se ataba los cordones de sus botas, miraba los bajos del vehículo para comprobar que no tenía ningún artefacto adosado, toda precaución era poca en aquella zona repleta de informantes de la Guerrilla. Una vez que vio que todo estaba correcto accedieron al vehículo.

- Por protocolo tenemos que hacer este tipo de comprobaciones cada vez que nos subamos al coche.

- ¿Tan mal está la cosa?

- En otros puntos de Colombia lo tenemos todo más controlado, en Leticia la Guerrilla tiene demasiados amigos. Yo seré su enlace así que cualquier cosa que necesite se la conseguiré – le dijo al tiempo que cogía un chaleco antibalas del asiento trasero y se lo daba a Martín. – Aquí tiene, póngaselo por debajo de su camisa, al final del día le pesará cinco kilos más por el sudor y la humedad pero su seguridad es lo primero. También tiene una Beretta en la guantera, es de 9 milímetros y cargador de quince balas.

La primera impresión que Martín se llevó sobre el lugar no distaba mucho de la imagen que se encontraba en las típicas películas de narcotraficantes colombianos. Era un pueblo rodeado de vegetación donde, desde la orilla del río, se podía ver la isla de Santa Rosa, perteneciente a la vecina Perú. Leticia tenía una avenida principal que más bien era una calle estrecha, mal asfaltada y llena de agujeros, al final de ella comenzaba el vecino pueblo brasileño de Tabatinga, famoso por su fiesta constante y sus clubs de alterne. Desde la avenida principal nacían decenas de caminos que desembocaban en el río, donde los pescadores y agricultores vendían sus artículos a pie de calle. - ¿Quién se atreverá a comprar pescado con este calor infernal y con las cientos de moscas que revolotean a su alrededor? - Pensó Martín con cara de asco.

Pasados veinte minutos desde que salieron del aeropuerto, Diomedes estacionó el todo terreno en la puerta de una casa colonial del siglo XVII.

- Este es su hotel.

La puerta del lugar daba paso a un camino de losetas descuidadas que llegaba hasta la recepción. Detrás del mostrador se encontraba un hombre medio tumbado en una silla que estaba viendo las noticias de Caracol en una pequeña televisión Telefunken de no más de 15 pulgadas. Los techos del hotel estaban plagados de ventiladores que en cualquier momento podían desprenderse y caer sobre sus cabezas pero que poco parecía importarles al recepcionista.

- Parceró levántese, no sea vago “*hombre*” – le gritó el cabo al recepcionista.

- ¡Ay marica! ¿Dónde está la prisa? Respete patrón, respete.

- Tenemos una habitación reservada a nombre del señor Martín Vilches.

- ¡Ah pues!, me deja su cédula de identificación.

Martín le pasó su pasaporte y el recepcionista apuntó en un libro de registro sus datos.

- ¿Cuántas noches se va a quedar el señor?

- Sólo una - dijo Martín.

- Pues son 50.000 pesitos. Aquí tiene su llave, habitación 104. Está en la primera planta, tiene aire acondicionado y televisor. Si necesita algo no tiene más que pedírmelo.

Vilches cogió su mochila y enfiló las escaleras. Una vez en la planta superior pudo ver una balaustrada desde la que se podía contemplar el patio central de la casa. Al llegar a su habitación se encontró que a pesar de la buena imagen que presentaba el hotel desde la calle, no se correspondía con el interior. El espacio era bastante grande, alrededor de treinta y cinco metros cuadrados. Al fondo una litera con somieres de madera y un colchón fino que parecía decirle que no iba a ser su mejor amigo esa noche. A la izquierda había una cómoda con un televisor antiguo y un mando atado a una cadena. A la derecha un cuarto de baño amplio, con una ducha que carecía de agua caliente, algo inútil en gran parte de Colombia, y con un váter que parecía no haberse limpiado en varios años.

Una vez se había instalado volvió a bajar a la recepción donde Diomedes le esperaba bebiéndose un Postobón de manzana, un refresco excesivamente dulce que era muy popular en el país.

- ¿Qué le parece el lugar que le hemos buscado para descansar? – dijo con voz chistosa – cuanto más desapercibido pase mejor para usted.

- No está mal.

- ¿Tiene hambre?

- Pero si sólo son las doce del mediodía.
- La hora del almuerzo.

Ambos cruzaron la calle y llegaron a un pequeño restaurante con apariencia de chiringuito que se llamaba El Sabor. Una de las paredes estaba decorada con una fotografía donde se podía ver a un chamán que sostenía a una anaconda con una mano y a un niño con la otra.

- ¿Y entonces? Como ha sido que le han enviado para acá.
- Bueno, como ya sabrá las buenas relaciones entre nuestros países y el convenio en materia antiterrorista hacen que tengamos intercambios periódicos entre agentes. Desde Colombia llegan a España expertos en temas de narcóticos y desde España a Colombia en lucha antiterrorista.

- ¿Ha participado en muchas intervenciones?
- No muchas pero sí intensas. Estuve dos años destinado en Vitoria, una ciudad del País Vasco. Participé en varios casos de secuestro y de extorsión por parte de ETA.

- ¡Bacano! Lo único que aquí la lucha es en la selva, y no sólo hay que estar atento a los guerrilleros – dijo con voz pausada - si te descuidas te puede picar una serpiente, morder un cocodrilo o ser devorado por pirañas.

- Estaré atento.
- Parcerero me regala dos Águilas, dos sancochitos y dos pirarucús bien hechos. – Le ordenó Diomedes al camarero.

- ¿Dos Águilas? – preguntó Martín extrañado.
- Tranquilo patrón, son dos cervezas, el sancocho es una sopita caliente perfecta para este calorcito y el pirarucú un pez de la zona que está bien rico.

Una vez finalizaron la comida el cabo le enseñó las vías de escape del pueblo sobre un plano por si se veía en una situación comprometida, le dio su número de teléfono y se dirigió hacia su coche.

- No se vaya muy tarde al dormir, mañana a las 6 de la mañana tomamos la lancha rápida que nos llevará a Puerto Nariño.

Martín salió del restaurante y decidió conocer mejor el pueblo. Bajó hasta la rivera del río y le llamó mucho la atención que las casas, aunque eran sólo de una planta y tipo chavola, estaban levantadas del suelo unos cuatro metros con pilares de madera bastante toscos. Martín le preguntó a un lugareño cargado con un saco de yuca la razón de este tipo de construcción elevada, el hombre, con pocas palabras, le dijo que estaban en la época seca y el río cubría un su parte honda alrededor de un metro, pero que cuando es la época lluviosa hay en zonas donde el Amazonas crece hasta los once metros. Otra

de las cosas que le llamó mucho la atención fue el color marrón del río que hacía imposible vislumbrar lo que se escondían bajo esas aguas. Poco después llegó hasta el parque principal donde una estatua de Francisco de Paula Santander, conocido como el Hombre de las Leyes en el siglo XVIII, se erigía con solemnidad. Se acercó a un puesto de zumos ambulante, jugos como lo llaman en Latinoamérica, y pidió que le hicieran uno de zapote, una fruta de carne rojiza de gran sabor que nunca consiguió encontrar en España a su vuelta. A las seis de la tarde cayó la noche y decidió volver al hotel para darse una ducha y descansar.

A las cinco de la mañana sonó la alarma de su reloj; miró con sorpresa como una cucaracha que había aplastado durante la noche había desaparecido. Se volvió a duchar y recogió sus cosas.

En la cantina del hotel ya estaban organizando el servicio de la mañana, se sentó en una mesa con un mantel de plástico mugriento y pegajoso y ordenó unos huevos pericos y un café tinto.

A las seis menos diez Diomedes frenó delante del hotel y le pidió a Martín que se diera prisa en subir al coche. Empezaron la marcha y se dirigieron al pequeño muelle desde donde salía la embarcación que les llevaría a Puerto Nariño. La lancha rápida tenía capacidad para cuarenta personas y recorría los 87 kilómetros entre la capital del departamento de Amazonía y el pequeño municipio de ocho mil habitantes en algo más de dos horas.

Durante la travesía Martín pudo conocer algo mejor el río, ver las bondades que el Amazonas le ofrecía. Se cruzaron con delfines rosados, una especie única de la zona, con multitud de barcas de pescadores y con decenas de niños que ayudaban a sus madres a hacer la colada en la orilla del río.

Tras varias paradas en distintos apeaderos, la lancha aminoró su marcha para adentrarse en las aguas que delimitaban al municipio de Puerto Nariño. La primera impresión de Martín era la de que llegaba a un lugar mágico, con varias casas flotantes que daban la bienvenida a sus visitantes. Una vez atracaron en el pequeño muelle pudo ver que tenían que subir varios metros para llegar al pueblo; al mirar hacia arriba se encontró con una especie de casa suspendida por grandes vigas, se trataba de otro muelle, el que funcionaba durante la época de lluvias.

Cuando los marineros amarraron la lancha aparecieron varios hombres dispuestos a ayudar con las maletas de los pasajeros, ofreciendo distintos servicios de alojamiento, comida y pesca. Martín y Diomedes le dieron sus

mochilas a dos jóvenes para que se las llevaran hasta la posada donde tenían reservada sus habitaciones a cambio de dos mil pesos.

Al subir aquel sendero se abrió un paisaje realmente hermoso, decenas de casas bajas de madera se fusionaban con el entorno verde. Se trataba de un pueblo en el que no existían carreteras, ni vehículos, sólo contaban con una ambulancia a la que por suerte no se le tenía que dar mucho uso. El pueblo había sido fundado en 1961 de manera muy inteligente, la estructura de sus calles estaban dispuestas por cuadras. En su primera línea se encontraban cuatro pequeñas tiendas de abastos donde se podía encontrar lo básico para la vida cotidiana y donde, si querías algo especial, te lo podían conseguir para el día siguiente. El trasiego de personas a esa hora de la mañana era sobre todo de niños que se dirigían a la escuela, todos ellos extremadamente educados dando los buenos días a sus nuevos visitantes y siempre con una sonrisa. Al llegar al Hospedaje Manguare pudieron comprobar que las habitaciones no contaban con excesivos lujos, sólo un par de camas y un cuarto de baño que integraba la ducha en mitad del mismo.

Poco después de instalarse encontraron un pequeño café llamado Omagua. El local estaba regentado por dos gays risueños y enamorados de su tierra.

- ¡A la orden!. Mucho gusto de tenerles en nuestro pequeño café. ¿Qué desean tomar?

- Un jugo de zapote, lo probé ayer y ha entrado en mi top de bebidas favoritas.

- Lo siento señor pero no podemos utilizar la licuadora, el pueblo sólo tiene electricidad de seis de la tarde a diez de la noche pero hoy nos la han cortado tempranito por alguna avería.

- Pues que sea un café.

- ¿Tinto o con leche?

- Tinto por favor.

- Otro para mí - dijo el cabo.

Diomedes esperó a que se fuera el camarero para contarle los detalles por los que se encontraban en aquella aldea.

- Nuestra misión es contactar con Fidel Ramos. Es un zapatero afincado en Villavicencio, la capital del departamento de Meta. Le hemos hecho un seguimiento exhaustivo y sabemos que hoy iba a venir a Puerto Nariño de visita familiar.

El cabo sacó una fotografía de Fidel y se la enseñó con disimulo.

- Su madre vive cerca del pueblo, la mujer es muy mayor y su estado de

salud es delicado. Inteligencia tiene la certeza de que Fidel le hace sus botas a Víctor Julio Suárez Rojas, más conocido como el Mono Jojoy.

El Mono Jojoy era el Comandante Bloque Oriental de las FARC. Ingresó en la guerrilla colombiana en 1975 y poco a poco fue subiendo escalones dentro de la organización terrorista. Gracias a sus acciones llegó a lo más alto de este grupo militar. Ordenó el secuestro y ejecución de cientos de campesinos así como ataques organizados contra el ejército colombiano. En el año 2001 atentó contra el presidente Uribe causando varias muertes en Barranquilla y en el 2002 secuestró a la candidata a la presidencia, Ingrid Betancourt. Era considerado, sin duda, como el guerrillero más despiadado y radical de las FARC.

- Nos encontramos acá y tenemos que llegar hasta este punto – dijo el cabo señalando el mapa – alrededor de 3 kilómetros a través de la selva, allí tendremos que...

En ese momento salió una joven mulata de la cafetería que les interrumpió, traía las bebidas de ambos.

- Buenos días – dijo la joven con una amplia sonrisa mientras dejaba los cafés encima de la mesa.

- Gracias – contestó Martín amablemente mientras observaba la tremenda belleza de aquella chica de no más de 20 años.

- ¿Le gustó la muchacha eh patrón? – le soltó Diomedes a Martín dándole un leve codazo – pues ándese con cuidado que las colombianas tienen su peligro, usted ya me entiende.

Tanto Álvarez como Vilches decidieron que lo mejor era partir al amanecer y salir al encuentro del zapatero. Dedicaron el resto del día a hacer un reconocimiento del pueblo y ver posibles zonas de escape por si tuvieran que huir. Subiendo el sendero principal del pueblo se llegaba a un puente de madera que comunicaba con un pequeño camino que se adentraba en la selva. Esa era la vereda que tenían que tomar para llegar hasta la casa de la madre de Fidel.

Para no levantar sospechas decidieron contratar a un barquero y con el pretexto de ir a cazar pirañas, poder explorar otras zonas. El método de pesca era igual de arcaico que de efectivo, una ramita de árbol con una leve curva a la que se le ataba un cordel con un anzuelo y algo de pescado como carnaza. Era increíble la habilidad del barquero que en pocos minutos había pescado un par de peces alargados con dientes afilados que poco se parecían a

pirañas. Después navegaron hasta una zona tranquila donde se dejaba ver una familia de delfines rosados y delfines comunes de agua dulce. Martín decidió bañarse aunque con cierto temor por no poder ver el fondo del río y no saber si podía pisar a algún caimán o a algún otro animal.

- Tranquilo patrón, el peligro está en la orilla – le dijo el barquero.

Después de pensárselo mucho saltó de la barca esperando sumergirse varios metros pero su sorpresa fue mayúscula al ver que sólo le cubría hasta la cintura. La sensación al pisar aquella tierra fangosa le resultó angustiada y le hizo volver a subir a la barca enseguida.

Al caer la tarde regresaron al pueblo. Tras una rápida ducha se dirigieron a la plaza que se encontraba en lo alto del muelle. La noche había caído y la vida social de Puerto Nariño se encontraba en su máximo esplendor. Cenaron algo en un puesto callejero y cogieron un par de cervezas. Curiosamente la plaza era a su vez un pequeño campo de fútbol sala donde se estaba jugando un torneo femenino. Al llegar a la grada, Martín se sentó junto a la chica que les había servido el café.

- ¡Vaya! Nos volvemos a encontrar, ¡Qué casualidad!, ¡esto tiene que ser cosa del destino! – Le dijo Martín a la chica sin ocultar su mala técnica para el flirteo.

- No señor, el pueblo es muy chiquito y aquí nos encontramos todos – ella aprovechó y lo miró con interés.

- ¿Puedo invitarte a una cerveza?

- Mejor un poquito de guaro.

La pareja se levantó al tiempo que Diomedes le guiñaba un ojo a Martín y le recordaba con señas que se tenían que levantar muy temprano.

Se dirigieron a una licorería y compraron una botella de aguardiente Antioqueño de tapón azul, color que indicaba que no tenía azúcar y el guayabo, como llamaban los colombianos a la resaca, se suponía que era menor.

Al regresar a la plaza había una banda de ballenato tocando. Después de cuatro chupitos de guaro y de un par de malos bailes, la pareja dejó fluir su pasión y comenzó a besarse suavemente. Poco a poco se fueron alejando de la plaza hasta llegar a la posada donde se hospedaba. Entraron en la habitación donde Martín comenzó a desnudar a la joven con cuidado, muy despacio. Al ver a la chica totalmente desnuda se quitó la ropa rápidamente, no podía creerse que aquella mujer, que podría ser portada de cualquier revista de moda, estuviera allí con él dando rienda suelta sus fantasías. Se

tumbó sobre el cuerpo moreno de la joven y lo recorrió de arriba abajo con su lengua. La piel de la mujer se erizó y con suavidad cogió la cabeza de su amante para verle la cara y besarla, a continuación cogió su pene y se lo introdujo en su sexo para comenzar un baile acompasado y jadeante que se prolongó durante horas. Para Martín estaba siendo una experiencia única, cercana a la fusión con el cosmos que finalizó con un quejido de ambos al culminar en un largo orgasmo.

Tras quedar enormemente satisfecho, Vilches se durmió en un profundo e intenso sueño. Poco después se despertó jadeante fruto de una pesadilla que auguraba un mal presentimiento.

- Tranquilícese mi amor, duérmase, descanse.

A las 5.30 de la mañana, y después de darle un beso en la frente a la joven que yacía dormida en la cama, Martín salía por la puerta de su habitación. En la misma le estaba esperando Diomedes con una gran sonrisa.

- ¿Qué parcerero? ¿Sacó a su muñequito a bailar?

Tras tomar la vereda que se adentraba en la selva fueron en dirección de la casa de la madre del zapatero, Diomedes consultó las coordenadas con la ayuda de un gps que llevaba en su muñeca y tardaron algo más de una hora en encontrar la casa. Al llegar, y con el pretexto de haberse perdido, tocaron en la puerta. Al ver que nadie abría volvieron a tocar, en esta ocasión sí que alguien abrió. Justo detrás de la puerta estaba la persona de la fotografía, Fidel, un hombre alto y gordo de unos 50 años que vestía una guayabera color crema y un sombrero panamá.

- ¡Ave María!, que desean.

- Buenos días patrón, veníamos de Puerto Nariño paseando y nos hemos perdido – contestó Diomedes – si nos pudiera indicar el camino de vuelta.

- Claro que sí, como no, pero tengan ustedes cuidado, perderse por aquí les puede llevar problemas, les puede picar algún bicho. Si tienen una brújula sólo tienen que ir hacia el oeste hasta que se encuentren con el río, después sólo tienen que dirigirse al norte y llegarán al pueblito.

- Tendría usted una tirita – dijo Martín – estas botas me están matando.

- ¿Una tirita? Usted lo que quiere es una curita – rió con fuerza – pasen por favor, estoy haciendo café.

Fidel les sirvió a ambos unas tazas de tinto con mucha azúcar. Y le dio a Martín un par de tiritas.

- Esto no le pasaría si utilizase unas botas con plantillas, veo que le

quedan un poco grandes.

- Es cierto, me quedan más grande de lo que pensaba, me las compré en España en invierno, con unos calcetines extremadamente gruesos. ¿Cómo se ha dado cuenta?

- Soy zapatero, hago zapatos y botas a medida. Siempre le recomiendo a mis clientes el material que más se ajuste a su pie y a su estilo de vida.

- ¿Qué tipo de clientes tiene usted? – preguntó Diomedes.

- De todo tipo, casi todos son personas con plata, he de reconocer que mis productos no son económicos. Mi especialidad son las botas de montar, también hago botas como las que usted lleva. – En ese momento se dio cuenta de que Diomedes calzaba botas del ejército colombiano.

- Yo creo que las que usted hace no son precisamente como estas – contestó Diomedes endureciendo el tono con una sonrisa malvada.

- ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué, qué hacen aquí?

- Sabemos que usted es el zapatero de Víctor Julio Suárez Rojas. No se haga el tonto diciendo que no sabe quién es, no me insulte por favor, le llevamos investigando desde hace meses. Sabemos que el Mono Jojoy tiene un pie más grande que el otro y hemos encontrado unas plantillas en su taller con las iniciales VJSR, que curiosamente son de tamaño diferente.

Fidel sintió náuseas, se echó las manos a la cara y se sentó mareado.

- ¿Qué es lo que quieren? No me hagan nada por favor, mi madre está enferma y necesita mi ayuda.

- Tranquilo, no estamos aquí para hacerle daño, de hecho queremos que ayude a su nación, que ayude a su pueblo – Diomedes sacó una pequeña caja con un pequeño clavo en su interior – lo único que tiene que hacer es utilizar este clavo en el próximo encargo que le llegue de su amigo “especial”, sólo eso. – Le entregó la caja al hombre que la cogió con desgana.

- ¿Qué es esto exactamente?

- Es un gps, con él podremos saber donde se encuentra Jojoy en todo momento, es muy importante que haga lo que...

De repente, sin aviso previo, un fuerte golpe tiró la puerta de la pequeña casa al suelo. Cinco campesinos con ropa militar y fuertemente armados entraron encañonando a los tres hombres. Tras ellos apareció una joven mulata que Martín reconoció al instante.

- Sí, son ellos.

Después de cinco horas caminando por mitad de la selva, los guerrilleros

obligaron a los tres hombres a sentarse.

La joven se acercó a Martín que tenía las manos atadas a la espalda, sacó un machete y se lo puso al español en la cara.

- Maldito *hijo e puta*. A nuestro mando le va gustar el regalito. No podía haberse quedado en su país, maldito gringo – le gritó al tiempo que le rajaba la barbilla con la punta del cuchillo – No hemos acabado con ustedes porque nuestros superiores quieren interrogarles, pero voy a pedir que me hagan el presente de ser yo misma su ejecutora.

Un ruido entre la maleza alertó a los guerrilleros.

- ¡En marcha! ¡rápido! – dijo uno de ellos.

- ¡Nos están emboscando!. Yurena acaba con ellos.

La joven con mucho gusto echó hacia atrás el cuchillo para coger fuerza cuando en ese momento se escucho el sonido de un abejorro volando a gran velocidad, en ese momento la chica calló al suelo desplomada, una bala había impactado en su pecho. Al primer disparo le sucedieron varias ráfagas que procedían de la maleza sin que los guerrilleros tuvieran tiempo de reacción, todos habían sido ejecutados. Cuando cesaron los disparos Martín se incorporó aturdido viendo como la joven con la que había pasado la noche anterior estaba apoyada en un árbol con serias dificultades por respirar, ella le estaba mirando fijamente hasta que empezó a escupir sangre y una lágrima recorrió su mejilla para indicar que su vida había terminado. A continuación comprobó como el zapatero no tenía más que unos leves rasguños, pero al buscar a Diomedes vio que estaba en el suelo inmóvil, corrió hasta él, aún estaba con vida pero no podía moverse, al parecer una bala perdida le había atravesado la espalda.

- No te muevas amigo, te vamos a poner a salvo.

Martín les pidió ayuda a los militares que estaban comprobando si todos los guerrilleros estaban muertos. Rápidamente se acercó el sargento al mando que pidió una camilla a sus compañeros. Sacó de un botiquín unas ampollas de morfina y le pinchó una a Diomedes en la pierna.

Después de una angustiosa hora portando la camilla consiguieron llegar a la zona de extracción, donde un helicóptero se posó en la selva por unos segundos para sacarlos de allí. Una vez en el aparato Martín le preguntó al sargento como los habían encontrado a lo que le contestó que gracias a que Diomedes llevaba un GPS en el reloj con el que les mandaba su posición, al ver que se desviaron del recorrido previsto tuvieron que intervenir. Vilches miró a su compañero moribundo pensando en la crueldad de que el GPS de

su muñeca hubiera salvado a sus acompañantes y que a él le llevara a estar sentado en una silla de ruedas de por vida.

Capítulo 16

Martín trató de informarse todo lo que pudo acerca de profecías demoníacas y ritos ocultistas pero pronto descubrió que fuera de la información básica, y en muchas ocasiones sin ningún fundamento, se encontraba un muro impenetrable. Internet te enseñaba la cerradura de una puerta muy difícil de abrir, los libros te podían conducir a varias hipótesis con mayor o menor acierto pero era tal el volumen de escritos que tendría que invertir varios lustros para leer toda la documentación existente. La oficina no era el mejor campo de trabajo para este caso, Juan Carlos hacía cuanto podía y sus ojeras empezaban a asemejarse a las bolsas de los ojos del inspector Vilches. En este punto Martín decidió contar con la ayuda de profesionales de las ciencias ocultas, pero no expertos de la letra y la palabra, él quería hablar con verdaderos devotos del Diablo. Como tantas otras veces en las que no sabía por donde empezar tecleó las palabras magia negra, Málaga, y Satán en Google Chrome donde aparecieron más de cien mil resultados en apenas un segundo. En los primeros puestos sólo aparecían noticias relacionadas con el caso de Jessica Salazar; tuvo que llegar a la segunda página para encontrar un enlace que no tuviese nada que ver con dichas noticias y que le llamara la atención, www.sequemebuscas.com. Al pinchar en el enlace apareció una página con fondo negro en la que surgía una animación de una estrella de cinco puntas en un ángulo de apenas quince grados que desprendía fuego. Al pinchar en la estrella aparecían unos números.

- 36.719106 -4.422577. ¿Te suenan de algo estos números?
- Yo diría que son coordenadas de un mapa – contestó Juan Carlos. Martín abrió el Google Maps y escribió las coordenadas.
- Calle Espartero número 5, Málaga.
- Eso está en pleno centro.
- Bien. Vamos a hacer una visita entonces – sentenció Martín lanzándole las llaves del coche.

La calle Espartero era una pequeña calle perpendicular de la concurrida

calle Larios. Comunicaba con la famosa Plaza Félix Sáenz y estaba compuesta por varios edificios de tres plantas del siglo XVI. En las plantas bajas de todos ellos se podían encontrar pequeñas tiendas familiares de ropa, zapatos e incluso algún que otro ultramarino.

Los inspectores llegaron hasta la calle Puerta del Mar, Martín se bajó del coche y le pidió a Juan Carlos que permaneciera en el vehículo. En pleno jueves de verano, Málaga estaba atestada de gente, y más aún a las ocho de la tarde donde las terrazas empezaban a llenarse de turistas ávidos de cerveza.

Vilches se dirigió hasta la plaza y recorrió los 20 metros que le separaban de su destino mirando hacia la fachada del número 5. Al llegar al portal se encontró un anciano pedigüeño sentado en el suelo. El hombre le estaba señalando con un dedo torcido y lleno de mugre.

- ¿Es a mí? – le preguntó el inspector tocándose a si mismo

El vagabundo asintió y le apremió a que se acercara. Cuando se encontró a una distancia de apenas un metro extendió su mano hacia arriba y le entregó un papel.

Martín lo cogió y lo leyó pensando que sería alguna plegaria que algunos sin techos entregaban a la gente a cambio de recibir una pequeña limosna. Al mirar el papel le cambió el semblante, en él se podía leer “sé que me buscas” con una pequeña estrella dibujada debajo con un 3B escrito en medio. Miró con escepticismo al anciano.

- ¿Cómo...?

El hombre se puso el dedo índice en los labios para decirle que no hiciera preguntas y le señaló la puerta de entrada.

El inspector, estupefacto, entró en el portal sin quitarle la vista al anciano. Una vez dentro tuvo que esperar unos segundos para que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad del edificio. El portal era bastante sencillo y antiguo. En él se podía ver un pasillo donde se encontraban las primeras viviendas y donde al final se divisaba un patio por el que entraba un gran torrente de luz. A la derecha unas escaleras de peldaños irregulares y balaustrada de madera le indicaban el camino a la planta superior. Las paredes, de azulejos, acumulaban una costra de suciedad considerable. En un rincón de la entrada había un ascensor, la puerta de hierro con un vidrio vertical en medio le hacía saber que estaba ante un edificio en el que la comunidad no se preocupaba por renovarlo. Pulsó el botón de llamada y una vez que llegó el ascensor a la planta baja tiró de la puerta. Al entrar sintió un poco de claustrofobia, el cubículo apenas alcanzaba el metro cuadrado. Antes

de cerrarse la puerta, una mano volvió a tirar de ella; era un hombre de origen magrebí de unos 20 años con un chándal negro y una sudadera con capucha que llevaba puesta; el joven entró en el ascensor y se puso detrás de Martín. Al cerrarse la puerta le preguntó a que piso iba, Martín no obtuvo respuesta y pulsó el número tres. Durante los treinta segundos que tardó el elevador en subir las tres plantas, sintió la mirada punzante del chico en su nuca. Vilches salió primero del ascensor y tras él salió el joven que giró a la derecha con las manos en los bolsillos. Martín se quedó mirando como se difuminaba en la penumbra del pasillo. Tras unos segundos volvió a mirar el papel que le había dado el anciano – 3B – se dijo en voz baja. Encendió la luz del pasillo y buscó la puerta que se encontraba a la izquierda del mismo.

En la puerta pudo ver una B y una placa en la que se leía “Dr. Saúl”. Guardó el papel en el bolsillo y tocó el timbre. A los pocos segundos la puerta se abrió con el mismo sonido que las puertas de los portales cuando se abren desde las casas. Martín empujó la puerta y entró en el recibidor. La luz era bastante tenue, tirando a la de las películas de terror donde la iluminación rojiza se intuye en cada escena. A la derecha pudo ver una pequeña sala de espera equipada con un sofá de mimbre y una pequeña mesa de café atestada de revistas. Al frente un pasillo angosto con una puerta abierta.

- Pase inspector – le dijo una voz grave desde la habitación del fondo.

Tras andar los 8 metros de pasillo, cruzó la puerta; se encontraba en un despacho poco iluminado rodeado de estanterías repletas de libros. A la izquierda una luz de flexo iluminaba un escritorio de madera muy desordenado con un cenicero lleno de colillas del que salía un hilo de humo. Detrás del flexo, donde la oscuridad parecía aun mayor, la voz volvió a pronunciarse.

- Siéntese por favor, le estaba esperando.

Martín se movió lentamente y antes de sentarse dejó ver su cintura de manera sutil para que su interlocutor pudiera advertir que iba armado.

- Veo que sabe quien soy – dijo el inspector sin querer mostrar ningún tipo de sorpresa – Dígame ahora quién es usted.

- Mi nombre es Saúl, y soy la persona que puede ayudarle en su investigación – contestó al tiempo que dejaba que la luz iluminara su rostro.

Saúl era un hombre negro, de alrededor de sesenta años, tenía el rostro picado por culpa del lupus que sufrió en su juventud. Sus ojos blancos contrastaban con el color de su piel, las cataratas estaban dejándolo prácticamente ciego. Su castellano era perfecto pero su acento denotaba su

origen africano; una pequeña bandera con un fusil AK-47 sobre la mesa confirmaba que procedía de Mozambique.

- ¿Qué sabe usted de mi investigación?

- Lo suficiente como para saber que está adentrándose en un mundo que no le pertenece.

- ¿Conoce usted quién está detrás de estos crímenes?

- Esta parte del mundo tiene muchos submundos y para lo que usted son crímenes para otros son sacrificios necesarios, como los corderos para los musulmanes. Aquí los adoradores de Satán se mezclan con traficantes de órganos, curanderos, hechiceros y muchos otros canallas; el caso es encontrar a la persona que está buscando.

- ¿Y cómo es esa persona doctor?

- Muy simple – dijo tras una pequeña pausa – un asesino. Alguien que ha leído algunos libros que se encuentran al alcance de cualquiera que esté un poco interesado en este mundo, alguien que quiere saber más a través de la experiencia, alguien que está creando su propia obra.

- ¿Usted no conocerá a esta persona?

- Yo conozco a mucha gente, tengo muchísimos pacientes y estudiantes interesados en la vida en penumbras después de la muerte, pero dudo que alguno sea su hombre.

- ¿Qué tal si me deja ver sus archivos de clientes?

- Inspector por favor, sé que usted no es tonto, sabe que soy doctor y mi código deontológico me impide proporcionarle esa información. Ya sabe, la ley de protección de datos me ampara.

- ¿Entonces en qué me puede ayudar?

- Yo no le puedo ayudar, sólo le puedo orientar. Los crímenes que usted está investigando son sólo la punta de la lanza. Además no es la primera vez que se llevan a cabo estos rituales. Creo que usted ha estado en Latinoamérica.

- ¿Cómo sabe usted...?

- No me interrumpa por favor. Busque y encontrará respuestas, pero no se limite a España, tal vez encuentre algo más en países considerados amigos.

Martín llegó hasta el coche donde le esperaba Juan Carlos.

- ¿Cómo ha ido?

- No sé si es un farsante o si realmente sabe algo del caso. Quiero que investigues todo lo que puedas de un tal doctor Saúl, también busca

información del piso 3 B del mismo bloque. Ahora necesito que vayamos a la comisaría.

Capítulo 17

Tras aquella extraña mañana con el doctor Saúl y esa suerte de acontecimientos donde parecía que todos en ese edificio conocían a Martín, el inspector abrió su cajita del Mc Donald's y le pegó un gran bocado a la hamburguesa doble con queso. Ese pequeño descanso le sirvió para ordenar ideas, algo complicado en aquella comisaría afincada en la antigua circunvalación de Marbella. Al tiempo que daba el segundo bocado se quedó absorto mirando una fotografía que tenía en su escritorio en la que salía junto a Diomedes intentando pescar en el Amazonas; en ese momento soltó la hamburguesa y buscó entre sus cajones unos auriculares con micrófono incorporado que conectó rápidamente a su ordenador. Abrió Skype y pulsó el botón de vídeo llamada en el perfil de su compañero colombiano con la esperanza de que el cabo Álvarez le contestara la llamada.

- ¿Qué hay parcerero? – saludó Martín a Diomedes, al que se podía ver sentado en una silla de ruedas y con una cicatriz en su cuello por la traqueotomía que tuvieron que realizarle fruto del balazo recibido años atrás.

- ¿Qué pasó patrón? ¿Planeando otro viajecito por acá?

- Pronto espero pero no este año, ahora estoy en mitad de un caso que se complica por momentos.

- Ajá, ¿en que está metido?

- Tengo dos víctimas colombianas, prostitutas jóvenes que han sido asesinadas con una semana de diferencia, ambas con una violencia extrema, y todo bajo un manto satánico. Parece que el asesino sigue un patrón y estoy seguro de que va a haber más muertes.

- ¿Qué le hace pensar eso amigo?

- Por lo que hemos averiguado cada una de las muertes está ligada con un demonio, en el primer asesinato encontramos a la víctima colgada boca abajo tocando con la cabeza en el suelo, durante su autopsia le sacaron del estómago un cilindro que contenía un papel con el nombre Belial, un demonio vinculado con el elemento tierra. – Martín movió el ratón de su ordenador y compartió un fichero con Diomedes – ahí te acabo de pasar una

fotografía de la escena del crimen.

- No joda *parce*, que acabo de desayunar.
- Como puedes ver se ensañaron bien con la chica.
- Le dieron duro – dijo Diomedes con cara de concentración.

- A la segunda víctima la asesinaron al sábado siguiente, justo una semana después. La encontramos en un cementerio metida en un ataúd sumergida en agua; le habían tatuado Leviatán con un cúter. Te paso otra foto.

- ¿Leviatán? Ahora es cuando me dices que es un demonio que tiene algo que ver con el elemento agua.

- Efectivamente. Los elementos son cuatro, Tierra, Agua, Aire y Fuego, y si continúa con su ritual, este sábado habrá una nueva víctima – la voz de Martín presentaba claros signos de resignación que no pasaron desapercibidos por Diomedes.

- No se martirices *hombre* – Diomedes hizo una pequeña pausa antes de continuar – Martín, ¿para qué me ha llamado? No sé en que le puede ayudar un pobre lisiado a 8.000 kilómetros de distancia.

- Espero que en mucho. Creo que el asesino tiene algún vínculo con Colombia, algo, no sé el qué. Necesito que busques casos similares que hayan podido pasar allí. También hay un tema relacionado con los asesinatos, son unos número de teléfonos móviles de tu país, hemos averiguado que son número prepago que pensamos que pueden ser del asesino, como te puedes imaginar ya están fuera de servicio. Te paso los números ahora.

- Cuente conmigo, ahora tengo mucho tiempo y una medalla por recibir un disparo – rió irónico – le llamo en cuanto tenga algo.

- Cuídate.
- Y usted.

Al finalizar la vídeo llamada Martín no pudo disimular una pequeña sonrisa, era tan grande el afecto y la gratitud que le tenía a Diomedes que era una de las pocas personas a las que consideraba como amigo. A continuación endureció su gesto y se dirigió a Juan Carlos.

- Juan Carlos, no se olvide de conseguir información sobre el doctor Saúl y su oficina – Martín hizo una pequeña pausa recordando al magrebí que vio antes de entrar en su consulta – y ya puestos investiga todo el edificio, seguro que encontramos algo más.

- A la orden.

Capítulo 18

<<¿Puede la víctima desgarrada y ensangrentada amar las sanguinarias mandíbulas que la despedazan miembro a miembro?>>

Anton Lavey

El silencio de la noche sólo se rompía por el agua del fregadero en aquel chalet de Osuna. Yajaira, una joven y esbelta mulata, se encontraba fregando una olla en la que había hecho un sabroso sancocho que guardaba en la nevera. Su pequeño pomerania le hacía compañía tumbado a su lado mientras esperaba la llegada de su marido. De repente el perro se puso de pie, levantó las orejas y corrió hacia la puerta de cristal de la cocina con el rabo tieso, al cabo de unos segundos comenzó a gruñir estallando en ladridos agudos, avisando así de la posible presencia de algún extraño que estuviera merodeando en las inmediaciones de la casa.

- ¡Ya, Principito, ya! Acá no hay nadie – dijo la colombiana al tiempo que miraba por la ventana.

Prosiguió con la limpieza, esta vez de una sartén, mirando concentradamente al estropajo que tenía en la mano. Sin aviso alguno, el torrente de agua fue perdiendo fuerza hasta escucharse el aire de las tuberías resonando con fuerza.

- ¡Otra vez esta *malparía* instalación! Para que me vendría yo a vivir acá con lo bien que estaba con mi playita. – Espetó Yajaira al tiempo que se secaba las manos con un trapo de cocina.

La joven se dirigió a la puerta de la cocina y tecleó la clave de la alarma que la desactivaba, quitó el pestillo y salió al jardín. El rocío de la noche hizo que se le erizara su piel tostada, así que volvió a entrar a la casa y cogió un chal que se echó por encima de los hombros.

Al volver a salir al jardín se dirigió hacia la portezuela que daba al contador del agua.

- ¡Qué extraño! ¿Cómo puede ser que el paso del agua se encuentre cerrado?

Principito que estaba a su lado se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa asustado. Yajaira abrió la llave de paso del agua, se incorporó y volvió a entrar en la cocina donde se encontró con que del grifo estaba saliendo agua con más fuerza que cuando ella estaba lavando.

- ¡Juraría que lo había cerrado antes! – Pensó con gran sorpresa - ¿Dónde se habrá metido Principito? ¡Principito!, ¿dónde está mi perro mocho? – dijo alzando la voz de manera simpática.

El ladrido del perro se escuchó a lo lejos como respuesta a su dueña.

- ¡Principito! – insistió ella al tiempo que se movía por la casa.

Ese chalet databa de 1982, no era viejo pero se notaba el paso de los años. Sus más de trescientos metros cuadrados se repartían en tres plantas. La primera de ellas estaba decorada con bastante buen gusto, con muebles coloniales que le recordaban a las casas de su amada Cartagena de Indias. En la planta superior se encontraban las habitaciones, tres para ser exactos. Y en el subsuelo se encontraba un sótano que servía de trastero. El suelo de las distintas estancias era de madera, algo que hacía que cada paso que se diese se escuchara prácticamente en toda la casa.

- ¡Principito!

El perro volvió a ladrar, esta vez Yajaira pudo escuchar que su perro le contestaba desde detrás de una pequeña puerta que se ubicaba cerca de la entrada de la casa. Abrió la puerta, tras ella había unas escaleras que bajaban al sótano.

- ¡Vamos Principito! Sube.

Nada, ningún ruido. Pulsó el interruptor pero la luz no hizo acto de presencia.

- ¡Estoy harta de esta maldita casa! ¡No funciona nada!

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y encendió la linterna de su Iphone. Comenzó a bajar la escalera de madera alumbrando cada uno de sus pasos. Los quejidos al pisar cada peldaño combinado con la oscuridad agudizaron su oído, además, un pequeño temor comenzaba a apoderarse de ella. Podía sentir los latidos de su corazón como si estuviera escuchándolos por unos auriculares. Todos sus músculos se tensaron y su voz se tornaba temblorosa cada vez que llamaba a su perro y éste no volvía a ladrar para indicarle donde se encontraba. Al llegar al sótano hizo una pequeña batida con la luz del teléfono que cortaba aquel pozo de sombras. La habitación medía al menos treinta metros cuadrados y estaba atestada de muebles viejos, tapados en su gran mayoría por sábanas blancas. Yajaira apuntaba con el móvil a todos los rincones pero no veía ni rastro del animal. En mitad de la habitación había una bombilla colgando de un cable que se abría paso entre las vigas de madera que vestían el techo. Llegó hasta la misma y alzó su mano para cogerla al tiempo que la alumbraba.

- Parece que no está rota.

Se guardó el móvil y enroscó la bombilla que inmediatamente se encendió deslumbrándola unos segundos. Algo se movía entre sus pies.

- ¡Principito!, no le hagas más esto a mamá, que susto me has dado – le dijo al tiempo que se agachaba para acariciarlo.

Se incorporó y en ese momento se encontró una silueta humana vestida de negro justo en frente de ella.

El destello de la hoja del afilado cuchillo de cocina hizo que Yajaira diera un grito ahogado que se apagó en el momento de la primera asestada. La colombiana se llevó las manos a la altura del estómago, abrió las palmas de las manos lentamente y al ver que las tenía empapadas de sangre, las miró con incredulidad, con la confusión de no saber qué es lo que estaba pasando, y gritó con todas sus fuerzas. Observó a su asesino buscando una respuesta y lo que encontró fue una nueva puñalada acompañada del ladrido de su perro. Un nuevo quejido se hizo eco en la habitación; el silbido de la siguiente puntada le advirtió de que su vida estaba perdida si no huía, sabía que aquella persona estaba allí para acabar con ella. Esta vez pudo sentir como el metal se introducía en su estómago rápidamente y salía sin prisa. Intentó tomar aliento pero al hacerlo un pequeño ataque de tos hizo que escupiera flemas de sangre, una sangre negra como la oscuridad de aquella habitación, una sangre que caía sobre el pelo de su amado perro que ladraba con más miedo que amenaza. La joven se dio la vuelta e intentó escapar. Dio tres pasos y se agarró a la barandilla de la escalera; en el primer peldaño sintió como el cuchillo se le volvía a clavar por la espalda atravesando uno de sus riñones. Su atacante volvió a la carga, esta vez para hacerle un corte a la altura del talón y evitar así que consiguiera escapar. En el siguiente paso se desplomó boca arriba, su respiración era muy forzada, moribunda. Tras unos pocos segundos el asesino se le acercó, ella le miró a los ojos a través del pasamontañas que cubría su cara, esa mirada le era familiar. Levantó una mano para quitarle la máscara, el agresor no se resistió, quería que Yajaira descubriera quien era la persona que iba a cobrarse su último aliento, sus pupilas se dilataron enormemente cuando descubrió a su agresor. Movié los labios en busca de respuestas inaudibles. A continuación pudo ver como su asesino sacaba un cúter y lo abría lentamente, instintivamente Yajaira giró su cabeza en busca de Principito mientras las lágrimas de sus ojos negros anunciaban su lenta despedida.

Capítulo 19

- Esta vida me va a matar, definitivamente tengo que dejar de beber – pensó Martín en voz alta al tiempo que se apretaba las sienes con las dos manos.

Esta vez había pasado la noche solo, al menos nadie había dormido en su casa, algo que por otro lado agradecía para no tener que pasar así por el trance de echar a la prostituta de turno, además no parecía que alguna llamada inoportuna fuera a estropearle aquel domingo. El calor que hacía en su habitación era asfixiante, a eso había que sumarle la acumulación de gases emanados por el alcohol de la noche anterior. El inspector se sentó en el borde de la cama y se mesó el cabello hacia atrás. Tras unos segundos acostumbrándose a la luz que entraba por la ventana cogió un cigarro de la mesita de noche y comenzó su ceremonia diaria de meterle nicotina a los pulmones. En los pies de la cama se encontraba Cotton que se ocultaba tumbado entre la colcha y las sombras que proyectaba la persiana de tablas mientras miraba fijamente a su amo.

- ¿Qué pasa colega? ¿Has dormido bien?, como si me fuera a contestar un puto gato. Tío podrías decir algo, te llevaría a varios programas de televisión y nos sacaríamos un dinerito. Sí, lo sé, me lo gastaría en putas, pero es mi único vicio.

Cotton bostezó y apartó la mirada en lo que parecía una muestra de desaprobación.

- Está bien, está bien, uno de mis pocos vicios, pero de algo habrá que morir. Tú no eres mucho mejor que yo, a saber a cuántas gatitas te cepillas cuando te escapas por el balcón.

El gato dio un salto y se puso en la puerta de la habitación mirando al pomo fijamente. Martín interpretó el gesto como la hora del desayuno, un desayuno temprano para un domingo, demasiado temprano pensó, las 8:33 marcaba el despertador de la habitación. Se incorporó con un gruñido y se rascó fuertemente sus partes antes de abrir la puerta.

- Espero que no sean ladillas, si me afeitara las pelotas esto no me

pasaría.

Al salir de la habitación entró en el cuarto de baño, se bajó los calzoncillos, escupió un gargajo espeso y se volvió a poner el cigarrillo en la boca mientras orinaba. En ese momento sintió como si mil alfileres salieran por su uretra.

- ¡Dios que dolor!, espero que no sea gonorrea, ¿a quién cojones me habré follado? Tengo que conseguir penicilina urgentemente.

Tras tirar de la cisterna se dirigió a la cocina, allí le estaba Cotton enterrando sus deposiciones diarias en una bandeja de tierra que le servía de váter gatuno; abrió la nevera y sacó un cartón de leche abierto, echó un buen chorro sobre el bebedero y le rellenó el comedero con pienso. Una vez saciadas las necesidades del animal tocaba cumplir con las suyas. Abrió la cafetera de metal, le echó agua y rellenó el filtro de Santa Cristina, el café más popular de la provincia de Málaga. Mientras el café se iba haciendo, lentamente se dirigió al salón. En la mesa había dejado su cartera y su teléfono móvil. La pequeña luz led del aparato parpadeaba con un color azul que le indicaba que tenía notificaciones.

- Tres llamadas perdidas de un número que no conozco de hace media hora. ¡Qué poco respeto!

Martín pulsó sobre el número de la llamada perdida y le dio al botón verde. Al segundo tono una voz contestó rápidamente.

- Inspector Vilches, soy el inspector Sicardo, de la comisaría de Sevilla – dijo sin dejar hablar a Martín. Aquella enérgica voz masculina por exceso de cafeína le resultaba chirriante, no aguantaba el acento sevillano que por lo general sustituían las “ces” por las “eses”.

- Inspector Sicardo en qué puedo ayudarle, siento no haber podido contestarle antes pero me encontraba en un interrogatorio y me era imposible coger sus llamadas.

- No se preocupe, lo entiendo. Los turnos de fin de semana en estas fechas suelen estar cargaditos de trabajo. ¿Le dice algo el nombre de Yajaira Marcela Montero?

- La verdad es que no, ¿Debería? – contestó Martín sin saber a donde llevaba esa conversación.

- Le pregunto porque después de meter los datos de un nuevo caso en el CODIS me ha saltado un mensaje de posible vinculación con dos asesinatos que lleva usted en la provincia de Málaga.

A Martín se le erizaron los vellos de los brazos y sintió una terrible

punzada en la nuca que le ponía sobre aviso de lo que estaba por venir.

- ¿Cuál es su caso inspector Sicardo? Si es que puede saberse.

- Por supuesto, yo no soy nadie para contradecir lo que diga el ordenador central. Yajaira Marcela Montero es, o mejor dicho era, una joven colombiana de 26 años, mulata, residente en Osuna, aquí en la provincia de Sevilla. Por fotos he podido ver que era un auténtico bellezón. Resulta que su marido se la ha encontrado ahorcada de una viga en el sótano de su casa, lo escabroso del tema es que la cuerda que han usado han sido sus propios intestinos, de hecho salían de su vientre, se enroscaban en su cuello y finalmente acababan atados en la viga. Imagínese el impacto, encontrarse a su mujer colgada con los ojos y la boca cosidos y el perro de la víctima bebiendo de un charco de sangre.

- Ojos y boca cosidos – repitió Martín resignado - ¿Me ha dicho que fue su marido quien se la encontró?

- ¿Eso es lo que le impresiona de lo que le he contado? – contestó sorprendido Sicardo.

- No, claro que no, pero es un punto nuevo respecto al caso que llevo. Continúe por favor.

- Gracias. – resopló - Resulta que cuando nos fijamos en lo que quedaba del charco vimos que habían dibujado con sangre una estrella de cinco puntas, una especie de estrella demoníaca diría yo.

- Baphomet.

- Perdón ¿Cómo dice?

- El símbolo de Baphomet, así se llama esa estrella.

- ¡Ya! – exclamó extrañado antes de continuar – a la pobre chica le habían asestado varias puñaladas antes de colgarla. No soy forense pero diría que han hecho todo lo posible para hacerle sufrir hasta la muerte.

- Puedo asegurarle que las puñaladas no acabaron con su vida, seguro que sólo la dejaron moribunda para que fuera consciente de lo que le quedaba por pasar. ¿No han encontrado nada más? ¿Algún mensaje?

- Sí, justo ahora iba a decirle. En una de las paredes habían escrito también con sangre la palabra LUCIFER.

- Elemento aire.

- ¿Perdón?

- Es el ritual del elemento aire, del libro de Lucifer. ¿Han interrogado ya a su marido?

- Sí, a priori tiene coartada.

- Me gustaría hablar con él y ver la escena del crimen, estaré allí en un par de horas. Mándeme la dirección de la casa por mensaje.
- Claro, yo continúo aquí. Nos vemos entonces.

El aroma a café había camuflado el ambiente cargado del apartamento. Martín fue corriendo a la cocina y apartó la cafetera del fogón para que dejara de escupir ráfagas de café hirviendo. Se sirvió una taza al tiempo que llamaba a Juan Carlos.

- Dígame jefe.
- Recójame en 15 minutos, nos vamos para Osuna.

Capítulo 20

Juan Carlos esperaba puntual en la puerta del edificio de apartamentos en el que vivía Martín, en la calle Salvador Rueda. Apenas pasaban unos minutos de las 9 de la mañana y aquel sol del último fin de semana de primavera empezaba a picar.

- ¡A Sevilla en pleno mes de junio!, si quería pasar calor se podía haber metido en una sauna.

Después de cinco minutos de espera la puerta se abrió y apareció el inspector con unas gafas de sol Ray Ban modelo piloto, una montura que te pone la etiqueta de policía en cuanto te las pones, y una taza de café con imágenes de Praga impresas, regalo de la luna de miel de sus amigos Sergio y Paloma.

- ¿Y esa chaqueta? – le preguntó Martín a Juan Carlos. Se trataba de una chaqueta de piel negra con ribetes grises que le daban un aspecto de persona trabajada en el gimnasio por las protecciones de la misma.

- He venido en moto, en esta época y aunque sea temprano es más rápido y sin lugar a dudas más fresquito.

- No sabía que tenía moto. ¿Qué modelo?

- Una de las grandes, la compré de segunda mano, una buena oportunidad. ¿A qué vamos a Osuna un domingo por la mañana?

Martín le dio un sorbo a su café notando el poco interés de Juan Carlos por hablar de su motocicleta.

- Hoy es domingo, parece que nuestro retorcido hijo de puta ha vuelto a hacerlo.

- ¿En Osuna? ¿Abriendo horizontes?

- Ha abierto algo más que horizontes.

Ambos se dirigieron hacia el Citroën, Martín sacó la llave del bolsillo y abrió a distancia con el mando.

Después de algo más de dos horas, y según las indicaciones del GPS, se encontraban frente a la fachada de un chalet color vino tinto. La zona estaba

acordonada y había varios vecinos paseando alrededor del mismo intentando saber qué es lo que pasaba.

- Han *matao* a la negrita – le decía un vecino a otro.
- Qué pena, con lo cachondo que me ponía la *shavala*.

Los agentes se bajaron del coche y se pusieron sus placas en el cinturón, así estarían lo suficientemente visibles para abrirse paso sin problemas. Llegaron al cordón y les dejaron pasar hasta la puerta de entrada. Desde allí podían ver el jardín y un pequeño carril asfaltado que comunicaba la puerta de entrada de vehículos con una fuente presidida por dos angelitos. Junto a ella habían aparcados un Land Rover Sport de color negro y un Porsche Boxster Spyder rojo. Detrás de la fuente había una puerta doble de madera de color ébano que daba entrada a la casa.

- Inspector Vilches – Un hombre con la mano extendida saludaba a Martín y a su ayudante – Soy José Manuel Sicardo, hemos hablado hace unas horas por teléfono.

José Manuel no tenía más de 40 años, era natural de Mairena de Alcor, un pequeño pueblo del cinturón este de Sevilla. Su nariz aguileña era desproporcionadamente grande en comparación con su pequeña cabeza; el pelo engominado descubría algunos claros, vestía una camisa de manga corta de la marca Spagnolo, pantalones chinos claros y unos náuticos que hacían que casase perfectamente con la imagen tipo que tenía Martín de los sevillanos.

- Llámeme Martín. Este es mi ayudante Juan Carlos Ramírez. ¿Qué han averiguado?

- Bueno, tenemos la certeza que quien matase a Yajaira no forzó la entrada. Hemos encontrado la portezuela del contador del agua abierta, su marido nos ha dicho que siempre la tienen cerrada. Puede que alguien manipulase la llave de paso para hacerla salir y colarse de manera sigilosa dentro de la propiedad. El muro exterior no presenta ninguna medida de seguridad y no parece que cueste mucho saltarlo con algún tipo de escala. La casa cuenta con una alarma que se activa por sectores; parece ser que cuando la víctima estaba dentro de la casa el perímetro permanecía activado, en este caso estaba desactivada.

Accedieron a la casa y vieron como en el recibidor un agente custodiaba al perro de la víctima. El pomerania tenía todos los pelos del morro, las patas y parte del lomo, manchados de sangre. A la derecha un arco con dos puertas blancas abiertas daba paso a un salón de unos cincuenta metros cuadrados. En

él había varios policías de uniforme y un par de agentes de la policía científica. Al fondo, sentado en un sofá, se podía ver a un hombre totalmente abatido con la cabeza apoyada en sus manos.

- Ese hombre de ahí es el marido de la víctima, Alexander Vasíliev, conocido en su entorno como Sasha. Está relacionado con la mafia rusa especializada en el tráfico de anabolizantes. También se lo conoce por controlar la seguridad de muchas discotecas de Madrid y de Sevilla, ya sabéis, o contratas mis servicios o tendrás problemas, aunque nunca se ha podido demostrar con certeza. Por lo visto llegó aquí sobre las cuatro de la mañana y se encontró a su mujer asesinada; tiene coartada hasta esa hora, tenemos que certificar la hora de la muerte para confirmar su inocencia.

- Seguro que la asesinaron antes de las doce, tuvo que ser durante el sábado – afirmó Martín.

- Tenemos que esperar a lo que nos diga el forense pero es una posibilidad. Si os parece bien primero podemos ver la escena del crimen, os aviso que la imagen es muy dura.

- ¿Está aquí? – Juan Carlos mostró su extrañeza, después de tantas horas lo normal es que el cadáver estuviera en alguna fría camilla del Anatómico Forense de Sevilla.

- Desgraciadamente sí, aún no ha llegado ni el forense ni el juez de guardia, esta noche ha habido una reyerta entre bandas latinas en Dos Hermanas, hay tres muertos y varios heridos, carnaza para los medios de comunicación. Parece que hasta el medio día no los tendremos aquí.

Los tres policías se calzaron unas zapatillas elásticas de plástico y bajaron por la angosta escalera por la que horas antes había descendido Yajaira. José Manuel les iba indicando donde no podían pisar para no contaminar la escena. A cada peldaño que bajaban se iba notando la humedad y el calor del considerado como mes de junio más caluroso del último lustro. Una vez en el sótano los tres se quedaron en silencio, al fondo de la sala estaba la colombiana. La imagen parecía un cuadro sacado de la Divina Comedia, los intestinos saliendo de su vientre y enroscándose en el cuello como una serpiente. La barbilla se le clavaba en el pecho al haber perdido toda la fuerza que la vida da a los músculos del cuello. Llamaba la atención como el dedo índice de la mano derecha estaba totalmente impregnado en sangre, mucho más que el resto de dedos o que las palmas de las manos. Al mirar el rostro de la joven se podían ver moratones en las mejillas, parecía que con esta se había ensañado más que con las otras chicas. Sus ojos y labios cosidos con

hilo blanco era una señal inequívoca de que el asesino era el mismo que el de los asesinatos de la provincia de Málaga, una vez más había dejado su macabra firma. En el suelo se podía ver un rastro de sangre coagulada con el que habían dibujado la estrella satánica. Las salpicaduras rojas de distintos tamaños estaban por toda la habitación. Justo detrás de la víctima se encontraba escrito con sangre y en letras mayúsculas “LUCIFER”. De repente aquel silencio se vio interrumpido por unas arcadas, era Juan Carlos, rápidamente se dio la vuelta y subió las escaleras de tres zancadas.

Martín se acercó lentamente a la víctima en un acto involuntario y se quedó mirando a la cara de la joven que se encontraba levemente suspendida sobre su cabeza.

Por fin Martín se decidió a hacer un análisis a su colega sevillano

- Hay algo que no encaja. En los asesinatos de Marbella e Istán se utilizaron rituales similares, colombianas, estrellas de cinco puntas presentes, bocas y ojos cosidos con hilo blanco, nombres de demonios y una brutalidad inusual más allá del odio. Pero la diferencia reside en que las víctimas anteriores eran prostitutas, sin embargo Yajaira estaba casada y aparentemente en muy buena posición social.

- Tal vez fuera prostituta anteriormente. No son raros los casos de *millonitis* que se enamoran de una puta y la sacan de la calle, muy a lo “Pretty Woman”.

- Tiene razón. ¿Se ha fijado si alguna de sus uñas está rota?

- Sí, los de la científica han estado tomando muestras a ver si hubiera restos de piel o fibras. Probablemente llegó a defenderse en algún momento. A ver si hay suerte y encontramos algo.

Martín se quedó unos minutos en silencio analizando el escenario.

- ¿Puede pasarme las fotografías y los datos preliminares de la investigación? Así cuando esté en Málaga podré cotejar mejor todos los asesinatos y buscar algo que se nos pueda escapar.

- Por supuesto.

- Subamos a hablar con el marido.

Una vez en el salón se les volvió a unir Juan Carlos que se disculpó ante sus superiores de la indisposición sufrida. Sicardo se acercó al marido de Yajaira.

- Señor Vasíliev

- Sí - dijo el hombre desconcertado con los ojos llenos de ira, algo que asustaría a cualquier hombre en una situación normal.

Alexander Vasíliev era un hombre rubio, con el pelo casi blanco, de unos 35 años. Medía alrededor de dos metros y pesaba unos 100 kilos de puro músculo. Cara rectangular y ojos de un azul tan frío como su personalidad. Cualquiera podría confundirlo con Daniel Craig, el actor que encarnó a Jame Bond en sus últimas películas. El hombre vestía una camisa de color celeste a rayas de Versace, con los puños y el cuello de color blanco. Podía verse que los nudillos del hombre estaban ensangrentados, según las primeras pesquisas se los habría lastimado al pegarle a la pared ante la impotencia de no poder hacer nada por salvar la vida de su mujer.

- Señor Vasíliev le presento al inspector Vilches, acaba de llegar desde Marbella para hablar con usted.

Martín se sentó frente al ruso presentándole sus respetos.

- Hola señor Vasíliev, mi nombre es Martín, como le ha dicho mi compañero vengo de la comisaría de Marbella.

- ¿De Marbella? ¿Por qué de Marbella? – preguntó con un marcado acento.

- Creemos que la muerte de su esposa está relacionada con otros dos asesinatos que tenemos en la costa.

Alexander, que hasta entonces estaba con la mirada perdida se centró de inmediato prestándole toda la atención a Martín.

- Como le decía hay indicios de que el asesino de Yajaira haya podido ser el mismo que el de otras dos chicas. ¿Conoce usted a alguien en la provincia de Málaga que quisiera hacerle daño a usted o a su mujer?

- Conozco a mucha gente que quiere hacerme daño

- Bien. - El inspector trató de enfocar sus preguntas de otra manera para intentar que Alexander le dijera algo productivo - Dígame, ¿Cómo conoció a su esposa?

- Fue hace un par de años en Alicante. Me habían invitado a una fiesta en Calpe, un pequeño pueblecito de la costa levantina. La fiesta fue en la villa de Marc Roca, un empresario con el que había cerrado un acuerdo con mi empresa de seguridad. Recuerdo perfectamente estar hablando con Marc y ver como aparecía aquella diosa con un vestido verde que descansaba sobre su cuerpo, como si fuera parte de él. Por aquel entonces Yajaira tenía flequillo y era tan descarada como hasta ahora. Le gustaba ser la protagonista y que todos la mirasen, sin duda era la sensación de la fiesta. Venía acompañada por un chico que era su pareja por aquel entonces, un chulo engreído con el que había hecho tratos menores para algunos gimnasios, nada

importante. Le pedí a Marc que me la presentara y desde entonces habíamos sido inseparables.

- Aquel chico, el que era novio de Yajaira por aquel entonces, ¿recuerda su nombre?

- Claro que sí – sacó una pequeña libreta negra de su bolsillo y lo buscó rápidamente – Santiago Reinaldo Vaca, le llaman Tiago. ¿Piensan que pueda tener algo que ver? – Preguntó cerrando las manos con fuerza para controlarse.

- Aún es pronto para sacar conclusiones pero cualquier información puede ayudarnos a esclarecer el asesinato de su mujer. ¿Cuántos años llevaba su mujer en España?

- Cuatro o cinco, aún no había conseguido la residencia cuando la conocí.

- ¿Y ahora sí la tenía?

- Sí – contestó con la seguridad que el dinero le daba para conseguir todo lo que se proponía.

- ¿Dónde vivía antes de estar con usted?

- Sé que estuvo viviendo en distintos sitios, pero no sabría decirle donde exactamente, mi español no es muy bueno y muchas veces no entendía a mi mujer, sobre todo cuando se enfadaba, y como buena latina eso pasaba muy a menudo. Ahora si no les importa me gustaría hablar con mi asistente para preparar el entierro de mi mujer.

- Claro que sí. Gracias señor Vasíliev. Aquí le dejo mi tarjeta por si recordara algo que nos pueda servir en la investigación.

Los inspectores se levantaron y se dirigieron hacia la puerta de salida.

- Si Alexander sabe algo no nos lo va a decir, yo diría que es de los hombres que imparte su propia justicia. Gracias por todo José Manuel, estaremos en contacto.

- De nada.

Martín y Juan Carlos se volvieron a subir en su coche para emprender el camino de regreso.

- A ver qué puedes averiguar de Santiago Reinaldo Vaca.

- Ya lo he hecho, acabo de llamar por teléfono a la comisaría mientras se despedía del inspector Sicardo.

- ¿Y qué tenemos?

- Pues por ahora sabemos que trabaja en Málaga en un gimnasio y que tiene antecedentes penales.

- Vamos a hacerle una visita a ver si sabe algo.

Capítulo 21

Durante el camino de vuelta Juan Carlos pudo comprobar que Santiago Reinaldo había estado preso en la cárcel de Alhaurín de la Torre durante cuatro años por un delito contra la sanidad pública, ya había pedido que le buscaran su expediente completo para poder revisarlo a fondo cuando llegarán a la comisaría.

Una vez en Málaga los inspectores se dirigieron directamente a la avenida de Barcelona. Según las pesquisas de Juan Carlos, Santiago trabajaba en Synerwin, un gimnasio “low cost” de los muchos que habían proliferado tanto por la creciente demanda de ejercicio, debido a los cánones de belleza marcados por los medios de comunicación, así como por la crisis que azotaba a toda la península. Redes sociales como Instagram retrataban el día a día de celebritis obsesionadas con el fitness. Era increíble ver como más de un millón de personas seguían los progresos deportivos de una, ya no tan desconocida, joven que presumía tener el culo perfecto gracias a sus horas y horas de entrenamiento y a algún que otro suplemento que anunciaba sutilmente. Fotografías que podían repetirse más de cien veces hasta encontrar el “selfie” perfecto en los que la gran mayoría de las veces se usaban filtros para ocultar pequeñas imperfecciones prohibidas tanto para “instagramers”, como para sus “followers”. Sociólogos y psicólogos estaban fascinados con los nuevos patrones de conducta, lo que en un principio sólo afectaba a una muestra considerada juvenil había saltado varios escalones, ya no era extraño ver a sexagenarios totalmente enganchados a las aplicaciones de sus teléfonos móviles.

El gimnasio se encontraba situado en un barrio de la entrada oriental de Málaga; sus edificios, construidos a mediados de los años setenta, estaban ocupados en su gran mayoría por personal sanitario. Médicos, enfermeras y celadores entre muchos otros. En menos de cien metros se encontraban dos de los hospitales más importantes de la provincia, el Hospital Civil y el Materno Infantil. Unos metros más al norte se encontraba uno de los

emblemas de la ciudad, el estadio de La Rosaleda, donde el Málaga Club de Fútbol había dado alegrías y decepciones a sus seguidores casi por igual. A muchos malagueños no les gustaba pasar por la zona a ciertas horas de la noche, no es que fuera un barrio peligroso, pero no muy lejos de allí se encontraba la Palmilla, un suburbio marginal donde los trapicheos estaban a la orden del día y los ajustes de cuentas eran frecuentes.

Consiguieron aparcar en la misma calle donde se encontraba el gimnasio. A pesar de ser domingo estaba abierto, uno de sus eslóganes presumía de permanecer abierto los 365 días del año. Al entrar se encontraron con unas instalaciones modernas; a pesar del día y de encontrarse en la hora de la sobremesa había casi dos docenas de clientes esforzándose por tener el cuerpo perfecto. En las paredes abundaban los mensajes motivacionales como uno de Valentino Rosi que decía <<Si crees que eres el mejor ya no puedes mejorar. Si quieres ser el mejor, siempre debes hacerlo>>. Martín no pudo evitar soltar una carcajada irónica al ver toda aquella parafernalia, no entendía aquella necesidad, sus kilos de más lo dejaban patente, aunque aún podía recordar aquellos años en los que su entrenamiento para las pruebas de acceso al cuerpo de Policía Nacional, había esculpido un cuerpo que provocaba admiración y deseo tanto en hombres como mujeres. Para poder acceder al centro deportivo tenían que pasar por unos tornos que se encontraban una vez que se pasaba por el recibidor, la entrada se realizaba mediante huella dactilar. Los agentes llamaron desde una barandilla a uno de los monitores del gimnasio, Martín se identificó y preguntó por Santiago.

- ¿Santiago Reinaldo se encuentra en el centro?

- Emmm, ¿Tiago?, déjeme ver, creo que está en nuestro office – dudó mientras miraba la placa que le habían enseñado de manera sigilosa para no levantar revuelo entre los clientes.

El monitor se dirigió hacia un cuarto que tenía un gran ventanal; desde la entrada podía verse como hablaba con alguien y tras un par de minutos volvía hacia donde se encontraban los agentes.

- Ahora les atiende.

Poco después un hombre musculoso, de no más de metro setenta y unos treinta años, salió de la habitación. Su rasgo más significativo era su cabeza escrupulosamente afeitada, tenía el rostro cuadrado y la mirada profunda, donde los ojos marrones y el ceño fruncido denotaban concentración. La camiseta de monitor marcaba su pecho totalmente desproporcionado, dejando percibir síntomas de ginecomastia, uno de los muchos efectos secundarios

producidos por el abuso de sustancias anabolizantes. En el antebrazo lucía un tatuaje de una especie de caricatura demoníaca.

- ¿En qué puedo ayudarles? – dijo Santiago mientras cruzaba los brazos y posicionaba su cabeza de manera que su barbilla estuviera ligeramente levantada, síntoma claro de defensa y menosprecio ante la autoridad que Martín y Juan Carlos representaban.

- Visita de cortesía, queremos hacerte algunas preguntas – contestó Martín de manera altiva, un reflejo adquirido para enfrentarse a personas con actitud chulesca.

- ¿Me va a hacer falta un abogado?

- No, ¿por qué?, ¿ha hecho algo malo?

- No que yo sepa. Pasen, hablemos mejor en un despacho. – Tiago abrió una pequeña puerta de metal que permitía el acceso al recinto y los acompañó hasta la sala del gran ventanal.

- Tomen asiento. ¿Qué necesitan?

Martín decidió utilizar una estrategia de preguntas “in crescendo” en la que pudiera ir viendo las reacciones del monitor de gimnasio.

- ¿De qué conoce al señor Alexander Vasíliev?

- No tengo ninguna relación con ese hombre. Hace unos años tuve algunos negocios relacionados con él, nada más.

- Ya – Martín dejó pasar unos segundos hasta formular la siguiente pregunta.

- ¿Cuándo vio usted por última vez a Alexander?

Tiago cambió de postura en la silla en la que se sentaba para acomodarse ante aquellas preguntas que parecían no gustarle demasiado.

- Hace algo más de dos años. Creo que fue en Calpe, en casa de un empresario catalán.

- Dígame, esos negocios...

- ¡Oiga!, no sé a qué viene toda esta mierda, creo que estas preguntas pueden hacérselas a Sasha directamente.

- ¿Sasha?, que nombre más amigable para una persona con la que no tiene contacto.

- He dicho que no tengo relación, no que no la haya tenido – Santiago empezó a endurecer su tono de voz, terminando la frase con un pequeño manotazo en la mesa.

- Tranquilícese señor Reinaldo, como le hemos dicho esto es una visita de cortesía. Precisamente venimos de hablar con el señor Vasíliev, sólo

queremos ver si lo que él nos ha contado concuerda con lo que nos diga usted.

- Entiendo – la postura de aquel hombre volvió a cambiar, pasó a poner los brazos sobre la mesa con las manos entrelazadas dejando que sus pulgares tamborilearan.

- ¿Cuándo dejaron de tener relación Alexander Vasíliev y usted?

- Cuando me robó a mi novia el muy hijo de puta – dijo de manera impulsiva - la muy zorra prefirió el dinero a un buen polvo.

Vilches tenía la conversación justo donde quería, Santiago había bajado la guardia y empezaba a ser vulnerable. Para ponerlo más nervioso sacó una libreta de su bolsillo y la abrió por una página donde estaba el nombre de la víctima.

- ¿Se refiere a la señora Yajaira Marcela Montero?

- Sí – dijo con desprecio.

- Bien. Dígame ¿cómo conoció a Yajaira?

- ¿A Yajaira? – preguntó contrariado - Por Facebook. Encontré una fotografía de una amiga donde aparecía etiquetada, me fui a su perfil y le escribí, fue ¡fácil, fácil! Ella por aquel entonces salía con un abogado, un pijo gilipollas de Marbella. Fue muy gracioso ver como aquel imbécil lloriqueaba pidiendo que se la devolviese – acabó la frase con una mueca de orgullo.

- ¿Un abogado?, ¿Recuerda su nombre?

- Claro que sí, ¡je, je!, cómo iba a olvidar a aquel piltrafa. Sebastián Parral, ¿Se puede creer que me amenazó con mandarme a unos sicarios para partirme las piernas? Lo que no sé qué tiene que ver este hombrecillo con Alexander.

- En realidad no estamos aquí por el señor Vasíliev, él nos ha llevado hasta usted pero en realidad estamos aquí por su mujer.

- ¿Qué ha hecho esa zorra ahora? ¿Se ha ido con otro ricachón?

- No señor Reinaldo, Yajaira está muerta – Martín echó su cuerpo para adelante en un tono acusativo mirando a su interlocutor a los ojos – la han asesinado.

Santiago le aguantó la mirada a Martín como si fuera un desafío por unos segundos.

- Creo que nuestra conversación ha terminado. Si quieren más información pueden hablar con mi abogado.

Martín y Juan Carlos volvieron a entrar en el coche. Desde dentro podían

ver la puerta del gimnasio.

- ¿Qué opina inspector?

- Parece que oculta algo, habrá que hacerle un seguimiento.

En el momento en el que Martín iba a arrancar vieron como Santiago salía del gimnasio. Se quedó en la puerta y se encendió un cigarro que llevaba en la mano, después sacó del bolsillo un teléfono móvil, buscó entre los contactos y realizó una llamada.

- ¿A quién cojones estará llamando este machote? – pensó Vilches en voz alta.

Al cabo de 5 minutos se volvió a guardar el teléfono, dio una última calada y tiró lo que quedaba de cigarrillo al suelo.

Juan Carlos esperó a que el monitor de gimnasio volviera a las instalaciones y de un salto se bajó del coche, corrió hacia donde había caído la colilla y la cogió con un clínex, levantó la mano y le enseñó lo que quedaba de cigarrillo a Martín como si fuera un trofeo.

- Que cabroncete más listo, ya tenemos su ADN.

Capítulo 22

De vuelta en comisaría Juan Carlos se encontró sobre su mesa con el expediente de Santiago. Después de un par de horas escudriñando los detalles del mismo se acercó a la mesa de su jefe y le puso el archivo sobre la mesa haciéndole un resumen.

- Santiago Reinaldo Vaca, más conocido como Tiago. Cumplió dos años en la cárcel de Alhaurín por un delito contra la sanidad pública. Por lo visto se dedicaba al tráfico de anabolizantes. Lo pillaron en el peaje de la autopista de Alicante con el maletero de su coche lleno de ampollas de Sustanon, Deca y Winstrol, además de varias cajas de Clembuterol.

- Lo suficiente para abastecer a varios gimnasios de la costa.

- Sí. Parece que alguien dio el chivatazo y una patrulla le estaba esperando para detenerle. En su declaración vinculó a Alexander Vasíliev como el cabecilla de la trama pero poco después se debió de arrepentir y dijo que el ruso no tenía nada que ver. Se investigó a Alexander pero no se pudo demostrar absolutamente nada.

- Era de suponer.

- En la cárcel pasó en poco tiempo del módulo de respeto a uno de presos violentos, por lo visto le partió la nariz a un “cacorro”, es como le llaman en la cárcel a los hombres que sólo son gays entre rejas.

- Sé lo que es un “cacorro”. ¿Cuándo salió de la cárcel?

- El pasado 8 de abril, le habían condenado a cuatro años pero por un error de forma que encontró su abogado consiguió salir mucho antes.

- Por las fechas parece que lo detuvieron poco después de la fiesta en casa de Marc Roca. No me extrañaría que se encabronara con Vasílev por quitarle a su novia, seguramente lo amenazaría y éste se lo pusiera en bandeja a los de narcóticos para quitárselo de encima.

- Buena teoría, seguro que nunca sabremos la verdad.

Juan Carlos sacó algunas de las fotos de la carpeta y las fue poniendo sobre la mesa una a una.

- He sacado algunas imágenes que creo que son interesantes. La primera

es del maletero de su coche en el momento de su detención, no cabía ni un alfiler. Esta segunda es del hombre al que le partió la nariz, como puede ver lo dejó hecho un cristo, requirió de cirugía para que pudiera volver a respirar con normalidad. Estas fotos son de su ficha policial, el tío es chulo hasta para posar. Y esta de aquí tal vez sea la más interesante – la foto mostraba el antebrazo de Santiago, en él tenía tatuado una especie de demonio subido a una moto de gran cilindrada, el demonio no tenía una actitud temible, más bien era la de un canalla.

- No reconozco a este demonio. Hazme una copia, a ver que tiene que decirnos el doctor Saúl. – Martín hizo una pequeña pausa para ordenar ideas antes de proseguir. – ¿Qué me dices de su familia?

- Su padre se llamaba Santiago Reinaldo Ortiz, era mecánico, murió hace unos años de cáncer. Por lo visto tenía una orden de alejamiento por maltratar a su mujer. Según aparece en el informe psicológico de Santiago, también se llevó alguna que otra torta.

- Un santo – una pequeña mueca terminó de adornar su sarcasmo. – ¿Y de la madre que sabemos de ella?

- Rosa María Vaca Fernández, ama de casa, vive en una casa de acogida en la zona de El Palo, nada reseñable.

- ¿Vaca Fernández? – las cejas de Martín se arquearon con sorpresa - ¿Cuál era el nombre que aparecía en la lápida que encontramos adosada al cuerpo de la víctima de Istán?

Juan Carlos buscó entre sus anotaciones de manera nerviosa - Josefa Fernández López – corriendo se fue a su ordenador y tras realizar una búsqueda rápida en la base de datos pudo constatar que Josefa Fernández López era la madre de Rosa María Vaca y abuela de Santiago Reinaldo.

- Esto se pone cada vez más interesante. Hazme un favor, concertarme una cita con el novio que tenía Yajaira Marcela en Marbella para lo antes posible y mantén vigilado a Santiago Reinaldo, mañana iré a hacerle una visita al buen doctor. Comprueba también si Yajaira recibía llamadas de algún número colombiano.

- Ya lo he hecho y en este caso no había llamadas extrañas, al menos no de números desconocidos.

- Curioso, este asesinato cada vez tiene más signos diferenciadores de los anteriores. Estoy seguro de que Yajaira nos va a ayudar más de lo que podíamos esperar.

Antes de marcharse a casa, Martín comprobó su correo electrónico, había recibido un mail de José Sicardo con las fotografías de la escena del crimen.

- ¡Un sevillanito que trabaja!, vaya novedad. Juan Carlos me voy a mi casa, ¿quiere que le deje en su moto?

- No gracias, voy a terminar aquí y voy a quedar con una amiga.

- Una amiga – soltó una carcajada socarrona – a echar un polvo ¿no?

Juan Carlos lo miró con un destello en los ojos, sonrió y volvió a la pantalla de su ordenador.

Al salir de la comisaría escuchó como alguien repetía varias veces su nombre a la vez que se le acercaba a la carrera.

- ¡Inspector Vilches, espere por favor!

Martín entornó los ojos al ver que se trataba de Alfonso Calzada al tiempo que aceleró el paso.

- Inspector, ¿qué tiene que decirme del cuerpo encontrado hace una semana en el cementerio de Istán? ¿tiene algo que ver con el caso de Jessica Salazar? - Alfonso consiguió ponerse a la altura de Martín para hacerle la última de las preguntas.

- Hoy es domingo, ¿no descansa los fines de semana?

- La noticia no entiende de descanso. ¡Vamos Martín! – le insistió cortándole el paso – sé que la chica de Istán está relacionada con la de aquí.

- No sé de qué me habla.

- Sabes que voy a sacar la noticia con o sin su ayuda. Dígame algo, por los viejos tiempos.

- ¡Los viejos tiempos! - dijo mirando desafiante a Alfonso – esos en los que me vendió con un reportaje sobre el abuso de poder en la policía.

- ¡Joder Martín! No se le veía la cara en la foto del reportaje. Solo a usted se le ocurre ponerse en mitad de un aparcamiento a obligar a una puta a que se la chupe como en la película Sargento corrupto.

- ¡Que le den! – Martín continuó su camino.

- Sin rencores.

El inspector levantó el dedo anular de su mano derecha sin mirar atrás mientras se preguntaba cuánto tiempo tardaría Alfonso en conectar los asesinatos de Málaga con el de Yajaira en Osuna y en sacar la noticia.

Capítulo 23

Como si de un Déjà Vu se tratara, Martín se volvía a encontrar con la misma imagen, delante de aquel edificio antiguo del centro de Málaga y con aquel pedigüeño en la puerta. El anciano, sentado en la acera, metió una mano en el bolsillo de su mugrienta rebeca, sacó un papel y lo alzó para que Martín lo cogiera, otra imagen que se repetía. Vilches asintió como muestra de agradecimiento, desdobló aquella cuartilla esperando volver a encontrar el mensaje “sé que me buscas” y el número de piso del doctor Saúl, pero, en esta ocasión, el papel tenía impreso algo muy distinto, se trataba de un flyer monocromático que anunciaba el concierto de un grupo de metal, Irae. Era un panfleto con unos dibujos inquietantes, como si representara el infierno de Dante donde decía que el concierto tendría lugar en la Sala Zödiac de Torremolinos, el viernes, a las diez de la noche. Martín volvió a mirar al anciano con incredulidad a lo que el viejo señaló hacia la puerta del edificio para que entrase. El inspector se guardó el papel y entró en el edificio, se subió en el ascensor y pulsó el número tres. Al bajar del elevador vio como de la penumbra de las escaleras emergía una figura con pasos silenciosos. Martín pulsó el interruptor que encendía la luz del pasillo, su halo era tenue e intermitente. Inmediatamente el inspector sintió una punzada en el cogote que le hizo tensar todos sus músculos, quitó el seguro de su USP Compact de 9 milímetros, que llevaba oculta bajo su camisa, y se puso de perfil hacia la escalera dejando su pistola fuera del alcance de visión de aquella persona. La figura se fue acercando poco a poco hasta que Vilches pudo ver que una capucha ocultaba su rostro, pasó por su lado sin girar la cabeza, se dirigió hacia el final del pasillo, abrió una puerta y entró en la vivienda cerrando con premura. Por la complexión de aquel individuo y por la puerta que abrió, al inspector no le cabía duda de que se trataba del mismo hombre al que había visto una semana atrás en ese mismo pasillo.

Martín sintió curiosidad, esperó unos segundos y se dirigió hacia la puerta recién cerrada, en ella había una placa con las iniciales RRR justo debajo de la mirilla. La tensión contenida por el silencio intensificó aún más los

sentidos del inspector que se quedó mirando fijamente aquella oscura mirilla. Cinco segundos después dio unos pasos por el pasillo para girarse y volver sobre sus pasos y plantarse nuevamente ante aquella puerta de la triple “R”, en esta ocasión por la pequeña abertura se podía ver como pasaba un haz de luz.

- Este cabroncete me estaba observando desde el otro lado de la puerta.

Una vez más Vilches volvió sobre sus pasos, en esta ocasión se dirigió a la puerta B, tocó el timbre y poco después se abrió la puerta a distancia. El inspector entró con paso firme y seguro. En la sala de espera había una pareja de raza negra sentada con postura inquieta. Al fondo del pasillo se abrió la puerta del despacho de Saúl, era el doctor que vestía de los pies a la cabeza de color marfil, incluidas las sandalias.

- Espere en la sala un momento inspector, enseguida le atiendo.

Martín vio como se cerraba la puerta, se dirigió a la sala de espera y saludó.

- Buenas tardes.

- Buenas tardes señor.

Se sentó en una silla de mimbre destartada y observó la decoración de aquel habitáculo. Las paredes estaban empapeladas con unas franjas verticales amarillas y blancas. En algunas esquinas se podía ver el color original del tabique. Había una ventana con una persiana enrollada con una cuerda que daba a un patio interior. El techo estaba amarillento por culpa del humo del tabaco de los pacientes. En las paredes había varias láminas de esoterismo con las formas de los distintos signos zodiacales. Sobre sus hombros una gran bandera de Mozambique presidía la estancia.

- Disculpe, ¿Qué hora tiene? – preguntó la señora que tenía al lado con acento afrancesado.

- Las cinco y media.

- Muchas gracias señor. Es que llevamos aquí casi dos horas. El doctor Saúl es un hombre muy ocupado, ¿sabe usted?

Martín le dedicó una sonrisa forzada y cogió una revista de la mesita.

- “Más Allá” ¡Pensaba que ya no se publicaba!

Un minuto después apareció Saúl.

- Pase señor Vilches. En unos minutos estoy con ustedes señora Mara.

Pasaron al despacho y tomaron asiento en las mismas posiciones que una semana atrás.

- ¿En qué puedo ayudarle inspector? ¿Tiene algún avance en su

investigación?

- Podemos decir que sí aunque aún faltan por atar varios cabos. Tengo algunas cuestiones con las que creo que podrá ayudarme.

- Dígame.

- Antes que nada confío en su secreto de confidencialidad para poder hablar con usted.

- Por supuesto. Está en mi consulta, para mí es un cliente más.

- Bien. Tenemos tres víctimas - dijo sin más dilación.

- ¿Tres? en los periódicos sólo aparecen dos – su voz era prácticamente plana, serena, sin titubeos.

- Bueno, digamos que los periódicos aún no han relacionado el último asesinato con los demás. El caso es que las tres muertes tienen el mismo patrón, se han producido en sábados, siempre por la noche y con una violencia inusitada. En todas ellas se han dejado los nombres de distintos demonios relacionados con elementos como tierra, agua y aire. ¿Qué piensa al respecto?

El doctor hizo una pequeña pausa fijando sus ojos en los de Martín antes de contestar.

- Se está burlando.

- ¿Perdón?

- Digo que el asesino se está burlando. Se burla de otras religiones. En primer lugar se burla de los católicos con aquella chica crucificada al revés, como si fuera la crucifixión del anticristo. Sí, ya sé que aquella postura también representa el símbolo del diablo, de eso también se burla, de los símbolos. También se burla del judaísmo, los asesinatos se han cometido en distintos sábados, el “Sabbat”, es su día sagrado, el día en el que hay que descansar. También diría que está haciendo su propia interpretación de la Biblia Satánica, burlándose también del Pentateuco.

- Hábleme del Pentateuco doctor.

- El Pentateuco es la Torá, la ley judía por excelencia. Escrito casi por completo por Moisés. Está compuesto por cinco libros, o pergaminos como indica la palabra “teuco”. Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, esos son los cinco libros, bastante interesantes. Anton LaVey escribió en 1969 la Biblia Satánica que, a diferencia del Pentateuco, está escrita en cuatro tomos, cada uno de ellos correspondiente a un demonio distinto que representa a cada uno de los elementos. El libro de Belial con el componente tierra, Leviatán con el agua, Lucifer con el aire, y Satán con el

fuego.

- ¡Fuego! – exclamó amargamente al tiempo que bajaba la mirada pensativo.

- Sí, fuego, el elemento más destructivo de todos los que conocemos.

Martín se quedó pensativo, no había pensado en el elemento que le faltaba para percatarse de que la próxima muerte estaría relacionada con él.

- ¿En qué más puedo ayudarle inspector?

Después de unos segundos en silencio Vilches sacó un papel con la imagen del tatuaje de Santiago Reinaldo y se la puso sobre la mesa a Saúl.

- ¿Podría decirme si conoce a este demonio?

Tras mirarlo detenidamente Saúl asintió.

- Diría que es Spunkie, el demonio que protege a los malhechores y a los bandidos. Es un demonio menor, un simple sicario del Averno con aspiraciones a algo más.

- ¿Qué aspiraciones puede tener un diablo de este tipo?

- Muchas y ninguna. Digamos que el infierno es como una película sobre la mafia donde tenemos a Vito Corleone, a sus hijos, a su consigliere, a sus lugartenientes, a sus soldados y por supuesto a sus rivales. Spunkie no pasa de ser un soldado, listo y con ambiciones, pero como le digo, un soldado, un ejecutor, no tiene la capacidad para actuar por su cuenta.

- Entiendo. ¿Había visto más tatuajes de este tipo?

- Constantemente inspector. Este submundo es más grande de lo que se imagina. Hay muchas personas que se convierten en adoradores del demonio por moda, otros por reconocimiento, muchos otros por convicción, y una pequeña minoría por la necesidad de pertenencia a un grupo, estos son los más vulnerables, los más maleables y sin duda los más peligrosos. Imagínese a un individuo que ha pasado inadvertido toda su vida porque cuando estaba en el colegio era el rarito de la clase, motivo más que suficiente para ser la diana de los golpes de sus compañeros, personas que en el trabajo son los primeros en encabezar las listas de los ERES de las empresas, los primeros en ser ignorados por el mundo, los primeros de los últimos. Son personas desprovistas de toda personalidad, con una falta de afecto total y absoluta, individuos que en muchos casos han vivido el maltrato en sus hogares en primera persona. Imagínese lo que pueden hacer este tipo de personas en el momento que se sienten parte de un grupo, todo lo que les ha sido negado toda su vida.

- ¿Cree que alguien así puede llegar a escalar dentro de este mundo?

- Más que escalar creo que son capaces de crear el suyo propio. Seguramente la persona a la que busca ha formado parte de un círculo y ahora está creando el suyo. El Averno tiene sus propias reglas, todas ambiguas y todas según quien sea su Vito Corleone. Hasta en el Infierno hay clases, diablos con camiseta y demonios con traje y corbata.

Una vez fuera del edificio Martín cogió su teléfono.

- ¿Dígame inspector?
- Juan Carlos, tenemos hasta el sábado para encontrar a nuestro hijo de puta o tendremos a una chica calcinada.
- ¿Calcinada?
- El fuego es el cuarto elemento, el que aún no ha sido usado.
- Entiendo.
- ¿Me ha concertado la cita con el ex novio de Yajaira Marcela?
- Sí, la tiene hoy a las cuatro de la tarde en su casa, está en Marbella.

Ahora le mandaré la ubicación por Whatsapp.

- Perfecto. ¿Tenemos algo nuevo sobre el edificio donde vive Saúl?
- Sí, ahora le iba a decir. El edificio es propiedad de una sociedad. El buen doctor tiene alquilada su consulta desde hace cinco años y parece que tiene las facturas al día. Lo interesante viene ahora, la casa que hay en el mismo pasillo que me dijo que investigara, también está a nombre de Saúl.

- ¡Vaya!. Acabo de ver que en la puerta de ese piso hay escritas unas iniciales, RRR. A ver qué puede averiguar.

- Me pongo a ello.

Capítulo 24

El inspector salió de Málaga a las tres de la tarde dirección a Marbella. Algo más de 50 kilómetros separaban la capital de la ciudad con más glamour de la Costa del Sol, una distancia donde tenía que bordear hasta cuatro localidades para llegar a su destino. La autovía estaba apartada del litoral por varios kilómetros, kilómetros que no se apreciaban gracias a que desde la carretera se podía ver en todo momento el azul del mar fusionado con el cielo en un punto del horizonte, todo muy idílico si no fuera por los treinta y cinco grados que marcaba el termómetro del coche y por el mal olor reinante a la altura de Benalmádena por culpa del vertedero municipal. A pesar de ser temporada alta el tráfico no era demasiado denso. A esa hora la gente estaba buscando, incansablemente, como tostarse rápidamente en la playa. De poco servían las campañas de fotoprotección lanzadas desde el Hospital Costa del Sol dirigidas por la doctora De Troya, menos aún las estadísticas que anunciaban que Málaga era la provincia con mayor número de casos de cáncer de piel de la península. Otra vez los cánones de belleza ordenaban a las masas lo que estimaban que era un color saludable y sobre todo atractivo. Atrás quedaron los años en los que estar moreno era de plebeyos y el blanco pálido sólo estaba al alcance de la realeza que se alejaba del sol de los campos de cultivo.

A la hora estipulada el Citroën C4 aparcó en la puerta de un lujoso chalet de Sierra Blanca, una urbanización donde las mansiones hacían olvidar que en Marbella existían zonas obreras como la Divina Pastora o Miraflores. Aquella urbanización era fruto de uno de los tantos escándalos urbanísticos que durante otra época azotaban a la ciudad. Según decían, Sierra Blanca era un terreno rústico que pertenecía a una anciana. Un buen día, seducido por las maravillosas vista que tenía aquella finca en la falda de la montaña, un ávido concejal le hizo una generosa oferta por aquellos terrenos sin valor aparente; aquella señora, después de algunas dudas, decidió vender donde había vivido toda su vida por lo que creía que era un negocio rentable. Tan sólo un par de años después, misterios de la vida, Sierra Blanca pasó a ser urbanizable,

revalorizándose un mil por ciento, donde se vendían trozos de parcela a precios desorbitados. Hoy en día no queda ni un metro de suelo por construir.

La casa que iba a visitar era una construcción moderna de líneas rectas dividida en dos plantas, donde los ventanales eran los protagonistas del chalet. La puerta de la calle estaba abierta por lo que Martín entró traspasando el muro que separaba la parcela de la calle. Había un pequeño camino asfaltado que llevaba hasta la puerta de la casa. En la puerta del garaje había un Range Rover Sport blanco y un Ford Mustang GT. Un olivo presidía el jardín en su parte delantera dándole nombre a la casa. Una vez en la puerta principal tocó el timbre, a los pocos segundos se abrió y salió una mujer bajita de aspecto latino vestida con uniforme de asistente del hogar.

- Sí, ¿qué desea?
- Buenas tardes, soy el inspector Vilches, tenía cita con el señor Parral.
- Sí señor, le está esperando. Acompañeme por favor.

Cruzaron desde el vestíbulo hasta una puerta que comunicaba con el jardín trasero. En aquellos metros entre esas dos puertas le dio tiempo a admirar aquella limpieza de líneas. Los muebles de la casa eran en su mayoría bajos y lacados en blanco con detalles en color negro. Los cuadros que presidían las paredes eran lienzos abstractos de gran formato que a buen seguro valdrían una fortuna.

Al salir al jardín trasero la extensión de terreno era aún mayor que la de la entrada. Una piscina de unos quince metros se abría en mitad del césped perfectamente cortado. Una joven rubia, que estaba nadando suavemente, se acercó al borde y apoyó sus codos dejando asomar sus grandes pechos que estaban cubiertos por un minúsculo bikini a rayas, miró al inspector con sus imponentes ojos azules y le dedicó una sonrisa de estrella de cine.

- Inspector Vilches, soy Sebastián Parral – La mano de aquel hombre cogió desprevenido a Martín que no había reparado en quién estaba de pie a su lado.

- Señor Parral.
- Llámeme sólo Sebastián – dijo al tiempo en el que le estrechaba la mano. – Acompañeme a la mesita del jardín, estaremos mejor bajo la sombrilla.

Sebastián Parral acababa de cumplir los cuarenta años aunque aparentaba treinta y pocos. Tenía abundante pelo castaño y unos ojos verdes oscuros que miraban fijamente a los de su interlocutor. Sus rasgos eran agradables, no imponentes pero sí suaves. Perfectamente afeitado, vestía con un polo de

Lacoste blanco y unos pantalones de pinzas color crema. A Martín le hizo gracia su forma de andar, le recordaba al actor Buster Keaton, con las piernas algo separadas y los brazos pegados al cuerpo como un si fuera militar. Al llegar a la mesa tomaron asiento y llamó a su asistenta.

- Blanca por favor, me traes un té moruno con hielo, y para el inspector...

- Café solo.

- Pues café solo. Gracias – sonrió al tiempo que giraba su cara hacia un lado de manera cómica.

- Bonita casa, puedo preguntarle a qué se dedica.

- Soy abogado, mi carrera está enfocada a los contratos de compra y venta. En Marbella hay mucha especulación urbanística y los inversores buscan mi consejo. Dígame, ¿qué le trae por aquí?

- Vengo por Yajaira Marcela.

- ¡Oh!, viene hoy en el ABC, una auténtica tragedia, lo he sentido muchísimo.

- ¿Qué relación tenía con Yajaira?

- La verdad es que hace mucho tiempo que no sabía nada de ella, ni siquiera sabía que vivía en Osuna. Demasiado joven para morir – añadió con sumo pesar.

- ¿Qué puede decirme de Santiago Reinaldo?

- ¿Santiago Reinaldo? ¿Santiago Reinaldo? – miró hacia el cielo buscando entre sus recuerdos. – No, no me suena, ¿Quién es?

- Tal vez lo conozca por el nombre de Tiago.

- Ahhhh sí, sí, sí, sí – asintió lentamente cada vez que afirmaba. – Pues no mucho, sé que cuando Yajaira se fue con él trabajaba de reponedor en un supermercado y en sus ratos libres de stripper. Imagínese a Yajaira, de estar acostumbrada a un tren de vida con todos los caprichos cubiertos a subsistir con los 800 euros que ganaba Tiago y viviendo en una casa de protección oficial.

- Santiago dice que usted le suplicó que volviera con él.

- ¿Eso dijo? – puso una mueca divertida volviendo a girar la cabeza. – La verdad es que no podría decirle, recuerdo haber hablado con Tiago una sola vez y fue para amenazarme, me dijo que si la llamaba, que si buscaba a Yajaira, vendría a matarme.

- ¿Y usted qué hizo?

- Nada, ella volvió sola a los dos meses, llorando, arrepentida, diciendo

que se había equivocado y que nunca más volvería a pasar, que me echaba de menos, que Tiago le había pegado, que era muy celoso y muy violento, además me dijo que estaba metido en algo relacionado con drogas pero no me dijo de que tipo. Evidentemente no acepté sus disculpas, quien te la hace una vez te la volverá a hacer. Le di dinero para un taxi y le dije que se volviera por donde había venido.

Blanca interrumpió la conversación disculpándose y dejando las bebidas sobre la mesa.

- ¿Cómo conoció a Yajaira?

- Por Facebook. Ella era amiga de un amigo y me agregó. Hace como siete años viajé con este amigo a Colombia, él solía ir un par de veces al año, de hecho ahora vive allí. Recorrimos buena parte del país y acabamos en Cartagena de Indias. Allí estuve con ella y me quedé prendado. Quién no se iba a enamorar de aquella mujer, aquella simpatía y sencillez. Para ella todo era trabajar, era la que llevaba el pan a su casa, y no eran pocos. Su padre era un auténtico vago que decía que tenía mal el corazón para no dar palo al agua, el hermano era un delincuente de poca monta, lo que robaba se lo fundía en mujeres, y su hermana era su ojito derecho, lo poco que le sobraba era para darle caprichos a ella. – Sebastián hizo una pequeña pausa para darle un sorbo a su té, cogió la taza levantando el dedo meñique de manera muy aristocrática y sacó los labios para beber. – Disculpe. Como le iba diciendo me enamoré, sí, sí, no me arrepiento, son cosas de la vida. Estuve con ella un mes, conociendo la ciudad, saliendo de fiesta, recorriendo pequeñas islas, haciendo el amor a todas horas, un viaje de ensueño. Al mes me fui con la firme promesa de traerla a España. La cosa aquí estaba complicada para los colombianos, no era fácil conseguir un visado. Por suerte yo tardé poco en conseguirlo, unas cuantas llamadas, unos cuantos favores y listo, en tres meses Yajaira estaba a mi lado.

En ese momento apareció aquella rubia despampanante que había visto nadando en la piscina. Llevaba una toalla enrollada a su cuerpo por encima del pecho. Era increíblemente bella, muy bronceada, sin imperfecciones, de algo más de metro setenta y con una figura de revista. Aquella mujer podría modelar en cualquier pasarela del mundo si quisiera. Se acercó a Sebastián y le dio un largo beso en los labios.

- Hola cariño, ¿cómo ha ido esa partida de golf? – dijo con marcado acento nórdico.

- Muy bien, he tenido que dejarle ganar al magistrado Vivas – rió

enérgicamente. – Inspector le presento a mi mujer, Siw Ann Marie.

- Encantado.

- Siéntate cariño, estamos hablando de la chica que te he comentado esta mañana.

- ¡Horrible! – dijo Siw.

- Sí, sí lo es. ¿Llevan mucho tiempo casados?, señora Marie.

- Un par de años, tres juntos en total. Nos conocimos en un viaje de Sebastián a Noruega, soy azafata de Norwegian, coincidimos en un vuelo y desde entonces no nos hemos separado. Pedí base en Málaga y aquí estoy, disfrutando del sol, la vida, el amor.

- Llegó a conocer a Yajaira.

- Sólo su estilo. Cuando me vine a vivir aquí la casa mantenía la decoración que ella había dejado. Parecía una casa de campo. Me imagino que echaría de menos su país y quiso traérselo consigo. Ahora la casa ha ganado con la nueva decoración, hasta nos hicieron un reportaje en un programa de la Sexta sobre hogares con encanto.

Martín tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo por prestar atención a lo que estaba diciendo Siw sin imaginar lo que haría con ella en la cama. Se mordió el labio y prosiguió la conversación.

- Sólo por curiosidad, ¿qué estaban haciendo el sábado por la noche?

- Yo tuve un vuelo a Oslo por la tarde y dormí allí, volví el domingo por la mañana.

- ¿Y usted Sebastián?

- Después de llevar a Siw al aeropuerto volví a casa y aquí estuve hasta el día siguiente.

- ¿Y el sábado anterior?

Siw Ann se apresuró en contestar.

- Normalmente los sábados nos acostamos sobre las diez, yo suelo estar bastante cansada de los vuelos de la semana y me voy a la cama temprano, solemos dormir hasta las nueve de la mañana que Sebastián me trae el desayuno.

- Muchas gracias. No les molesto más.

Martín se despidió de ambos y le dio su tarjeta.

Al salir de la casa recibió una llamada.

- Sí comisario, ¿qué necesitas?

- ¿Qué necesito? ¿qué necesito? – su voz sonaba muy enfurecida –

necesito que cojas a ese hijo de puta de una vez. ¿Dónde cojones estás?

- Estoy en Sierra Blanca, acabo de interrogar a uno de los ex novios de la última víctima, parece limpio, aunque no tiene coartada para el asesinato de su ex sí que la tiene para las otras muertes.

- Martín, esto se nos está yendo de las manos, si no conseguimos resultados rápido me van a cesar, y si caigo yo tú te vienes conmigo.

- Sí comisario, estoy en ello.

Martín se guardó el teléfono y gritó un “¡mierda!” con todas sus fuerzas.

Capítulo 25

La decisión de ir al concierto de Irae tenía una doble lectura para Martín. Por un lado seguiría sus instintos pensando que el flyer que le habían entregado en la puerta de la consulta del doctor Saúl podría llevarle a seguir alguna pista que pudiera tener que ver con el caso. Por otro lado la idea de ampliar sus horizontes musicales le parecía más que apetecible.

El inspector aparcó en una calle cercana al paseo marítimo de Torremolinos. La ciudad había sufrido un cambio tremendo desde que fuera un referente para las suecas en bikini y, sobre todo, para la imagen del macho ibérico con el pecho y los brazos poblados de vellos. Aquella época quedó muy atrás y ahora esas playas estaban repletas de chiringuitos convertidos en discotecas, donde los cuerpos esculturales, de gays y heteros, competían luciendo tatuajes sin un mayor significado que el meramente estético. Esta ciudad estaba apenas a 10 kilómetros de la capital. Hubo un tiempo en el que pertenecía a la ciudad de Málaga, pero por su importancia y tamaño, se segregó a finales de los 80 para formar parte de uno de los 101 municipios con los que contaba la provincia.

Vilches cruzó el barrio de la Nogalera, el barrio gay por excelencia, el Chueca de la provincia de Málaga. Su calle principal estaba plagada de negocios de restauración, bares, discotecas, sex-shops, agencias de viajes, todo enfocado para uno de los colectivos que más dinero movía en el mundo, personas sin aparentes cargas familiares, con un gran gusto por la ropa, el arte, la gastronomía y la música. Las terrazas funcionaban a pleno rendimiento, era el primer viernes del verano según el calendario y se notaba. Tras unos minutos caminando llegó a la calle Montmatre; a mitad de la misma se encontraba la Sala Zödiac. Su fachada estaba pintada de negro, carente de ventanas, con una puerta doble del mismo color que tenía dos pequeñas oquedades acristaladas que permitían ver si alguien entraba o salía del local. Encima de la puerta había un cartel con el nombre de la sala recortado, imitando la tipografía exotérica utilizada en el logotipo de la banda de rock de los setenta Led Zeppelin. Los dos porteros que había en la puerta

eran dos bolas de dos metros de las que no se sabía donde empezaba el músculo y donde la grasa. Vestidos de negro dejaban ver los tatuajes de sus brazos. Uno de ellos, con la cabeza afeitada y una perilla de chivo miró de arriba abajo a Martín.

- Entrada por favor.
- No tengo.

El portero sacó un librito de tickets troquelados, cortó uno y se lo dio.

- Diez euros.

Una vez que pagó su entrada le abrieron la puerta del local que llevaba a una segunda puerta, de una sola hoja, que convertía a ese espacio en una cámara que aislaba el sonido de la sala con el exterior.

Al atravesar la segunda puerta le pareció formar parte de una escena de la película “El día de la Bestia”. La música de Irae sonaba a todo volumen, consiguiendo que los graves del bajo sumiesen en un violento trance a los más de doscientos jóvenes que se daban cita, fieles fans vestidos con camisetas de sus grupos de metal favoritos que movían las cabezas al compás de los poderosos ataques de púa de Juan Pablo, el guitarrista solista de la banda. Entre aquellos groupies había de todo, melenudos con pinta de no haberse lavado en días, niñas pijas cuyo aroma llamaba a los pensamientos más lascivos, rapados con las pupilas tan dilatadas y las mandíbulas tan salidas que parecían que llevasen varios días de fiesta, veinteañeras con falditas de tablilla y camisas blancas haciéndose pasar por colegialas cachondas, un antro que invitaba a la perversión en todas sus variantes. Martín se abrió paso hasta llegar a la barra, estaba seco y aquella música le invitaba a sacar a su Mr. Hyde particular. Pidió una cerveza limpiándose con los dedos la comisura de los labios, cuando el camarero le sirvió le advirtió que no se fuera muy lejos, abrió el gaznate y se bebió el botellín en apenas unos segundos.

- Ahora me pones un submarino.
- ¿Un submarino?
- Sí chaval, me llenas una pinta de cerveza y le metes un chupito de tequila. Y cuando me lo haya terminado, para no hacerme perder el tiempo, me pones un Cutty Sark con coca cola, pero que no sea de las botellas que tienes a la vista, me lo pones de la bodega buena.

- Menudo gilipollas – dijo el camarero entre dientes mientras se daba la vuelta.

Vilches se giró dejando la barra a su espalda y se puso a mirar entre la

muchedumbre para ver si encontraba alguna pista que le diera la razón a la corazonada que le había llevado a asistir a aquel concierto. Nada, todo era bastante normal, dentro de lo que podía serlo en un lugar como ese. El camarero le tocó la espalda para avisarle de que ya tenía sus bebidas preparadas.

- ¡Eh!, son diecinueve euros.

Martín sacó su cartera y le dio veinte euros.

- Quédate con la vuelta machote.

Miró a su derecha con la pinta en la mano, justo a su lado había un chico con la cabeza rapada llena de símbolos egipcios tatuados; le llamó la atención las dos protuberancias que salían de su frente, dos pequeñas prótesis de acero quirúrgico que simulaban a unos pequeños cuernos. Dio un gran sorbo a su submarino y se dirigió a aquel extraño hombre.

- Oye amigo, ¿sabes lo que es el símbolo de Baphomet?

- ¿Perdón?

Su ebriedad empezaba a aflorar, el alcohol acumulado en sus venas hacía que pasara de sereno a borracho con tan sólo un par de cervezas.

- ¿Tú eres un adorador de Satán o sólo fachada?

- ¡Que te follen tío!

El inspector rió enérgicamente, se terminó su cerveza con tequila y dejó el vaso con un golpe en la barra. Sin pensarlo cogió el whisky y se dirigió al cuarto de baño abriéndose paso con los codos. Una vez dentro se dirigió a uno de los urinarios, posó su copa sobre la cisterna y se bajo la cremallera de su pantalón, sacó su pene y escupió dentro de la letrina. Esta vez miccionar tenía una rara mezcla entre el placer del borracho desaguando y el dolor de las punzadas por a saber que enfermedad venérea. Ensimismado en la pared no prestó atención a los gemidos provenientes del váter de al lado hasta que terminó de orinar. Aquellos gemidos eran bastante regulares, con una cadencia casi continua. A Martín eso le provocó una erección inmediata y, pensando que estaba en uno de los clubs de alterne que solía frecuentar, se dirigió hacia la puerta, se relamió los labios y la abrió lentamente. La imagen que encontró no era la que esperaba, un hombre con los pantalones bajados hasta las rodillas estaba penetrando violentamente a otro hombre que estaba apoyado sobre el retrete. Se quedó confundido mirando aquel acto con cara de curiosidad y dando un nuevo sorbo a su copa. Aquellos hombres no repararon en la presencia del inspector que se dio la vuelta y salió del cuarto de baño. Al volver a la sala le pareció ver una cara familiar, no estaba muy

seguro pero aquella cabeza meticulosamente afeitada y aquellos rasgos tan recortados tenían que ser los de Santiago Reinaldo. Tras recibir un pequeño empujón de la muchedumbre perdió la referencia del sospechoso. Martín se fue adentrando en la multitud tratando de conservar la verticalidad, mantenía la cabeza lo más erguida posible buscando a Tiago. Llegó hasta los pies del escenario y se subió a uno de los monitores para ver mejor entre el público. De repente vio que aquella persona se dirigía a la puerta del local, pegó varios empujones recriminados por alguno de los asistentes y salió de la sala dando un traspié. Miró rápidamente a izquierda y derecha pero no encontró a Santiago.

- ¿Para dónde ha ido? – le preguntó a uno de los porteros.
- ¿Qué dices tío?
- ¿Para dónde ha ido el calvo que acaba de salir de aquí? – volvió a preguntar sin reparar en la cabeza afeitada del hombre de seguridad.
- Me estás tocando los huevos gilipollas – contestó al tiempo que se le acercaba con mirada asesina.
- No me los toques tú a mí – Dijo Martín mientras sacaba su pistola y se la colocaba en la barbilla.

El hombre dio dos pasos hacia atrás con los brazos abiertos para evitar problemas y dejó que Martín se fuera. Decidió dirigirse hacia la Nogalera, sólo le separaban dos calles hasta estar en su centro neurálgico. Los bares competían por ver cuál tenía el volumen más alto. La calle estaba atestada de gente en busca de diversión. Se volvió a abrir paso pero en esta ocasión con más cuidado, sabía que su altercado en la puerta de la Sala Zödiac podía llenar aquello de policías y perder la pista definitiva de Tiago. De repente lo vio con claridad, estaba a veinte metros de distancia, mirándolo fijamente, se giró y entró en un bar. Vilches se apresuró por llegar. Una vez dentro se encontró con una dragqueen que estaba animando a la gente, cantando y haciendo chistes. Al ver al inspector gritó - ¡Ayyyyy! ¿Dónde vas maricón? Ven aquí con mami que te voy a enseñar mi cucu. – El público no podía parar de reír. El inspector encontró unas escaleras que llevaban a la parte baja del bar, estaba tremendamente oscuro, buscó en sus bolsillos y sacó un mechero para alumbrar un poco la estancia, pestañeó un par de veces para acomodar sus pupilas y se encontró con una imagen propia del cine para adultos, una auténtica orgía entre hombres. Felaciones, penetraciones, sodomía, todo en una sola habitación. Jadeante y extenuado salió del bar, se dejó envolver por los viandantes, apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento, en

ese momento escuchó una voz que le decía “Voy tres pasos por delante tuya”, Martín se giró rápidamente, miró de un lado a otro para ver quién le había dicho eso, de repente, de entre la multitud, salió una cara conocida, era Juan Carlos.

- ¡Ey inspector!

Sin mediar media palabra le pegó un puñetazo a su pupilo que cayó al suelo. Inmediatamente otro hombre le ayudó a levantarse.

- ¿Estás bien mi amor?

- Sí, no te preocupes, parece que mi jefe tiene un mal día.

Vilches ante lo ocurrido levantó la mano como sinónimo de disculpa y salió corriendo.

Después de una búsqueda infructuosa volvió a su coche. Se sentó unos minutos intentando ordenar ideas, aún resonaba la voz que le advertía de que iba tres pasos por delante. Encendió un cigarro y arrancó el motor para relajarse con su traqueteo, una sensación que para él era similar a la de estar siendo mecido en una cuna. Tras una larga calada decidió que la noche había llegado a su fin, era el momento de volver a casa. A los pocos metros de iniciar el trayecto tuvo que parar en un semáforo. La luz roja no conseguía mantenerse fija en su retina, se movía de arriba abajo arrastrando un halo difuminado. De repente reparó en que una moto de gran cilindrada de color verde y plata estaba a su lado. La persona que la conducía iba totalmente vestida de negro. El casco, también negro, llevaba la visera ahumada por lo que no se le veían los ojos con claridad. Martín miró al motorista que tenía la cabeza girada mirando al interior de su coche, dio tres acelerones a la moto sin moverse del sitio, como retándolo para ver quién saldría antes de aquel semáforo, el inspector volvió a mirar a la señal que continuaba con la luz roja pensando en lo tontos que podían llegar a ser algunos con sus vehículos. De repente algo le llamó la atención, otra vez la misma punzada volvió a su nuca para ponerlo en alerta, volvió la cabeza hacia el motorista y la imagen que vio a continuación le hizo cambiar de postura en el coche. Atónito, observó como sostenía un teléfono móvil con la pantalla dirigida hacia él, Vilches entornó los ojos para enfocar mejor la imagen que había en el celular, la escena le resultaba familiar, la había visto en persona, sin duda, era Yajaira ahorcada con sus propios intestinos. Rápidamente buscó su pistola y bajó del coche pero ya era tarde, la motocicleta había desaparecido por la carretera a toda velocidad sin que Martín hubiera podido tomar ni siquiera el número de la matrícula.

Capítulo 26

<< Odiad a vuestros enemigos con todas vuestras fuerzas y si un hombre os golpea en una mejilla, destrozadle vosotros la otra, golpeadle sin piedad pues la auto preservación es la ley más elevada >>

Anton Lavey

Juan y Natalia estaban teniendo una cita muy especial, llevaban dos años de relación y todo era perfecto, su amor fluía y los planes de futuro eran cada vez mayores, ambos se veían viviendo juntos y teniendo dos o tres niños. Juan, un ejecutivo de cuentas de Platinum Comunicación, compartía piso con dos compañeros de trabajo, un creativo y el contable de la misma agencia; por su lado Natalia, dependienta en una tienda de moda, seguía viviendo en casa de sus padres, su familia era demasiado tradicional y no contemplaba que su hija pudiera dejar el nido si no era con un anillo de casada en el dedo. Como aniversario del día en el que tuvieron su primer beso decidieron ir a celebrarlo a la Feria de las Lagunas, una feria pequeña pero muy concurrida que durante cuatro días se daba cita en la localidad de Mijas Costa, el municipio con mayor extensión de terreno de la provincia de Málaga.

Juan lo tenía todo planeado, recogería a su novia en casa de sus progenitores, allí hablaría con su padre sin que Natalia se diera cuenta y le pediría la mano de su hija, ellos sabían que Juan era un buen partido y sería un marido ejemplar. Desde la casa se dirigirían a la Feria, aparcarían en el pequeño llano que funcionaba como parking, le darían una propina al gorrilla de turno para que cuidara de su viejo coche, comprarían un algodón de azúcar y tal vez Juan jugaría a las carreras de caballos, ese juego que consistía en introducir unas bolas por los agujeros de una diana, consiguiendo que los animales de cartón piedra avanzasen hacia la meta; con suerte conseguiría ganar y regalarle un gran oso de peluche que ablandaría aún más el corazón de Natalia. Se subirían en la noria y cuando parase en lo más alto Juan se pondría de rodillas y la pediría matrimonio a su amada.

Todo estaba transcurriendo según lo previsto, Natalia no parecía sospechar nada y la velada estaba aconteciendo de manera muy placentera. Alrededor de las diez de la noche el novio pensó que ese era el momento clave para dirigirse a la noria y culminar su plan. Él cogió la mano de Natalia y le dio un beso que ella correspondió con una tímida sonrisa.

- Juan te sudan las manos, ¿te encuentras bien?

- Sí, sí, eh, es que hace mucho calor.
- Sí sólo estamos a veintitrés grados.

Juan se dirigió a la caseta de la noria.

- Buenas noches. Me da dos tickets por favor.
- Son cinco euros.

- Aquí tiene. ¿Sería posible que cuando mi cabina esté en lo más alto nos dejase allí cinco minutos? Voy a pedirle matrimonio a mi novia – Juan le deslizó un billete de veinte euros sigilosamente.

- Claro, no hay problema. Mucha suerte.

Los novios se quedaron admirando el tamaño de aquella atracción con asombro, sus cuarenta metros de altura quedaban lejos de los setenta de la noria que presidía el puerto de Málaga, pero aún así era lo suficientemente alta como para tener una perspectiva diferente del recinto ferial. Las luces de la estructura cambiaban de color con las distintas notas de la música pachanguera que reinaba en el recinto. La rueda gigante fue parando para ir dejando bajar a los pasajeros y recibiendo a los nuevos aventureros paulatinamente. Llegó el turno de los “tortolitos”. Juan dejó pasar a Natalia entrando él detrás y lanzándole un guiño al feriante. El habitáculo fue ascendiendo lentamente, no tenía más de dos metros cuadrados, tamaño suficiente para cuatro personas pero que, dadas las circunstancias, dejaron para que se subieran ellos dos solos. Las vistas eran espectaculares, podían ver el recinto en todo su esplendor, no era especialmente grande pero se podía ver su distribución en cuadrículas, dejando la zona de casetas a un lado y las atracciones a otro de una pequeña calle que servía como frontera. Después de tres vueltas su vagón paró en lo más alto. Tal y como había quedado con el vendedor de tickets disponía de cinco minutos para pedirle matrimonio a Natalia.

- Aquí arriba hace un poco de fresquito – Natalia se acercó a Juan para que éste la abrazara – Son increíbles las vistas que tenemos desde aquí. Te imaginas pasar la noche en esta cabina acurrucados, besándonos, haciendo cositas – sonrió al tiempo que le hacía cosquillas a su novio en la barriga.

- Sería idílico – afirmó mientras buscaba en uno de sus bolsillos.
- Desde aquí se ve muy bien toda la feria. ¿No te parece?
- Eh, sí.
- Qué poco hablador estás hijo, parece que no quieras saber nada de mí.
- Para nada – Juan aprovechó el momento para hincar una rodilla en el suelo del pequeño habitáculo, sacó el anillo y se lo puso delante a su novia –

de hecho quiero saber todo de ti y estar contigo toda la vida. Natalia, ¿quieres casarte conmigo?

La chica emocionada asintió enérgicamente. En ese momento, como si estuviera planeado, una llama fue delineando una figura en el campo aledaño a la noria, a escasos cincuenta metros, donde apenas había luz y el fuego se veía con mayor claridad. Ambos se quedaron mirando aquellas llamas que tardaron menos de un minuto en dibujar una palabra.

- ¿Qué pone ahí?
- S – A – T – A – N – Á – S
- ¿Eso no es el nombre de un demonio?
- Creo que sí.
- Mira, la llama sigue su camino. ¡Uy! ha pasado a ser una hoguera. Qué raro, ¿qué es eso que hay dentro del fuego?, parece una silla y un muñeco sentado – los gritos provenientes de la hoguera alertaron a Natalia - ¡Oh Dios mío! Es una persona. ¡Qué alguien le ayude por favor! ¡No! ¡no! ¡noooooo!

Capítulo 27

Martín estaba en su casa cuando recibió la llamada de Juan Carlos anunciándole el nuevo escenario. Había pasado todo el día recuperándose de la noche anterior, en esta ocasión con una gran dosis de remordimientos por no haber estado lo suficientemente sereno como para haber anotado la matrícula de la motocicleta en la Nogalera. ¿Quién era aquel individuo y que pretendía retándole? ¿De quién sería esa voz que le susurró que iba varios pasos por delante?, demasiadas cuestiones por resolver acompañadas de terribles punzadas en los laterales de la cabeza provocadas por el alcohol.

No tardó en llegar a la escena del crimen, la sirena de su coche funcionaba mejor que cualquier repelente de mosquitos, el hecho de que fuera sábado por la noche y del temor que sentían los conductores por ser apeados de sus vehículos acompañados por una boquilla envuelta en plástico y un alcoholímetro, provocaban que le dejaran paso de inmediato.

Las Lagunas se encontraban en Mijas Costa, a la altura de Fuengirola. Sólo la carretera nacional separaba aquellos dos municipios. Era un barrio de un pueblo donde predominaban los extranjeros. Eran muchos los establecimientos donde sólo se hablaba inglés o alemán, en un centro comercial danés de la zona podías incluso pagar con coronas.

La feria no había sido desalojada por miedo a una posible estampida que provocara más problemas que beneficios, el miedo a un posible atentado yihadista estaba presente en cada evento que se hacía. Sólo las atracciones cercanas habían suspendido su actividad y el dispositivo policial había cercado la zona con un perímetro de actuación lo suficientemente grande como para mantener a raya a los curiosos.

Vilches dejó su coche en el mismo lugar donde estaba aparcada la furgoneta de la policía científica. Bajó por un camino de tierra y cruzó el cordón policial. Se acercó hasta donde empezaban las letras quemadas en las que se podía leer Satanás. Allí le estaba esperando su ayudante.

- Hola Juan Carlos, siento lo ocurrido ayer.
- No se preocupe, estamos sometidos a mucha presión, no es la primera

vez que me llevo un puñetazo, además a mi pareja le excitó la forma tan masculina en la que me propinó el golpe.

- ¿Su pareja estaba allí?
- Sí, era el hombre que me ayudó a levantarme.
- ¿El hombre? ¿Entonces eres...?
- ¿Maricón? Sí inspector, soy gay, aunque también me gustan algunas mujeres, lo que vendría a definirme como bisexual, una gran mentira – sonrió irónicamente – espero que esto no le incomode.

- No, para nada. Uno de mis mejores amigos era gay.
- ¿Era?, ¿ya no es su amigo?
- Murió hace unos años, cáncer de estómago – Martín hizo una pequeña pausa antes de cambiar de tema – Parece que nuestro amigo ha vuelto a matar.

- O al menos lo ha intentado.
- ¿Qué ha pasado esta vez?
- Sobre las diez y cuarto de la noche le han prendido fuego a una nueva víctima. Los feriantes pudieron apagarlo pero la chica está en estado crítico, tiene el 90% de su cuerpo con quemaduras de distintos grados. Se la han llevado a la unidad de quemados más cercana, a la del hospital Virgen del Rocío de Sevilla, los médicos no creen que pase de esta noche. Hasta que el fuego no quemó el hilo que cosía su boca no pudo pedir auxilio.

- ¿Sabemos su nombre?
- Sí, hemos encontrado su bolso tirado en unos matorrales, se trata de Paula Andrea Serna, colombiana de 27 años y raza negra. Por lo poco que hemos podido averiguar llevaba menos de un año aquí.

- ¿Algún testigo vio algo?
- Aquellos chicos vieron como alguien subía corriendo por aquella cuesta alejándose del recinto. Estaban subidos en la noria, no nos han sabido dar una descripción exacta, sólo vieron una sombra huyendo.

En ese momento aparecieron los miembros de la policía científica que habían estado peinando la escena, curiosamente eran los mismos que tres semanas atrás habían estado recogiendo pruebas en el campo donde tuvo lugar el asesinato de Marbella, y una semana después en el cementerio de Istán.

- Hola Martín
- Gonzalo – asintió Martín - ¿Qué habéis encontrado?
- Varias cosas. En aquel camino que sube hacia aquella carretera hemos

encontrado unas huellas de unas alpargatas de esparto de la talla 45. Junto a las huellas había dos surcos que llevaban hasta la hoguera, previsiblemente de los talones de la chica. Hemos estado en la carretera para ver si encontrábamos algo más pero el sitio está muy contaminado, hasta hace veinte minutos no han cortado el tráfico y han seguido pasando vehículos.

- ¿Qué se ha usado como reactivo?

- Una mezcla entre queroseno y alcohol de quemar. El que hizo esto quería que prendiese rápido. Al menos se tuvieron que usar veinte litros de mezcla. Ambos componentes son fáciles de conseguir en cualquier ferretería. Yo diría que lo compraría en un Leroy Merlín, pasaría desapercibido y a nadie le llamaría la atención si los hubiera comprado de una sola vez.

- ¿Habéis encontrado algo más?

- Sí, esto – Gonzalo levantó una bolsa de plástico con la colilla de un cigarro – estaba muy cerca de donde se originó el fuego, vamos a llevarlo a analizar a ver que sacamos.

Los científicos se despidieron y continuaron su camino.

- ¿De qué marca era la colilla que recogió en la puerta del gimnasio?

- Fortuna.

- ¿Y de qué marca era la colilla que han encontrado aquí?

- Fortuna también.

- Es una coincidencia, veamos que dice el ADN. Hasta el lunes con suerte no tendremos los resultados. Hágase cargo de interrogar a los amigos y familiares de la víctima, seguramente le digan lo mismo que las dos primeras, que se veía con alguien pero que no saben con quién. Investigue también su móvil, a ver si volvemos a tener algún número de teléfono colombiano que esté fuera de servicio.

- Okay.

Capítulo 28

El edificio de la comisaría ocupaba media manzana. Uno de sus laterales funcionaba como parking de coches decomisados que, estando en una ciudad como Marbella, estaba repleto de coches de las marcas Porsche y Ferrari, todos ellos cogiendo polvo. Como cualquier lunes por la mañana el bullicio en los alrededores del edificio era ensordecedor, muchos vecinos no necesitaban despertador, sabían que a partir de las nueve de la mañana se abrían las puertas para los ciudadanos que hacían cola para denunciar incidentes; además, prostitutas, carteristas o simples borrachos implicados en alguna que otra pelea, abandonaban el calabozo después de un fin de semana demasiado largo. En las cafeterías de alrededor se podían ver a abogados de distinta clase. Desde letrados con trajes finos que no llevaban corbata para que su imagen engominada se viese más desenfadada, consiguiendo así que sus bocados vampíricos fueran más sofisticados, pasando por abogados de turno de oficio que esperaban la llamada del juzgado para que les asignaran algún caso y nutrirse de la minuta estatal, este tipo de abogados solían llevar tristes trajes de Emidio Tucci que compraban en el Corte Inglés, trajes que en muchos casos parecían uniformes de la cantidad de veces que se veían repetidos entre los letrados, encontrando también a abogados muy necesitados, puros charlatanes que prometían fortunas a sus pobres clientes para arrancarles su pocas pertenencias. Abogados o abogaduchos, vampiros o simples murciélagos con dientes afilados en busca de presas fáciles.

En las oficinas de la comisaría el claqueteo de manos torpes tecleando informes era incesante, además esa mañana el calor apretaba con fuerza y el aire acondicionado de las dependencias policiales parecía pedir un respiro. Martín estaba intentando concentrarse en sus papeles, no paraba de hacer muecas de dolor cada vez que alguien alzaba la voz en la oficina de denuncias. Una anciana algo despistada llegó hasta su mesa y tomó asiento.

- Buenos días joven.
- Buenos días.
- Quiero denunciar una desaparición.

- Dígame señora ¿quién ha desaparecido?
- Rudo, mi Rudo. Está muy viejecito el pobre.

En ese momento la anciana puso una fotografía de Rudo sobre la mesa del inspector que, al ver la fotografía, sopló con fuerza inflando su cavidad bucal. Se echó las manos a la cara y se frotó los ojos con violencia para reprimir sus ganas de dar una mala contestación.

- Señora, tiene que dirigirse a la perrera municipal, tal vez allí encuentre a su perro.

- Ah, ¿no es aquí?, aquel señor tan amable me había dicho que hablara con usted.

Martín miró hacia donde señalaba aquella mujer y vio como sus compañeros de narcóticos se reían dirigiéndole gestos obscenos.

Juan Carlos se encontraba en su escritorio observando toda la escena esperando prudentemente a que la mujer se fuera para dirigirse a Martín.

- ¿Los de narcóticos de qué van?

- Una larga historia. La verdad es que no sé quien empezó esta dinámica de puteo, lo que sí sé es el motivo. Tuve que ayudarles en un caso que no eran capaz de resolver y conseguí cerrarlo en menos de 12 horas. Imagínese las caras que se les quedaron a todos cuando el comisario les dio un escarnio delante de toda la comisaría. Así llevamos dos años, yo les mando a todos los zumbados que entran y ellos a todas las viejas aburridas. ¿Y a usted qué le pasa? Tiene la cara hecha una mierda, parece que haya estado dos días de juerga.

- La verdad es que llevo en liza desde ayer a primera hora. Primero fui a interrogar a los familiares de Paula Andrea Serna. No me dijeron nada que no imaginásemos. Intuían que se dedicaba a la prostitución pero no estaban seguros. Su madre estaba devastada, apenas pude hablar con ella. Su hermana me dijo que además de su novio también se veía con alguien más, pero no lo conocía, exactamente igual que con las dos primeras víctimas. No entendían que alguien pudiera hacerle daño a Paula. Fui a ver a su novio, también colombiano. Cuando me vio se asustó, pensaba que iba detenerlo. El hombre estaba muy borracho y tenía las pupilas bastante dilatadas, me confesó que era su chulo, él manejaba sus llamadas de trabajo. El sábado Paula le dijo que no podía trabajar porque tenía la regla, seguramente lo engañó para verse con su agresor. Lo mejor de todo es que su novio guardaba un registro de las direcciones en donde la reclamaban para trabajar, me dejó verlas, ojeé las de los tres últimos meses y me llevé una sorpresa al ver que una de ellas. – Juan

Carlos hizo una pequeña pausa para saborear un indicio de victoria antes de proseguir - era en la avenida de Barcelona número 43, en Málaga.

- El gimnasio.

- Exacto, el gimnasio. Le cogí los datos al novio de Paula y me fui para la avenida de Barcelona, por suerte los ventanales del gimnasio dejan ver su interior. Conseguí ver a Santiago con una clienta, no le quitaba la vista del culo.

- Nada como ser monitor de gimnasio para toquetear y mirar de manera impune.

- A las diez de la noche terminó su turno. Salió del recinto con un casco en la mano. Iba en pantalón corto y me llamó mucho la atención que llevaba la pierna izquierda, desde el tobillo al gemelo, vendada, la gasa estaba manchada, probablemente la herida aún estaba fresca.

- ¿Vio su moto?

- ¿Su moto? Sí claro, era una Kawasaki Z1000.

- ¿Color?

- Verde y plata.

Martín apretó los dientes y enarcó las cejas. Sabía que podía ser una coincidencia pero aquella combinación de colores no era muy común, verde y blanco o verde y negro eran los colores predominantes en motocicletas de gran cilindrada, pero verde y plata no.

- Una vez que cogió su moto, cené algo y me vine para comisaría, quería investigar varias cosas. En primer lugar comprobé el expediente delictivo de Paula. Había sido fichada por prostitución, por menudeo y por varias peleas con otras mujeres, era una mujer con carácter. Si no la hubieran sedado no habrían podido con ella.

- Una imagen muy distinta de la que tenía su familia.

- Sí. Luego me metí en el sistema informático de la Seguridad Social. Hice una búsqueda en las urgencias de los distintos hospitales de Málaga durante el fin de semana y ¡bingo!, Santiago acudió a urgencias del Hospital Civil el sábado poco antes de la media noche. En el informe se puede leer que se le trató de una quemadura en el gemelo de la pierna izquierda de segundo grado provocada por el tubo de escape de su moto.

- ¡No me lo creo! - dijo el inspector al tiempo que dejaba caer una mano cerrada sobre el escritorio.

- Soy bastante analítico, creo en la probabilidad de que haya sido por culpa de su moto pero...

- ¿Pero?
- También pienso que antes de prenderle fuego a Paula le cayera algo del líquido inflamable en la pierna y al encenderlo se la quemase.
- Eso es lo que yo creo. Quiero que dos policías de paisano se peguen a su culo, quiero saber cuándo mea, cuándo caga, cuándo duerme, hasta cuándo folla y con quién. Vamos a ver como lleva la presión y si mete la pata.
- Bien, se lo diré a Joaquín y a Ana.
- ¿Ha averiguado algo más?
- La verdad es que sí, he conseguido ahondar sobre quien es el individuo que se encontró en el edificio donde tiene la consulta Saúl. Se llama Ransim Raven Ramsed, de ahí las iniciales “RRR”, nacido en Londres pero de origen magrebí. – Juan Carlos puso una fotografía del individuo encima de la mesa, sus rasgos eran afilados, de constitución delgada y tez amarillenta - Inteligencia lo tiene fichado como miembro de Anonymous, la famosa red de hackers internacional. Su nick es Freedom. La INTERPOL cree que fue uno de los autores del Proyecto Chanology, un ciberataque que como víctima tenía a la Iglesia de la Cienciología. Ransim tenía veintidós años por aquel entonces. Se tiene constancia de otros ataques a entidades bancarias, webs de administraciones públicas y alguna que otra página de pedófilos.
- Y con ese historial ¿cómo no lo han detenido nunca?
- La respuesta es el Daesh. Parece que la INTERPOL ha llegado a un pacto de no agresión con Anonymous y sus integrantes, a cambio ellos libran la guerra en la red contra el autodenominado Estado Islámico.
- ¿Y qué es lo que hace en la misma planta que Saúl?
- Eso lo he averiguado hace un par de horas. Como ya sabíamos Saúl tiene alquilada toda la segunda planta de ese edificio, incluido donde Ransim entra cada vez que lo ha visto. Saúl le deja vivir en esa casa a cambio de que le gestione su web, y con gestionar me refiero a averiguar todo lo necesario de sus posibles clientes. Nuestros informáticos han descubierto que cuando usted se metió en la web “www.sequemebuscas.com”, le abrió una puerta trasera al hacker para que pudiera entrar en su ordenador. A partir de ahí todos sus expedientes quedaron expuestos, no parece que haya entrado en más computadoras, creo que no quería levantar sospechas para que no lo descubriéramos.
- ¡Jodido cabrón!
- Probablemente ya sabrá que lo hemos desenmascarado.

- ¿Y que hay de Saúl? ¿Qué has averiguado?

- Nada, un farsante, parece que lleva unos cinco años sacándole el dinero a sus clientes, fácil teniendo en cuenta que conoce todo de ellos. Sí es verdad que es una especie de eminencia en el mundo del ocultismo pero dudo de sus habilidades de curandero. Llegó de su país con una mano delante y otra atrás, se integró bastante rápido, aprendió español y cayó bien entre la gente, pronto se hizo con el control de su comunidad y comenzó a hacer dinero gestionando los papeles de sus compatriotas. Al tiempo se extendió el rumor de que era un curandero y empezó a hacer exorcismos, a quitar conjuros y otro tipo de cosas que él mismo le diagnosticaba a sus pacientes. Patologías que no podían demostrarse con exámenes médicos.

- Mañana sin falta tenemos que hacerle una nueva visita.

- Respecto a su teléfono lo mismo que con las primeras víctimas. Otro número de Colombia que está fuera de servicio.

En ese momento el comisario salió de su despacho y le gritó a Vilches para que entrara. Martín se levantó resignado, no le gustaba la actitud que estaba teniendo su jefe, sabía que el caso se estaba complicando pero presionándolo así no iba a conseguir que atraparan al asesino antes.

- Esto se nos está yendo de las manos Martín. La hoguera que hicieron el sábado con esa chica nos está poniendo en la primera página de todos los diarios y programas de televisión otra vez. En media hora tenemos una rueda de prensa y vas a estar a mi lado. Redáctame un informe convincente y dime que tenemos un sospechoso.

- Ahora te lo preparo, la trama es más complicada de lo que pueda parecer, tenemos varias vías de investigación abiertas.

- En su día me dijiste algo de cuatro elementos y que los asesinatos estarían relacionados con los mismos, pues ya tenemos a cuatro muertas. ¿Ahora qué? ¿Se supone que ya no habrá más asesinatos y que se esconderá?

- En un principio pensaba que iba a ser así, qué sólo habría cuatro asesinatos, pero ahora no lo tengo para nada claro. No parece que haya completado su obra, no de esta manera, no tendría ningún sentido si parase ahora.

- Date prisa en capturar a ese hijo de puta, y ya estás tardando en prepararme el informe. Media hora Martín, media hora.

Al salir del despacho del comisario, como por instinto, Martín fijó su mirada en el tablón donde tenía un mapa con las fotos y marcas en donde se

habían producido cada una de las cuatro muertes; después de un rato mirándolo llamó a Juan Carlos y le pidió que trajera chinchetas e hilo. Cogió cuatro chinchetas y las clavó en Marbella, Istán, Osuna y Mijas, acto seguido cogió el hilo y fue deslizándolo entre las distintas chinchetas, como si cada una fuera una estación de tren con tres rutas posibles. Cuando conectó todas las chinchetas quedó un dibujo incompleto así que decidió poner una quinta chincheta paralela a la que se encontraba en Istán, cogió una regla y la puso en el mapa calculando las distancias entre los distintos municipios, después de unos segundos, guardando la misma distancia y mismo grado de separación que tenían las chinchetas de Marbella e Istán, se dirigió a la marca de Mijas para usarla como referencia, en esta ocasión, con el resultado de las mediciones, colocó una nueva chincheta a la altura de Alhaurín de la Torre y la conectó con hilo con el resto de tachuelas. Juan Carlos y Martín se quedaron mirando estupefactos, el dibujo que quedaba resultaba claro, las chinchetas en su conexión perimetral componían un pentágono irregular por la marca de Osuna, pero por otro lado, en el interior del área de la forma geométrica se podía ver claramente una estrella de cinco puntas que se asemejaba a la del símbolo demoníaco. Martín se dirigió a Juan Carlos con una mirada de satisfacción.

- Ya sabemos dónde va a volver a matar. Tenemos cinco días para prepararnos.

Capítulo 29

Alrededor de cuarenta redactores, veinte cámaras de televisión y otros tantos fotógrafos esperaban en la sala de prensa de la comisaría de Marbella. La jefa de prensa de la policía trataba de calmar los ánimos de los periodistas que ya llevaban más de media hora esperando. La sala tenía una disposición rectangular, con dos accesos, uno a cada lado de la sala, por una de sus puertas podían acceder los medios de comunicación, por la otra las autoridades que fueran a hacer declaraciones. La habitación, que normalmente se utilizaba para las reuniones matinales del personal de la comisaría, no tenía ventanas y su iluminación era más bien escasa. Al entrar en la sala se podía ver como los trípodes de las televisiones estaban alineados unos junto a otros, acto seguido medio centenar de sillas en formación de escuela miraban hacia un atril que se situaba sobre una tarima que conseguía que quedase algo más alto que el resto de la sala. Tras el mismo, el escudo de la Policía Nacional que se encontraba pintado en la pared.

De repente se abrió la puerta que había del lado del atril y por ella salieron el comisario que iba acompañado de una comitiva en la que, entre otros, se encontraba Martín, el revuelo de cámaras no se hizo esperar y el sonido de los disparos de las ráfagas de los fotógrafos seguían a los policías hasta que tomaron sus posiciones. El comisario puso unos papeles sobre el atril y esperó a que los periodistas presentes tomaran asiento. Puso las manos en los laterales del atril en una posición falsamente relajada y comenzó con su discurso.

- Buenos días a todos. Como bien saben estamos aquí para informar a la población sobre los tres asesinatos que han tenido lugar en las últimas semanas en distintos puntos de la provincia de Málaga. Desgraciadamente tenemos a un homicida que ha dejado varias víctimas. Según nuestras investigaciones se trata de una sola persona, presumiblemente varón, un asesino ritual, es decir, sigue un patrón a la hora de elegir a sus víctimas y de agredirlas. Hasta ahora sólo ha atacado a mujeres de nacionalidad colombiana que ejercían la prostitución. Con todas ellas había mantenido contacto con

anterioridad. El *modus operandi* que el agresor ha seguido ha sido el mismo con cada una de las mujeres, quedaba con ellas durante el sábado y las atacaba durante la noche dejando sus cuerpos expuestos para crear el mayor revuelo posible. La última víctima se encuentra ingresada en el Hospital de Sevilla Virgen del Rocío en estado crítico. Desgraciadamente es la única que ha sobrevivido a sus ataques. Gracias a la excelente labor mi equipo tenemos a un sospechoso. Como ustedes comprenderán no podemos desvelar de quién se trata pero estamos tras sus pasos. Por el momento no podemos decirles más ya que la investigación está en curso. Ahora si tienen alguna pregunta intentaré contestarlas lo mejor posible.

- Soy Alfonso Calzada del Diario Sur. Ha dicho que las víctimas son todas de nacionalidad colombiana y que ejercían la prostitución, ¿tienen la certeza de que no va a intentar matar a alguna chica que pueda ser de otro país?

El comisario miró fijamente a Alfonso y le contestó de manera clara

- No podemos asegurar que intente atacar a chicas de otras nacionalidades pero parece que tiene fijación por las de este país.

- Roberto Moreno de la Opinión. ¿Tienen alguna idea de si habrá más ataques y si de ser así dónde se producirá el próximo?

- Digamos que tenemos pensado que ese ataque no va a tener lugar.

- ¿Quiere decir que van a detener antes al asesino?

- Sí

El murmullo apareció en la sala como cuando se tira pan a los peces de un estanque.

- Rosario García del programa Sálvame de Tele 5. ¿Qué relación pueden tener las mafias de la Costa del Sol con estos asesinatos? ¿Cree que esta pueda ser una moda a imitar por otros?

- Señorita Rosario, entiendo que al programa al que representa busque el morbo pero si hubiera estado atenta a la rueda de prensa en vez de dirigirse a la cámara durante mi intervención habría podido escuchar que se trata de una sola persona, y no, no creemos que vaya a tener imitadores, esto es España no Estados Unidos.

- Salvador Pérez de Canal Sur. ¿Pueden decirnos si el sospechoso es colombiano?

- No, no es colombiano.

- ¿Español?

- Probablemente.

- Alfonso Calzada de nuevo. En todo momento se ha referido a tres víctimas. Tenemos constancia de que hace una semana apareció asesinada una mujer de nacionalidad colombiana en Osuna. ¿No guarda ninguna relación con el caso? Porque por lo que he podido averiguar se la encontraron colgada de sus propios intestinos.

El murmullo se hizo en esta ocasión aún mayor al tiempo que la jefa de prensa ponía orden en la sala.

- Sin comentarios a su pregunta señor Calzada.

- ¿Me está diciendo que sí tiene que ver con el caso? porque esta mujer estaba casada y no ejercía la prostitución, de hecho su marido es un empresario ruso con bastante poder adquisitivo.

El comisario se ajustó el nudo de su corbata mientras evitaba mirar al periodista – como ya le he dicho no tengo nada que decir al respecto.

Esa fue la señal para que la jefa de prensa pusiera fin a la intervención de su jefe que recogió sus papeles y salió por la misma puerta por la que había entrado seguido por sus subordinados.

Al salir de la sala de prensa la cara del comisario no era muy amigable, el sabor que le había dejado su intervención era agri dulce, por un lado había conseguido transmitir el mensaje deseado al sospechoso, te tenemos vigilado y te vamos a coger, pero por otro lado el que Alfonso Calzada hubiera enlazado el asesinato de Osuna con los de Málaga podría crear una alarma social indeseada, no es lo mismo decir que las víctimas eran prostitutas a decir que puede ser cualquier mujer colombiana. A pesar del odio profesado por una parte de la población que consideraba a cualquier latino como a “sudaca”, no les parecía lo mismo una prostituta que una ama de casa. Martín y el comisario entraron en los baños, el inspector se apoyó en una pared y se puso un cigarrillo en la boca mientras su jefe se refrescaba la cara y se limpiaba con una toallita de papel, le ofreció un cigarro y ambos lo encendieron como si fueran unos escolares fumando a escondidas.

- Para el desastre que podía haber sido creo que hemos salido bastante bien parados – dijo Martín en un tono condescendiente.

- Vamos a ver como enfocan la rueda de prensa estos cabrones. Más te vale que pillemos al asesino antes de que vuelva a hacer una carnicería porque si no...

En ese momento la puerta de los servicios se abrió violentamente y dejó al comisario con la palabra en la boca. Por ella entró Juan Carlos con aire sofocado después de darse una carrera al encuentro de su jefe.

- Inspector – a continuación dijo algo que no pudieron entender por sus jadeos.

- ¿Cómo dice?

- Su vecina.

- ¿Qué pasa con mi vecina?

- Acaba de llamar. Dice que ha encontrado la puerta de su piso abierta.

- ¿De mi piso?

- Sí, por lo visto alguien la ha debido de forzar.

Martín tiró el cigarro al suelo y salió corriendo acompañado de Juan Carlos.

Capítulo 30

Martín conducía a toda velocidad mientras Juan Carlos se agarraba a lo que podía para no tambalearse de un lado a otro dentro del coche. A penas tardaron cinco minutos en un recorrido que en condiciones normales era de algo más de diez. Aparcaron sobre la acera y dejaron las luces del vehículo puestas, lo que provocó innumerables miradas de curiosos y vecinos. Ambos entraron en el portal y subieron a zancadas por las escaleras las dos plantas hasta la casa del inspector. En el pasillo se encontraba su vecina, Martín la miró y con una señal le indicó que no hablara y que se metiera dentro de su casa. Se parapetaron en la pared que daba a la puerta de la casa y sacaron sus armas. El inspector empujó la puerta, que se encontraba entreabierta, ésta se abrió poco a poco con un pequeño chirrido al final del recorrido que le hizo maldecirse por no haber echado algo de lubricante meses atrás, cuando empezó a sonar de esa manera. Vilches entró en primer lugar con su pistola por delante, le seguía Juan Carlos que respiraba nerviosamente, era la primera vez en sus pocos años de servicio que se veía obligado a sacar el arma reglamentaria. Ambos habían adoptado una posición táctica aprendida en la academia de policía en sus años de formación. Avanzaron lentamente por el pasillo de la casa y escucharon un pequeño zumbido que venía de la cocina, se acercaron lentamente y en un primer vistazo no vieron a nadie, lo único extraño que encontraron fue que la cafetera de Martín se encontraba sobre el fuego de la hornilla, de ahí el zumbido. Tras apagar el fuego y retirar la cafetera se dirigieron hacia la habitación, la cama estaba desecha, tal y como se había quedado cuando el inspector se levantó por la mañana, de allí pasaron al cuarto de baño, el grifo del baño tenía una pequeña gotera que no sorprendió a ninguno de los dos agentes. Cuando dejaron la habitación se dirigieron hacia el salón, la puerta estaba encajada de modo que no se podía ver su interior, algo que sí inquietó a Martín que siempre dejaba aquella puerta abierta. Cada uno se puso a un lado y Vilches hizo una pequeña cuenta regresiva con la mano para abrirla de manera rápida y decidida de un empujón. Al finalizar la cuenta y abrir la puerta ambos se quedaron con la

boca abierta, Martín bajó su arma y encorvó sus hombros en señal de derrota, el asesino se les había vuelto a adelantar, en esta ocasión la víctima había golpeado directamente a la moral del inspector, era el bueno de Cotton, el pobre gato se encontraba clavado en la pared, crucificado boca abajo y con la traquea abierta, su lengua la habían sacado por la misma, todo el suelo estaba manchado de sangre, como si le hubieran cortado el cuello y lo hubieran dejado andar por el salón hasta desfallecer. Junto al pobre gato se encontraba escrito con sangre la palabra “Braathwaate” acompañado de cinco mechones de pelo pegados con celo junto al cadáver. Juan Carlos le puso la mano en el hombro en señal de condolencia y llamó a la comisaría para que mandaran a los de la científica.

Durante dos horas la policía científica había estado peinando la casa, habían metido en distintas bolsas de plástico una serie de pruebas que quedaron documentadas en un libro de registro. Uno de ellos se dirigió hacia los dos inspectores mientras se quitaba los guantes de látex.

- No han tenido que hacer mucho para abrir la puerta, de hecho la cerradura no ha sufrido mucho. Mi hijo de seis años sería capaz de abrir una de estas sin mucha dificultad. Como era de esperar no hemos encontrado huellas. Para matar al gato...

- Cotton.

- ¿Perdona?

- Se llamaba Cotton, el gato se llamaba Cotton – dijo Martín con una voz áspera y furia en sus ojos.

- Bien, para matar a Cotton usó un cúter y para clavarlo en la pared unas puntillas finas que según hemos podido comprobar son iguales a las que tienes en tu caja de herramientas. La sangre de la pared y del suelo también eran del... de Cotton.

- ¿Y los mechones?

- Los vamos a analizar y los contrastaremos con nuestra base de datos. Es curioso que cuatro de los mechones sean oscuros y uno rubio.

- Las cuatro colombianas tenían el pelo moreno, estoy seguro que son de ellas.

- ¿Y el mechón rubio?

- Espero equivocarme pero diría que puede ser de la próxima víctima.

- ¿Crees que ya estará muerta? - preguntó Juan Carlos rápidamente.

- No lo creo, no hasta el sábado.

- Inspectores lo siento pero tengo que ir a otro escenario, parece que una mujer ha acuchillado a su marido después de que éste le haya pegado un puñetazo.

- Gracias.

La policía científica salió del piso y dejó solos a los dos agentes.

- ¿Quiere hablar?

- No, gracias Juan Carlos, váyase a casa. Yo voy a limpiar y a ordenar ideas. Váyase a su casa y descanse. Mañana tenemos un día largo por delante.

- Okay, mañana nos vemos, cualquier cosa estaré operativo.

Martín se quedó solo en su casa sin poder evitar recordar el día en el que su exnovia trajo a Cotton por primera vez, una bola de pelo indefensa que le saludó dándole un arañazo en la nariz que le hizo sangrar a borbotones. Aquel animal nunca se había llevado especialmente bien con él pero había conseguido ganarse su respeto.

Encendió el televisor y decidió ver los informativos de la noche de Antena 3, mientras escuchaba las noticias, limpiaba la sangre que había en la pared. De repente escuchó que la presentadora daba paso a la noticia de la rueda de prensa que había tenido lugar durante la mañana.

- Parece que tenemos nuevos datos sobre los asesinatos que han tenido lugar en distintos puntos de la provincia de Málaga. Elena de Luís, ¿qué se ha dicho en esa rueda de prensa que ha tenido lugar en la comisaría de Marbella?

La realización de informativos cambió el plano del estudio central de Madrid a los alrededores de la comisaría. En el nuevo plano se podía ver a una atractiva chica rubia de ojos claros que Vilches había visto durante la rueda de prensa.

- Pues sí, así es, a tenor de las declaraciones del comisario hemos podido constatar que las mujeres agredidas han pasado de tres a cuatro. Esta nueva víctima fue asesinada en la provincia de Sevilla la semana pasada, y aunque también era colombiana, en este caso parece que no ejercía la prostitución.

Martín apagó el televisor tirando el mando contra el sofá. A continuación cogió su ordenador portátil e hizo una búsqueda rápida de Braathwaate. Lo que encontró le hizo indignarse aún más, parece que el día iba cada vez a peor. Braathwaate era el demonio de la ignorancia. El asesino no sólo había matado a su gato si no que además tenía la osadía de llamarlo ignorante, ignorante a él, al gran Martín Vilches que aún en sus horas más bajas tenía

unos de los mejores promedios resolviendo casos en toda la región. Sin duda era algo excesivo para ese día, necesitaba relajarse para poder pensar con objetividad así que se dirigió a la cocina y vio la cafetera que horas antes gritaba como un tren de vapor, parecía que le invitaba a que se tomara un café e incluso consiguió que se lo pensara, pero sabía que la cafeína a esas horas de la noche no le dejaría dormir bien y si algo necesitaba para estar lúcido era descansar. Abrió un armario y cogió un vaso ancho, le echó un par de cubitos de hielo y lo llenó de whisky de una botella de Chivas de 12 años que tenía encima del fregadero, la botella contenía el licor justo para un par de buenas copas, volvió al salón y se sentó en el sofá. El primer sorbo del brebaje le sirvió para prender sus venas y hacer que su cuerpo entrara en ebullición, era increíble la forma en la que funcionaba el licor en un alcohólico, primero le hacía sentirse invencible, despierto, ágil, pero tras unos pocos tragos su estado de embriaguez se disparaba por culpa del alcohol acumulado en las venas. Ese primer sorbo le sirvió para que su mente se activase, tenía claro que el asesino había tenido que practicar antes, bien era cierto que sus puntadas cada vez eran más certeras, que sus crímenes, si bien horriblos, eran muy originales, todo estaba muy bien preparado, nada escapaba a la improvisación. Ante esta idea se apresuró en volver a encender el ordenador y en buscar noticias de crímenes satánicos, encontró muchas noticias, encabezando a todas ellas estaba el crimen de la niñas de Alcácer, unos asesinatos sin resolver en el que tres jóvenes desaparecieron, en noviembre del año noventa y dos, de este pueblo valenciano que daban nombre al caso. Niñas de catorce años que fueron encontradas dos meses después con un final realmente desolador, las habían violado, torturado y asesinado con tanta violencia que los agentes que llegaron en primer lugar a la escena del crimen necesitaron ayuda psicológica. Aunque cogieron a uno de los asesinos, otro consiguió escapar, nunca se supo de él, no se sabe si huyó o si los políticos y hombres de poder que aparentemente participaron en los hechos lo mandaron matar, sí, políticos y hombres de poder, los mismos que consiguieron enterrar el caso en el olvido. Vilches continuó con la búsqueda y no encontraba nada que se asemejara con su caso, esperaba que Diomedes tuviera más suerte en Colombia. En su búsqueda de respuestas se quedó mirando una fotografía de Cotton que tenía sobre el aparador del salón, tras unos segundos en trance pensó que el asesino podía haber ensayado sus crímenes con animales, no era tan descabellado, los animales torturados no levantarían tantas sospechas si los encontraban y difícilmente los enlazarían con el asesinato de las

colombianas. Tras unos segundos cogió su teléfono y buscó entre sus contactos el número Gabriel Ramos, un teniente de la Guardia Civil destinado en la unidad del Seprona de Málaga; aunque eran más de las once de la noche no se lo pensó, dio un nuevo sorbo a su copa y marcó el teléfono del teniente que al segundo tono cogió la llamada.

- ¿Sí dígame?
 - Gabriel, soy Martín Vilches.
 - ¿Martín?, ¿no es un poco tarde para llamar?, creía que le había pasado algo a mi hijo que ha salido con su novia.
 - Perdona Gabi, no te habría llamado si no fuera importante.
 - ¿De qué se trata?
 - No sé si has escuchado hablar de los asesinatos de las prostitutas colombianas.
 - Sí, lo he visto hoy en los informativos.
 - Pues es mi caso, y aunque estamos más o menos avanzados me faltan algunas piezas. Estoy convencido de que el asesino ha matado con anterioridad, pero lo que no me queda claro es si a otras personas. Los asesinatos han sido meticulosamente preparados, han tenido que ser ensayados. Por lo que te llamo es para preguntarte si en los últimos meses habéis encontrado animales que hayan sido sacrificados con más dureza de lo habitual.
 - ¡Joder Martín!, te sorprendería ver lo que pueden llegar a hacer los cazadores con sus propios perros, imagínate si hablamos de animales salvajes. A los galgos, cuando ya no les sirven para cazar, los ahorcan, a los lobos les cortan la cabeza y las clavan en estacas como aviso para el resto de la manada, como si los animales fueran a entender la advertencia. El campo es muy duro y los que trabajan en él ya ni te digo.
 - Sí eso lo sé. Yo te pregunto por algo inusual, distinto.
 - ¿Por ejemplo?
 - Algún animal crucificado, abierto en canal con las tripas fuera, con la boca cosida, sumergido en agua con piedras...
 - ¿Qué has dicho?
 - ¿Sumergido en agua con piedras?
 - No, no, lo de la boca cosida, ¿por qué preguntas eso?
- Martín se dio cuenta de que había encontrado algo que podría ser importante.
- Todas las víctimas han aparecido con los ojos y las bocas cosidas con

hilo blanco. ¿Has visto algo así?

- Sí – el teniente estaba como en trance – sí joder, carneros, hará unos 3 meses encontramos a varios carneros muertos cerca de una finca de Coín, tenían los ojos y las bocas cosidas, fue un caso realmente extraño, no conseguimos encontrar una explicación de porqué ni quién había sido el culpable pero nos pareció algo fuera de lo común. Todos ellos estaban metidos en unos círculos que habían hecho sobre la arena con sangre y todos estaban vacíos por dentro. Recuerdo perfectamente al dueño de los animales diciéndonos el dinero que había perdido con esos cinco carneros.

Martín dio un salto del sofá cuando escuchó que eran cinco y se quedó de pie en silencio.

- ¿Martín? ¿Martín? ¿Sigues ahí?

- Sí, perdona Gabi. ¿Podrías mandarme el expediente?, pero no por mail, preferiría que fuese impreso.

- Sin problema, mañana mando a uno de mis guardias para que te deje una copia.

- Muchas gracias Gabi, has sido de muchísima ayuda.

- No hay de qué.

Martín se volvió a sentar pensando en las nuevas pruebas, con eso daba por seguro que el asesino había practicado para poder acometer sus atrocidades con la máxima precisión. Para celebrar el descubrimiento terminó la copa que acabó sumiéndolo en un placentero y somnoliento éxtasis.

Capítulo 31

Comenzó a despertarse de un perturbador sueño con una punzada en la cabeza que podría ser fruto de una noche de excesos. Conforme abría los ojos no veía más que oscuridad. Instintivamente giró su cabeza hacia la derecha en busca de su despertador pero algo no le cuadraba, el reloj no estaba allí, el primer pensamiento que tuvo fue de no estar durmiendo en su casa, con quién se habría ido la noche anterior, no conseguía recordar nada. El cabello lo tenía posado en su mejilla y le molestaba así que por reflejo se levó una mano hasta la cara para apartar aquellos pelos revoltosos, en ese momento no se dio cuenta pero fue al volver a llevar la mano a su posición natural cuando noto que ambas manos habían realizado el mismo recorrido, instintivamente volvió a llevar la mano a su cara y otra vez la otra mano acompañó a su hermana - ¿Estaré todavía en un sueño? – acto seguido sintió que le dolían los huesos de la espalda girándose sobre su hombro, en ese momento su nariz se topó con algo, algo inesperado que la terminó de despertar y que agudizó sus sentidos con más rapidez que veinte infusiones de té. Su primer instinto fue quedarse inmóvil, aguantando la respiración para hacer el menor ruido posible, así estuvo casi dos minutos hasta que al tener que respirar de nuevo olió lo que tenía pegado a su cara, era un olor a humedad, a moho, a naturaleza marchita, un olor mustio, a cerrado. Intentó incorporarse pero su frente se golpeó con algo desconocido, se hizo bastante daño y se llevó la mano a la cabeza, pero otra vez ambas manos reaccionaban al unísono. En esta ocasión sí reaccionó, y aunque no podía verse las manos por la oscuridad sintió que las tenía atadas, aquello hizo que quisiera gritar, el problema era que sólo podía emitir un sonido sordo que no terminaba de explotar. Lo intentó de nuevo pero sentía que sus labios estaban pegados, una calambre producido por el dolor recorrió todo su cuerpo y sin saber que era lo que tenía en la boca canalizó todas sus fuerzas hacia la mandíbula que se abrió como si de un gato hidráulico se tratará, aquello consiguió separar sus labios y que sus gritos emanaran como una presa que abriera sus compuertas para dejar salir el agua sobrante. Su lengua recibió una gota de sudor que le corría por

los labios, ese sudor tenía un sabor metálico y aunque espeso, un sabor conocido pero pocas veces probado, sangre, ¿pero de dónde viene? Se preguntó. Volvió a subir sus manos para quitarse el sudor de la cara, entonces sintió que algo había cambiado en su rostro, notaba que sus labios se habían desgarrado, que prácticamente habían desaparecido. La tensión iba en aumento y aunque no tenía mucho espacio para moverse, consiguió ponerse en pie. Volvió a gritar, fuerte, muy fuerte, pero no hubo auxilio. Poco después los gritos pasaron a llanto y a resignación. En aquella nueva posición en la que se encontraba, erguida, tocó con la palma de las manos la superficie que la tenía atrapada, claramente pudo sentir que aquello era una puerta de madera prácticamente sin tratar, eran varios listones clavados entre sí que cerraban aquel pequeño habitáculo como si de un ataúd se tratara. Golpeó con fuerza la puerta y empezó a pedir socorro de manera desesperada, “auxilio, socorro, ayuda”, ninguno de sus gritos agónicos encontraban respuesta. Después de dos horas consiguió mantener la calma por unos minutos, lo primero que pensó fue en cómo había llegado a esa situación, pero lo único que encontraba en su cabeza era dolor, se dio cuenta que estaba sola, no tenía quien le ayudara por lo que tenía que pensar rápido en algo que le sacase de allí, aquellos instantes de calma le valieron para darse cuenta que entre dos maderas había una pequeña rendija que permitía pasar un pequeño haz de luz, se apresuró a mirar por él y lo que vio no consiguió sacarle de su estado de ansiedad. Podía ver una pequeña sala de estar con una mesa redonda de madera rodeada de 4 sillas viejas, a escasos metros había una chimenea y al fondo un arco de entrada que parecía llevar a un pasillo. No reconocía el lugar, tenía muy claro que nunca había estado allí. Buscó en su pequeña cárcel algo que le pudiera servir para abrir aquella puerta pero sólo encontró un par de camisas y una chaqueta, lo justo para darse cuenta que estaba encerrada en un armario. De repente escuchó como una puerta se abría y se cerraba con fuerza, un pequeño hilo de esperanza le recorrió la espalda y volvió a pedir ayuda golpeando la puerta con fuerza, volvió a mirar por la rendija pero seguía sin ver a nadie, sólo escuchaba el ruido pesado de unos pasos que se acercaban seguidos de un silencio tenso que le avisaba de que alguien estaba cerca, miró de un lado a otro de la sala hasta que de repente se cruzó con la mirada de su captor que la observaba por el otro lado de la rendija, aquello la dejó paralizada.

- Hola Liliana, ¿me echabas de menos? - dijo una voz masculina con tono burlón - No te preocupes, pronto saldrás de aquí, y lo harás por la puerta

grande, no te haces una idea de lo importante que vas a ser, vas a pasar a la historia, serás el momento culmen de mi obra y todos te recordarán. No tengas miedo Liliana, no tienes porqué tenerlo, no soy tan malo, de hecho hasta hace unas horas te encantaba estar conmigo, ¿o es que acaso no recuerdas como te follé ayer?, cómo entré hasta lo más profundo de tu ser para que te retorieras de placer y gritaras con la misma fuerza que lo haces ahora, sí Liliana sí, aún tengo el sabor de tu saliva en mi boca, el gusto de tus muslos, el placer del sexo por el sexo. ¿Cómo puedes ser tan desagradecida? ¿Qué es eso de pedir auxilio? Así no Liliana, así no, te necesito descansada hasta el sábado y no me gustaría que te hicieras daño, es mejor que estés aquí, encerrada, te podría dejar ir a tu casa pero voy algo justo de tiempo y no podría ir a recogerte para acabar mi obra, ¿Lo entiendes verdad?

- Estás loco, ¡locoooooooooooooo!

- A menudo se confunde a los artistas con la locura.

Liliana pudo ver como el hombre que le hablaba se dirigía a la mesa y cogía una jeringuilla.

- Ahora voy a abrir la puerta, espero que no hagas nada de lo que los dos nos podamos arrepentir, como te digo te necesito tranquila y descansada para el sábado, sin duda alguna será un gran día del que disfrutaremos mucho.

Liliana sabía que sólo tendría una oportunidad para escapar, así que hizo acopio de todas sus fuerzas y cuando la puerta del armario comenzó a abrirse la empujó con todo su cuerpo haciendo que su carcelero cayera al suelo. En ese momento salió corriendo por la salita, llegando al arco que había conseguido ver por la rendija, lo cruzó y encontró un pasillo con una puerta al fondo. Mientras corría podía escuchar como su agresor se quejaba por detrás.

- ¿Qué has hecho Liliana? ¡Me has tirado!, con lo hospitalario que he sido contigo y me tiras al suelo.

La chica llegó a la puerta e intentó abrirla pero algo no iba bien, no giraba el pomo, en ese momento pudo ver como al otro lado del pasillo llegaba su carcelero con la jeringuilla en la mano, apareció repentinamente, sin correr, con paso firme y decidido. Liliana se dio cuenta de que el pomo tenía un pestillo con un sistema de botón que le obligaba a girarlo un cuarto al contrario del giro de apertura, una vez abierta la puerta salió a la calle y se encontró con una imagen que le dejó perpleja, era de noche y se estaba en mitad del campo. Corrió todo lo que pudo pero el miedo hacía que sus piernas flaqueasen en más de una ocasión, volvió a mirar hacia atrás y vio

que el hombre se alejaba, le estaba ganando distancia. Continuó corriendo hasta que creyó estar a salvo, se encontraba en mitad de una arboleda, totalmente perdida y desorientada. En ese momento su respiración agitada no le permitía oír nada. Tras un minuto en el que consiguió disminuir la cadencia de sus jadeos, volvió a concentrar toda su atención en sus oídos. Un búho parecía darle las buenas noches cuando escuchó, en la inmensidad de aquel bosque, una voz que la llamaba con el mismo tono del que está jugando al escondite, con un timbre jocoso que rozaba lo infantil.

- Liliana, ¿Dónde estás Liliana?, sabes que te voy a encontrar, no huyas y ven con papi.

Liliana dio unos pasos hacia atrás y se cubrió la espalda con un árbol, al darse cuenta de que su respiración la podía delatar y se tapó la boca con ambas manos. Después de unos minutos comenzó a andar cuidadosamente, tratando de no hacer ruido.

- Lilianaaaaa, si vienes seré bueno, no te haré daño, de lo contrario tendré que castigarte Liliana.

Continuó andando cuidadosamente yendo en dirección contraria a la voz de su captor, no sabía donde estaba ni a donde dirigirse pero esperaba encontrarse con alguien que le pudiera ayudar. Después de más de una hora caminando había dejado de escuchar aquellas voces que le advertían que tenía que entregarse, parecía que había conseguido burlarlo y que estaba a salvo. Sólo veía árboles y la luna, una luna que en pocos días estaría llena. Estaba muy cansada, deshidratada, desorientada y dolorida. Gracias al filo de una piedra consiguió liberarse de las cuerdas que le ataban las muñecas, hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba descalza y que tenía los pies llenos de heridas. Después de una pequeña pausa para recuperar el aliento reanudó la marcha. Unos metros después vio que se abría un claro en ese bosque desconocido, no se lo podía creer, había conseguido llegar hasta una pequeña casa de apero, estaba a salvo, además la luz de la casa estaba encendida por lo que tenía que haber alguien que le pudiera ayudar, ya se imaginaba a la policía socorriéndola y capturando a aquel depravado. Se acercó a la puerta casi sin fuerzas, miró para todos los lados con la esperanza de no ver nada extraño y pegó con la mano, tras unos segundos de espera un sudor frío recorrió todo su cuerpo, en un principio no supo porqué pero de repente se fijó en el pomo, aquel pomo que una hora antes no le quería dejar escapar, aquel pomo que empezó a girarse para abrir la puerta desde dentro.

- Liliana qué sorpresa, sabía que volverías.

Capítulo 32

Una mañana más la comisaría parecía un manicomio. La rueda de prensa había surtido un efecto que sobrepasaba a los medios con los que contaban en la oficina. La centralita recibía cientos de llamadas que se pasaban a los inspectores de homicidios. Era tal el volumen que el comisario reubicó a varios de sus policías para filtrar la información de todas ellas. En la reunión matutina se instruyó a los guardias que iban a responder a las llamadas para saber cuáles podían arrojar datos o que otras podían ser bulos. Gracias al secreto de sumario podían descartar con rapidez aquellas llamadas que no encajasen con el caso. Palabras claves como hilo, sábado, Belial, Leviatán, Lucifer o Satanás estaban en un listado que servía para filtrarlas por categorías. Eran muchas las personas interesadas en el caso que sólo llamaban por curiosidad. Muchos otros, alentados por series como CSI o Mentes Criminales, llamaban para darles a los inspectores algunas de las directrices que, según ellos, tenían que seguir para resolver los crímenes. Otras llamadas acusaban directamente a personas con nombres y apellidos sólo por motivos que ellos conocían, como envidias o venganza. Unas pocas eran realmente escalofriantes, en ellas se podía escuchar la voz del interlocutor hablando entre susurros, como si de una película de terror se tratara, proclamándose el autor de los asesinatos; por lo general en estos casos terminaban colgando tras unas carcajadas, en otras diciendo que era una broma cuando los inspectores les comunicaban que un agente iría a sus casas a comprobar datos.

Entre llamada y llamada Martín buscaba unos segundos para poder darle unos sorbos a su café, aquella mañana nadie tenía tiempo para ir a desayunar al bar donde cada mañana se daban cita los agentes de la comisaría. Bebió con energía el último trago que terminó por mancharle la corbata marrón que llevaba puesta. Trató de limpiarla con la mano mirándola disimuladamente, cuando levantó la vista se encontró con un guardia civil que estaba parado frente a su escritorio.

- ¿Inspector Vilches?

- Sí soy yo.
- Me manda el teniente Ramos, me ha ordenado que le dé este sobre personalmente.

Martín le dedicó una media sonrisa, cogió el sobre y le dio las gracias. Tras entregárselo se retiró con la misma sutileza con la que había llegado. El inspector no se demoró en abrir el sobre al tiempo que elogiaba a Gabriel Ramos – estos “civileros” son los tíos más eficientes del Mundo.

Dentro del sobre se encontraba el expediente del que había hablado por teléfono con Gabriel, algo más de cincuenta páginas donde se documentaba el caso de los cinco carneros sacrificados. Martín directamente buscó las fotografías, en la primera de ellas aparecían los animales boca arriba, dispuestos de manera que cada uno formaba la punta de una estrella de cinco picos, todos ellos tenían las patas abiertas, simulando a su vez nuevas estrellas. En las siguientes fotografías aparecían cada uno de los carneros que, tal y como había dicho Gabi, se encontraban dentro de una circunferencia marcada con sangre. Cada uno de ellos tenía pintado en su vientre un número romano del uno al cinco. Al primero de los animales se le podía ver sazonado con tierra, algo que despertó inmediatamente la curiosidad de Martín – Tierra, “Belial” - Los ojos y la boca aparecían con puntadas de hilo blanco bastante irregulares que, según el expediente, y ayudado por el número romano “I”, determinaba que era el primero de los carneros al que habían cosido, ya que como las mismas fotos indicaban, en el último las puntadas eran mucho más acertadas. El segundo se encontraba sumergido en agua dentro de una pequeña piscina de goma para niños – Agua, “Leviatán”, dos de dos – pensó Martín – Demasiadas coincidencias – Al parecer lo habían abierto en canal para introducirle piedras que lo mantuviesen bajo el agua. El tercero aparecía elevado sobre unas latas de pintura sin que ninguna de sus extremidades tocaran el suelo, en esta ocasión del estómago le colgaban los intestinos – Que forma de practicar tenía el cabrón, sin duda este es “Lucifer” - El cuarto carnero tenía la piel negruzca, debajo de la fotografía se podía leer que le habían quemado todos los pelos, de ahí el color chamuscado de la piel – Sin duda este es Satanás -. En la siguiente de las fotografías aparecía el último de los carneros con una lata llena de líquido entre las patas traseras. Buscó entre las demás fotos del expediente para ver si había alguna que mostrase el interior de la lata. Allí estaba, estaba llena de la sangre del propio animal – ¿Así es como quieres matar a tu próxima víctima?, ¿desangrándola? – dijo entre dientes. Continuó ojeando el expediente, viendo la topografía del

terreno, las declaraciones del propietario de los carneros y las conclusiones inconclusas que cerraban el caso sin quedar nada resuelto.

Vilches ensimismado en su lectura no reparó en que estaba siendo observado. Después de un rato de espera un hombre carraspeó para hacerse notar.

- Disculpe señor.

Martín levantó la mirada y vio a un hombre menudo de tez morena que no llegaba al uno sesenta de estatura, iba vestido con un mono verde de jardinero y una gorra del equipo de fútbol Junior de Barranquilla. Una de sus manos envolvía a la otra denotando nerviosismo y respeto, además el acento, aunque sin saber con certeza de que municipio, lo identificaba como colombiano.

- Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

- ¿Perdone señor pero es usted el que salió ayer al lado del comisario en las noticias?

A Martín no le hizo mucha gracia que le identificaran de esa manera y volvió la mirada hacia el expediente con cara de molesto – Ajam – contestó.

- Señor no quiero molestarle pero necesito hablar con usted, es urgente.

- ¿Dígame? - dijo sin apartar la mirada los documentos.

- Señor mi hija lleva tres días sin venir por casa – el hombre sacó una fotografía del bolsillo y se la mostró al inspector – es esta señor.

Martín levantó la mirada rápidamente y al ver que la chica de la foto tenía el pelo negro volvió a centrarse en el dossier – No se preocupe, su hija volverá con usted pronto.

- Pero señor ayúdeme por favor, mi esposa y yo estamos desesperados, llevo llamando toda la mañana para hablar con usted pero las líneas están ocupadas, acabo de pasar una hora en un autobús para venir desde Alhaurín.

En ese momento Vilches levantó la cabeza rápidamente y miró a aquel hombre a los ojos.

- ¿Alhaurín?

- Sí señor.

- ¿De la Torre?

- Sí.

El inspector se le quedó mirando pensativo - ¿Puedo? – preguntó mientras señalaba a la fotografía. Aquel hombre se la dio lentamente. Era una fotografía tomada en un campo verde donde la chica aparecía rodeada de caballos, una imagen habitual en la zona del eje cafetero colombiano. Su piel era algo más clara que la de su padre y su cabello era liso y negro. Vestía

unos jeans grises y un jersey color turquesa. No parecía muy alta y tampoco era una chica excesivamente atractiva, simplemente una chica que se mostraba feliz e inocente, una víctima fácil a la que engañar.

- ¿Su hija sigue teniendo el pelo moreno?

- No señor, ahora lo tiene mono.

- ¿Quiere decir rubio?

- Sí señor.

- ¿Cuál es el nombre de su hija?

- Liliana, Liliana Escobar Nevada.

- ¿Sabe si tiene novio?

- Pues sí, pero no lo conocemos, nos lo iba a presentar en estos días, sólo sabemos que trabaja en un gimnasio.

- ¿En un gimnasio?

Martín se puso de pie y buscó con la mirada a Juan Carlos haciéndole una señal con la mano, éste le vio y se acercó.

- Juan Carlos él es el señor Escobar, su hija Liliana lleva tres días desaparecida.

- Mucho gusto – dijo Juan Carlos al tiempo que hacía una pequeña reverencia con la cabeza.

- A la orden, Diego Escobar para servirle.

- Dígame señor Escobar – prosiguió Martín – ¿A qué se dedica su hija?

- Pues mire señor, ya vi en las noticias que todas las víctimas eran prostitutas pero mi hija no trabaja en nada de eso, se lo aseguro, ella trabaja de camarera por las noches en un bar de Benalmádena.

- ¡Ya! – dijo mirando a Juan Carlos sabiendo que su hija nunca le diría la verdad - ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

- Pues como le dije hace tres días. Su novio vino a recogerla y desde entonces no la volvimos a ver.

- ¿Vio usted a su novio?

- No señor, siempre se quedaba fuera esperándola. En una ocasión mi mujer se asomó por la ventana a ver si lo veía pero él llevaba un casco puesto.

- ¿La recogía en moto? - Martín cada vez estaba más excitado, tenía la certeza de estar ante una pista importante.

- Pues sí, siempre la recogía en motocicleta. A mí personalmente no me gustan, son muy peligrosas y ésta, según me dijo mi esposa, es de las grandes.

- Señor Escobar le importaría si fuéramos a su casa para ver la habitación de Liliana.

- Claro, como no.

Capítulo 33

Una hora después de su charla en comisaría se encontraban en Alhaurín, en la puerta de la casa de los padres de Liliana. Prácticamente habían llegado al mismo tiempo que sus compañeros de la Policía Científica, a los que habían avisado antes de salir. La casa se encontraba en una zona de residencias de dos plantas, todas encaladas como en la gran mayoría de los pueblos de la zona. Antes de entrar, Diego Escobar les señaló la ventana desde la que su mujer había visto tanto al novio como a la motocicleta con la que solía recoger a su hija. Martín aprovechó para pedirle a los de la Científica que intentasen sacar moldes de huellas de neumáticos del asfalto, sabía que iba a ser complicado conseguir algún resultado pero no perdían nada por intentarlo.

Una vez dentro de la casa el señor Escobar se apresuró a presentarles a su mujer, doña Pilar.

- Inspectores, esta es mi señora.
- Encantado – se adelantó Juan Carlos estrechándole la mano.

La madre de Liliana los recibió vestida con una bata que se anudó nerviosamente. Era una mujer de estatura baja y delgada, con la piel blanca y el pelo del mismo color que el que su hija tenía en la fotografía mostrada en comisaría. Sus ojos marcaban la desesperación que estaba viviendo ante la posibilidad de que le hubiera podido pasar algo a Liliana. La señora les invitó a pasar al salón y les ofreció algo de beber. Se sentaron y Martín aprovechó para hacerle unas preguntas.

- Señora, sé que están muy afligidos por la desaparición de su hija, estamos aquí para intentar traerla a casa lo antes posible, es muy importante que recuerde si en los últimos días Liliana le había dicho algo fuera de lo común, algo que le pareciera raro en su hija.

- Pues mire usted señor, la verdad es que sí que andaba algo extraña, últimamente estaba muy feliz. Desde que llegamos a España hace un par de años la niña estaba muy triste, melancólica, echaba mucho de menos a sus amigas y su vida en el pasto, lo normal para un joven de veinte años que no había salido de Dosquebradas. Hace unos meses comenzó a trabajar en ese

bar de Benalmádena, nunca nos dejaba ir a recogerla, se solía ir de casa en el autobús de las ocho de la tarde y volvía en el primero de la mañana, por suerte sólo trabajaba de jueves a domingo y parecía que le iba bien. Nos decía que le pagaban mucho en propinas pero aún así no terminaba de animarse. La cosa cambió hará un par de meses, se le veía radiante, feliz, todos los días se levantaba y después de mirar su celular comenzaba a canturrear como un pajarito en primavera, me alegraba verla así. Un día le pregunté que porqué tanta felicidad y me dijo que había conocido a un chico que le hacía regalos, la llevaba a cenar, a bailar, por lo visto es gerente en un gimnasio de Málaga. Al poco tiempo empezó a venir a recogerla en su motocicleta, a mí no me hacía mucha gracia que viniera en moto, pero con tal de verla feliz no le decía nada. Más de una vez le pregunté que cuándo lo íbamos a conocer, que no era necesario que siempre le esperase fuera, ella me decía que pronto, que no había prisa, que todo a su tiempo. Yo me moría por conocer a ese hombre, ver si realmente era tan bueno para mi niña. El último día que la vimos nos dijo que tenía algo importante que decirnos, cuando volviese por la noche nos daría una gran noticia - Pilar apretó los dientes para intentar no llorar, su marido le agarró la mano para que no se derrumbara – Nosotros somos una familia trabajadora, nunca nos hemos metido en *papaya*, ni acá ni allá, en Colombia nunca se nos relacionó ni con la guerrilla ni con los paramilitares, somos gente de bien, vinimos a España para intentar tener una vida mejor y miren ustedes lo que nos está pasando.

Martín esperó a que doña Pilar recuperara el aliento y se secase las lágrimas que empezaban a cubrir sus mejillas.

- ¿Recuerda si su hija le dijo alguna vez el nombre de su novio?

- Sí que me lo dijo pero siento no poder recordarlo, ella siempre lo llamaba mi amor.

- ¿Alguna vez pudo verle la cara?

- La verdad es que no, cuando lo vi por la ventana tenía el casco puesto.

- Y de la motocicleta ¿Recuerda el modelo, el color?

- Más o menos, era una moto grande de color verde y diría que con detalles en color plateado.

Los inspectores volvieron a mirarse entre sí. En ese momento entraron los dos policías de la unidad científica lamentándose por no haber podido conseguir ningún molde de huella de neumáticos que pudiera servirles en el laboratorio. Martín se dirigió a Diego.

- ¿Le importa si vemos la habitación de su hija?

- Claro, acompáñenme.

De camino a la habitación subieron por unas escaleras angostas repletas de fotografías colgadas en las paredes, en ellas se podían ver numerosas imágenes de Liliana con sus padres disfrutando de la vida en los prados del eje cafetero, fotografías que nos mostraban las distintas etapas en la vida de la joven, su infancia, días de escuela, bailes, juegos, sus primeros años de pubertad. Al subir las escaleras llegaron a un pasillo que comunicaba con dos habitaciones y un cuarto de baño. Diego les mostró la habitación y se quedó en la puerta. Los agentes se pusieron unos guantes de látex azul y entraron. Al ver lo pequeña que era la habitación decidieron que sólo permaneciera dentro uno de los de la Científica, lo único que necesitaban era recoger muestras de ADN de la desaparecida para cotejarlo con el cabello rubio encontrado en casa del inspector. Martín y Juan Carlos comenzaron a registrar la habitación en busca de algo que pudiera esclarecer que había pasado con la joven colombiana. Abrieron el pequeño armario donde Liliana guardaba su ropa, nada fuera de lo normal, pantalones, faldas y vestidos, en su gran mayoría de marcas juveniles. En los cajones de la cómoda tampoco encontraron nada interesante, ropa interior, camisetas y algunos pijamas. Lo mismo pasó cuando abrieron las cajoneras de la mesita de noche, nada importante que llamara la atención de los agentes. Martín algo cansado se sentó en la cama y se quedó mirando al suelo en busca de inspiración, curiosamente algo llamó su atención, allí, en el suelo junto a la mesita de noche que acababa de registrar había unas marcas que parecían provocadas por el mismo mueble, así que se reincorporó y lo arrastró pensando que las marcas las podía haber hecho la mesa al ser apartada de su sitio, pero nada, sólo suciedad, así que volvió a ponerlo en su sitio. Después de unos segundos decidió sacar los cajones por completo viendo que uno de ellos estaba bastante deteriorado en su parte baja, probablemente por dejarlo caer al suelo, los apiló sobre la cama y miró en el interior de la mesita, esta vez sí hubo suerte, en la tabla que aislaba el mueblecito del suelo encontró un fajo de billetes enrollados, algo más de dos mil euros, una caja de preservativos y un libro. Levantó el libro ante la estupefacción del padre y del propio Juan Carlos que no esperaban el hallazgo.

- ¿Había visto usted alguna vez este libro señor Escobar? - Preguntó el inspector con voz firme.

- No, nunca.

Martín se quedó de pie y lo abrió. En la primera página ya pudo ver que se

trataba de un diario, un diario que Liliana comenzó a escribir a principio de año; no pudo esperar a ojearlo en busca de información.

1 de enero

Hoy comienzo a escribir este diario por consejo de mi ami del alma Johanna, cómo la echo de menos, ya hace más de un año que llegamos a este país y no he encontrado a nadie que me entienda como ella.

La rumba de ayer fue como la del año pasado, muy fría. Estos españolitos parece que no saben divertirse.

8 de enero

Mi mama perdió su trabajo en la sastrería, he empezado a buscar algo para ayudar en casa, mi pobre padre no sabe qué hacer para darnos la vida que cree que nos merecemos.

15 de enero

Hoy he encontrado una oferta de empleo para un bar en Benalmádena, está bastante lejos pero si consigo el empleo podré ayudar a mis padres en casa. Mañana tengo una prueba, me han dicho que esté a las siete de la tarde.

16 de enero

En un ratito tengo la prueba, estoy bastante nerviosa pero espero hacerlo bien, ya trabajé de camarera en las Fiestas del Progreso de Dosquebradas y no se me dio nada mal.

Ya llegué de la prueba, no ha estado mal. Primero me hicieron desfilas delante de los dueños del local, era un sitio bastante oscuro, con muchas barras de lap dance y muchas mesas bajas y reservados. Me hicieron poner algunas copas, llevarlas a la mesa y me dijeron que si quería podía bailar también, que se pagaba a parte. Además insistieron mucho en el trato que hay que tener con los clientes y en la ropa que debía llevar, un uniforme de colegiala que ellos me proporcionarían. Empiezo en unos días a trabajar, no es el trabajo de mi vida pero es un comienzo.

21 de enero

Me acabo de levantar, son las cinco de la tarde pero es que mi primer día de trabajo fue ayer y estoy bastante cansada. Conocí a mis compañeras y me estuvieron dando consejos para poder conseguir buenas propinas. Lo primero el maquillaje, dicen que como tengo cara de niña que no me ponga mucho, que eso le gusta a los clientes. Me dicen que saque mi encanto latino y que al que vea que me mira, que le sonría. Lo que me ha llamado más la atención es que muchas de mis compañeras subían unas escaleras

acompañadas por clientes y no volvían hasta pasada media hora.

29 de enero

Ayer estuve hablando con una de mis compañeras, Cindy, muy simpática. Le he preguntado que porqué suben tan a menudo las escaleras con clientes y se ha echado a reír, como me ha visto bastante perdida me ha llevado a la planta superior que está llena de habitaciones, me ha dicho que si me gusta un cliente puedo subir con él y tener sexo. Al subir las escaleras hay un hombre de seguridad trajeado que va apuntando los nombres de las chicas que suben y el número de veces, se llama Ramiro, y al final de la noche les dice a las chicas lo que tienen que pagar por el alquiler de las habitaciones. Le he preguntado a Cindy si se les pide dinero a los clientes y se ha vuelto a reír, parece ser que cada uno le pide lo que quiera pero al final de la noche es la chica la que paga la habitación, y nada barato.

11 de febrero

La situación en casa no mejora, sólo he cobrado medio mes y no he conseguido muchas propinas por lo que no he podido ayudar mucho. El casero le ha dicho a mi padre que ya le debe dos meses de alquiler, que si no paga la semana que viene nos vayamos buscando otro sitio donde vivir. No sé qué hacer, es un poco desesperante ver así a mi familia.

15 de febrero

Ayer en el bar había un hombre que no paraba de mirarme y de pedirme copas, una de las veces que le serví me cogió del brazo y me propuso subir a la planta de arriba, me deshice de él pero lo pensé mejor, de hecho llevo varios días pensándolo, me acerqué a su mesa, le puse la mano en el hombro y le dije que subiría con él por trescientos euros, no esperaba que aceptara pero me dijo que sí. Subimos las escaleras y al pasar junto a Ramiro me miró con media sonrisa y me dijo que pieza estaba libre. En la habitación me senté en la cama sin saber muy bien que hacer, el hombre se quitó rápidamente la ropa y se puso tras de mí, comenzó a besarme en el cuello y a quitarme la blusa. Era una sensación extraña, estaba con alguien a quien no conocía de nada y que no me gustaba pero por alguna razón no me disgustó. Cuando terminó de quitarme la ropa me tendió en la cama y empezó a lamer todo mi cuerpo lo que me excitó muchísimo, se entretuvo un buen rato en mi chichi y luego me besó en los labios, me dijo que me pusiera de rodillas en la cama y que abriera la boca, lo hice y metió su pene en mi boca como si fuera mi chichi, nada que no hubiera hecho ya en Colombia con mi exnovio pero esta vez era con un total desconocido. Después me volvió a tumbar en la cama y

me penetró una y otra vez, sin descanso durante quince minutos, no puedo decir que no disfrutara, sería mentirme a mi misma. Cuando terminó se puso una raya de coca y me ofreció otra, pero ya eran demasiadas emociones para una sola noche.

Ahora le daré los trescientos euros a mi padre y le diré que es de las propinas de la semana.

21 de marzo

Cindy me ha dicho que tiene que dejar el bar, lleva aquí un año y los jefes no quieren que ninguna chica esté trabajando por más tiempo, dice que los clientes se terminan cansando de las mismas caras. Quiere irse a vivir a París, probar nuevas experiencias. La voy a echar mucho de menos.

1 de abril

Estoy muy cansada. Las cosas en casa han mejorado gracias al dinero que les doy a mis padres. En el bar no puedo decir que me vaya mal, soy una de las chicas favoritas de los clientes y todas las noches que trabajo tengo a alguien que me invita a subir. Les cobro según lo que me gusten, si es un chico guapo le pido cien euros para cubrir el precio de la habitación y pasármelo bien. Para combatir el cansancio he empezado a esnifar algo de coca, pero sólo de vez en cuando.

17 de abril

Estoy pensando en dejar el trabajo, es cierto que gano un buen dinero pero veo que no es una vida sana.

Dios ayúdame a tomar la decisión correcta.

1 de mayo

Ayer conocí a un auténtico caballero, guapo, elegante y educado. Le pedí cien euros por subir y accedió, lo increíble es que no me puso una mano encima, me acerqué a bajarle la cremallera del pantalón y me apartó suavemente, me dijo que prefería estar allí hablando conmigo, conociéndome, que no tenía ninguna prisa por poseerme.

2 de mayo

Ayer volvió al local el mismo chico, me dijo que no había parado de pensar en mí, quería que volviéramos a subir, yo le dediqué una sonrisa y le dije que por supuesto. Esta vez me besó pero nada más. Me muero de ganas por comérmelo. Me ha pedido mi número de teléfono y me ha dicho que me llamaría en estos días.

5 de mayo

Me ha llamado, estoy súper contenta, por suerte hoy es uno de mis días

libres, me ha preguntado si me dan miedo las motos y me ha dicho que me recogería en la parada de autobús del pueblo. Luego escribiré como ha ido.

Ha sido increíble, cuando llegué a la estación me estaba esperando con una moto gigantesca. Me ha abrazado y me ha dado un beso, después me ha dado un casco y me ha llevado a Puerto Banús, nunca había estado allí, coches impresionantes, tiendas muy lujosas, yates enormes y muchísima gente. Hemos almorzado en una pizzería y luego me ha invitado a un helado. Me ha contado que trabaja de gerente en un gimnasio de Málaga y que le gustaría montar su propio negocio de nutrición deportiva. Cuando ha caído la noche nos hemos quitado los zapatos y hemos dado una vuelta por la playa, la luna estaba hermosa y el mar en calma. Me ha cogido de la mano y nos hemos besado, luego nos hemos tumbado en la arena y me ha hecho el amor como nunca nadie me lo había hecho. Después me ha llevado hasta mi casa como un caballero y se ha despedido diciéndome que iría a verme al bar durante la semana.

6 de mayo

No puedo dejar de pensar en él... me tiene loca.

Hoy no me ha llamado pero seguro que no habrá tenido tiempo porque estará trabajando.

8 de mayo

Vaya, parece que mi príncipe azul no me quiere como yo a él, no da señales de vida y su teléfono está apagado.

10 de mayo

Estoy encantada, ayer volvió a verme al bar, se ha disculpado por no haberme llamado pero ha estado fuera en una reunión de negocios. Es tan inteligente. Le invité a subir y estuvimos haciendo el amor durante horas como locos. Lo malo es que he tenido que pagar la habitación yo sola, no pienso cobrarle.

16 de mayo

Mi amor viene cuando puede a verme al bar, son días en los que sólo estoy con él, a todos los clientes les digo que esa noche no puedo estar con ellos porque tengo la regla. Cuando estoy en la barra no para de mirarme, parece que quiera devorarme, es increíble.

25 de mayo

Estoy enamoradísima, mi amor me hace unos regalos que me dejan siempre con la boca abierta. Hoy me ha regalado un collar con un pentágono de plata. Dice que me dará suerte en la vida.

3 de junio

He visto en las noticias lo que le han hecho a esa pobre chica. Es tremendo como alguien puede hacer algo así. Menos mal que a mí me protege mi amorcito.

10 de junio

Han matado a otra chica, estoy bastante asustada, dicen que las dos muertas eran colombianas, como yo.

11 de junio

Esta mañana he acompañado a mi amor a la consulta de un doctor, era en Málaga y la verdad es que el sitio me daba un poco de miedo. El doctor nos ha recibido, es más negro que el tizón, por lo visto es africano y se llama Saúl. Me ha bendecido y luego mi novio le ha dado un sobre y nos hemos ido a pasar un rato a la playa.

21 de junio

Ayer mi amor me pidió matrimonio y le he dicho que sí, ¿no es increíble?, no puedo estar más feliz, como cambian las cosas en tan poco tiempo. Esta noche dejaré el trabajo en el bar y mañana por la mañana vendrá a recogerme para poner fecha y hacer preparativos. Tenemos pensado que conozca a mis padres la semana que viene, les va a caer fenomenal.

Te amo Santiago.

Martín cerró bruscamente el diario y se dirigió a su subordinado.

- Ahora sí que lo tenemos Juan Carlos. Quiero que se emita una orden para detener a Santiago Reinaldo ahora mismo.

Capítulo 34

La sirena del Citroën aullaba por las calles de Málaga, a pesar de los años que tenía aquella tartana, Martín conocía perfectamente hasta donde lo podía exprimir. Antes de salir de casa de los padres de Liliana, Juan Carlos se apresuró en hacer una llamada para que enviaran a una patrulla a la consulta de Saúl. A los pocos minutos la patrulla destinada a casa del doctor emitió una llamada en la que alertaban de que se habían encontrado el cadáver de un varón de raza negra de unos sesenta años en la dirección proporcionada por la Central.

Cuando apagaron la sirena habían llegado a una de las entradas de la calle Espartero, se encontraron con la típica parafernalia policial, perímetro balizado, varios coches patrulla mal aparcados, policías intentando controlar a los curiosos, y un equipo de la televisión Onda Azul. Al bajarse del coche la redactora de la televisión identificó a Martín y se apresuró a hacerle unas preguntas.

- Inspector, inspector, ¿qué ha pasado?, ¿otra chica muerta?

Martín le dedicó una mirada de desprecio al cruzar el cordón policial. Antes de adentrarse en el portal le pareció ver entre la multitud a un hombre mayor encorvado y sucio, no le cabía duda de que era el vagabundo que siempre estaba tumbado en la puerta del edificio, se dirigió a uno de los policías de uniforme y le ordenó que retuviera a ese hombre, cuando le señaló donde se encontraba ya no quedaba ni rastro de él.

Martín y Juan Carlos subieron por las escaleras del edificio y llegaron hasta la puerta de la consulta, custodiándola había dos policías que les dijeron que, desde que habían encontrado al hombre muerto, nadie había cruzado esa puerta. Al entrar vieron que la luz del recibidor no funcionaba lo que hacía que se viera un reflejo amarillento que provenía del despacho de Saúl. Martín intuyó que el reflejo no era otra cosa que la luz de su flexo, esa luz que tanto le gustaba conectar al doctor para dar un ambiente más tétrico ante sus pacientes. Se escuchaba un sonido acompasado que identificaron rápidamente como el de la aguja de un tocadiscos que estaba pidiendo que lo volvieran a

colocar en su estado de reposo. Desde la puerta del despacho podían verse algunos libros tirados en el suelo fruto de un posible forcejeo. Cruzaron la puerta de la habitación y se encontraron con una escena al más puro estilo “Seven”, un thriller que en los años noventa disfrutó de un gran éxito. Saúl se encontraba sentado en su sillón con la cabeza hacia atrás, el flexo iluminaba levemente su cara en la que se podía apreciar como dos regueros de sangre seca provenían de la cuenca de sus ojos, se acercaron con mucho cuidado, casi andando de puntillas, no querían contaminar la escena del crimen aunque tenían pocas dudas de quién podía ser el asesino de aquel hombre autoproclamado doctor. Cuando estuvieron a su altura, Juan Carlos no tuvo más remedio que apartar la vista de la cara de Saúl, sus ojos, esos ojos blanquecinos habían dado paso a unas oquedades llenas de sangre cuajada.

- ¿Pero qué cojones...? ¿Dónde coño están los ojos?

La imagen no acaba ahí, la camisa blanca que llevaba estaba manchada de sangre, no parecía que fuera la misma sangre de su cara, más bien parecía que la sangre salía de su pecho. Martín se acomodó los guantes de látex y se dispuso a desabrochar los botones y a abrir la camisa, sacó su linterna del bolsillo y alumbró el torso de Saúl, en él se podía leer “El Diablo le da ojos a quien no ve”.

- ¡Esto es asqueroso!, me da la sensación de que nuestro psicópata quiere eliminar todos los cabos sueltos – Martín se giró hacia el escritorio para ver aquel desorden, debajo de unos sobres encontró un libro abierto - ¿Qué tenemos aquí?

- Parece un libro de cuentas – contestó Juan Carlos algo nervioso.

- Sí, eso parece.

Apartaron los sobres y ambos agentes se encorvaron para poder ver el libro sin tocarlo, estaba abierto por una página con fecha de ese mismo día con un único asiento contable que rezaba con la palabra “inspector” y la cantidad de 5.000 €.

Cuando salieron del piso, el inspector Vilches se dirigió a los agentes que custodiaban la puerta.

- ¿Habéis comprobado los otros pisos de esta planta?

- No señor, nos dijeron que no nos moviéramos de aquí.

- Martín le lanzó una mirada de desaprobación y se dirigió hacia la siguiente puerta, aquella en la que se podían leer las iniciales RRR, cuando estuvo a la altura vio que estaba forzada, automáticamente sacó su pistola y

Juan Carlos imitó su movimiento empuñando la suya, los policías que estaban en la puerta de la consulta vieron que algo raro estaba pasando y corrieron junto a sus compañeros arma en mano. En esta ocasión Juan Carlos empujó la puerta que se abrió sin la menor oposición y se apartó hacia un lado. Martín entró sigilosamente, el apartamento era un piso con un pequeño salón con lo básico, una televisión, un sofá bastante mugriento y una mesa camilla donde se apilaban una montaña de cajas de pizza. En el mismo salón había una pequeña cocina y una puerta que daba a la habitación principal. Comprobaron que en la primera de las estancias no había nadie y se dirigieron hacia el dormitorio, al entrar les llamó la atención que no había cama, sólo un tablero sobre dos caballetes y tres ordenadores, uno de ellos encendido y con “Tor” abierto, el navegador usado por los hackers para poder adentrarse en la “Deep Web”. También había un monitor antiguo dividido en cuatro pantallas donde se podían ver imágenes en directo del portal del edificio, del pasillo de esa planta, de la sala de espera de la consulta y del despacho de Saúl. El monitor estaba conectado a un aparato de vídeo vacío.

- ¿Por qué uno de los hackers más importantes de Europa utilizaría tecnología analógica en lugar de guardar los vídeos en sus ordenadores? - se preguntó Martín en voz alta.

- Precisamente para no ser hackeado – contestó Juan Carlos – en cintas VHS difícilmente se puede ver lo que haya grabado si no tienes una copia o que lo hayan volcado posteriormente a un ordenador.

- Lo que parece claro es que alguien estuvo aquí y sabía muy bien qué quería llevarse.

- Eso o que Ransim vio algo que no le gustó y salió corriendo antes de que entrasen para intentar liquidarlo.

Cuando salieron del edificio ya había caído la noche, una noche que por culpa del terral seguía registrando temperaturas con máximos históricos. Martín le ordenó a Juan Carlos que llamase a Joaquín y a Ana, los policías encargados de vigilar a Santiago, a los que habían llamado desde Alhaurín para que hicieran efectiva la detención del presunto asesino, para ver como había ido la captura. En ese momento llegó el juez de guardia y Sebastián del Álamo. El forense se excusó ante el juez y se acercó a los agentes.

- ¡Joder Martín!, pareces la Viuda Negra, donde vas huele a muerte – Sebastián enseñó toda su dentadura en una sonrisa al pronunciar muerte - ¿Cuéntame? ¿Qué me espera ahí arriba?

- Nada nuevo, sólo a un charlatán al que le han sacado los ojos y le han hecho unos garabatos en el pecho.

- Pensaba que estabas investigando el asesinato de las colombianas, ¿tiene esto algo que ver con ellas?

- Sin duda, estoy seguro de que es una víctima más de nuestro hombre pero con matices. Es un hombre, no es colombiano y no se dedica a la prostitución, al menos no que sepamos. No soy forense como tú pero diría que lo mataron clavándole un elemento punzante en los ojos, por cierto, no han aparecido.

- Gracias por el resumen, cuando determine la causa y hora de la muerte definitiva te mandaré un mensaje.

Juan Carlos se acercó y los interrumpió.

- Malas noticias, Joaquín y Ana han estado todo el día delante del gimnasio sin ver salir a Santiago, cuando les hemos dado la orden para detenerlo han entrado y no lo han encontrado, me temo que sabía que lo estábamos vigilando y que ha salido disfrazado como si fuera un cliente. El caso es que su motocicleta continúa donde la había aparcado.

- ¡Joder!, ¡joder, joder , joder!, que lo busquen hasta debajo del agua.

- Sí, señor.

Martín miró al cielo y se encontró con una luna a la que le quedaban escasos cuatro días para que estuviera llena, como si aquella circunferencia amarilla fuera un reloj de arena que le anunciaba que se le acababa el tiempo. Se sacó el móvil del bolsillo y vio que tenía varias llamadas perdidas de Gonzalo, de la Policía Científica, y también un par de llamadas de su amigo Diomedes. Pulsó en el número de Gonzalo y esperó a que hablase.

- Gonzalo soy Martín, dame buenas noticias.

- Hola Martín, evidentemente aún no hemos cotejado el ADN de Liliana con el mechón de pelos rubios encontrado en tu casa, ya sabes que tardará unos días, la termocicladora continúa en reparación y tenemos que mandar a hacer los análisis a otro laboratorio, aunque ya hemos comprobado tus sospechas sobre los demás mechones y podemos afirmar que corresponden a cada una de las otras víctimas.

- Dime que tienes algo más.

- Sí, tenemos el análisis de las colillas recogidas en la Feria de las Lagunas y en la puerta del gimnasio y son del mismo individuo.

- Gracias Gonzalo, espero más noticias tuyas.

Capítulo 35

Las horas posteriores a la orden de busca y captura de Santiago Reinaldo trascurrieron a un ritmo frenético. Hasta su estudio de calle Carretería llegaron tres patrullas policiales que accedieron rápidamente al interior del edificio de mediados del siglo XIX. Lo primero que se encontraron fue un patio de corrala típico de las construcciones populares de la época, donde unos niños de no más de ocho años jugaban al fútbol con una pelota de plástico. Enfilaron las escaleras de madera que llevaban hasta la planta superior y se apresuraron en llegar al apartamento 105. Uno de los agentes, que portaba un ariete metálico, se puso frente a la puerta y de un golpe certero la abrió al grito de “¡Policía!” adentrándose en el estudio sin fortuna, en su interior no había ni rastro de Tiago. Martín y Juan Carlos llegaron bien entrada la noche y se encontraron un escenario un tanto extraño, la casa estaba totalmente revuelta, como si hubieran estado buscando algo importante. Martín se dirigió al oficial al mando antes de hacer un registro más exhaustivo.

- ¿Es usted el oficial que ha estado al frente del asalto a esta vivienda?

- Sí señor.

- ¿Son ustedes los responsables de este desastre?

- No señor, nosotros sólo somos responsables de los desperfectos de la puerta y quizá de algunos libros que hayan podido caer de las estanterías. Cuando entramos aquí registramos los lugares donde podría estar escondido el sospechoso, pero no hicimos un registro de la vivienda en busca de documentación.

- Bien gracias.

Tanto el inspector como su ayudante comenzaron a recopilar información que les ayudase a entender un poco mejor que había pasado allí. En unos cajones encontraron varias ampollas de Winstrol, Deca Durabolin y HCG, una hormona segregada por la placenta de mujeres embarazadas que ayudaba a recuperar y mantener la producción de testosterona, muy utilizada después de haber realizado ciclos de anabolizantes, todos ellos con etiquetas rusas. En

una papelera encontraron varias agujas desechadas. El estudio que no media más de 25 metros cuadrados estaba rodeado de estanterías altas repletas de libros, en su mayoría de nutrición y de fisioculturismo. En el suelo, entre varios papeles tirados, encontraron la mitad de una fotografía, en ese trozo se veía a Santiago en una discoteca. La imagen se cortaba justo a la altura de su mano que cogía, afectivamente, una mano femenina de piel oscura. Juan Carlos se afanó en buscar la otra mitad por toda la casa - ¡Bingo! La encontré - en la otra mitad se podía ver a Yajaira muy sonriente. Martín encontró unos ficheros con facturas de teléfono donde se veían reflejadas las llamadas que había realizado en los últimos seis meses. Junto a los teléfonos móviles que aparecían en las facturas sólo venía a que compañía telefónica pertenecían estos números, lo que más llamó la atención de Vilches fue que en las llamadas a teléfonos fijos se repetía con frecuencia un número, a diferencia de los números de los teléfonos móviles, en los fijos, aparecía la localidad a la que se estaba llamando, en este caso el número repetido tenía prefijo de Sevilla. No le hizo falta mucho más para sacar su teléfono móvil y llamar a José Manuel Sicardo.

- ¡Hombre! El inspector Vilches. ¿Sabe que se estás convirtiendo en un hombre excesivamente mediático? Si lo que quiere es llegar a comisario creo que va por muy buen camino – añadió una pequeña carcajada para acentuar la ironía de su afirmación - ¿Qué necesita de la policía de Sevilla?

- Un poco de ayuda. Necesito saber si un número de teléfono que tengo se corresponde a la de la casa de nuestra colombiana asesinada en Osuna.

- Escúpalo.

- 954 81 50 43.

- Un segundo que lo meto en la base de datos.

- ¿A esta hora y trabajando?

- Lo mismo podría decir yo de usted – José Manuel permaneció en silencio unos segundos hasta que cargara la base de datos de su ordenador – Es curioso, el teléfono no se corresponde con el de la casa de Yajaira, sin embargo aparece como uno de los números de contacto de Alexander Vasíliev, su marido. Es el número de su oficina. ¿De dónde ha sacado ese número?

- De casa del principal sospechoso. Creo que deberías ir en busca de Alexander y que le diga porqué Santiago Reinaldo lo llamaba con tanta frecuencia últimamente.

Al día siguiente la comisaría, como en los últimos días, era un polvorín a punto de explotar. El comisario estaba acompañado en todo momento por un asesor de la Junta de Andalucía, otro de Diputación Provincial y uno más del Ayuntamiento de Marbella, todos ellos autorizados para informar a sus superiores de los últimos movimientos que afectaran al caso. Entre los cuatro decidieron que la colaboración ciudadana era fundamental para poder capturar a Santiago antes de cometer un nuevo crimen, así que se optó por difundir su fotografía por todos los medios de comunicación que no tardaron en publicarla en sus ediciones digitales acompañada de titulares como “El asesino de colombianas” o “La cara del carnicero”. Se estuvo valorando si era conveniente o no el dar los datos de la desaparición de Liliana pero prefirieron esperar. El comisario se encontraba entre la espada y la pared, quería encontrar a la chica viva y detener a aquel indeseable pero sabía que un paso en falso le costaría el puesto y la vida a la chica. Finalmente, esa misma tarde, después de que todo el país hubiera desayunado con la cara de Santiago, decidieron sacar una nueva noticia. Rápidamente se convocó una rueda de prensa en la que se dio a conocer la desaparición de Liliana y la posible vinculación con su raptor. No fue una rueda de prensa sencilla, pocas lo eran. Los redactores no paraban de hacer preguntas de todo tipo, como que existiese la posibilidad de que Liliana no estuviese retenida porque era su cómplice o porqué Liliana iba a confiar en alguien como aquel hombre que se había presentado a la prensa con una fotografía de rostro duro y apariencia violenta. Lo que finalmente se ocultó a los medios fue la relación del asesinato de Saúl ante la pregunta de la periodista de Onda Azul que había visto como Martín había entrado a casa del doctor – No tenemos nada que nos haga pensar que ambos casos estén relacionados.

Esa tarde Martín recibió la llamada de José Manuel para decirle que no habían conseguido localizar a Alexander Vasíliev, lo había ido a buscar personalmente tanto a su casa como a su oficina y, al igual que en sus teléfonos, no había conseguido respuesta. Consiguió establecer contacto con su secretaria que le dio respuestas evasivas sobre el paradero de su jefe - está de viaje - es lo máximo que consiguió sacarle. Martín le pidió a su colega que no cesara en la búsqueda del ruso.

Durante esos tres días la centralita estuvo totalmente colapsada. Las llamadas de ciudadanos alertando de la presencia de Santiago no cesaban, algunos incluso decían que tanto él como la chica colombiana habían sido

vistos por el paseo marítimo paseando tranquilamente. Se hizo un registro pormenorizado de las propiedades de los familiares y amigos del exconvicto sin dar ningún fruto, nadie sabía dónde se encontraba, alguno de sus conocidos lo tachaban de ser un tipo muy celoso que se había involucrado en más de una pelea por culpa de mujeres, incluso una vez dejó encerrada en el cuarto de baño de su casa a una de sus exnovias para que no pudiera salir de fiesta.

Ana y Joaquín se desplazaron hasta el pueblo donde vivía Liliana acompañados por un psicólogo para apoyar a los padres de la chica. Las horas se consumían y la sombra del fin de semana se asomaba trágicamente.

El sábado a las ocho de la mañana se montó un dispositivo en Alhaurín, más de cuarenta policías se encontraban apostados en azoteas y controlando las entradas al pueblo con la ayuda de la Policía Local. A su vez La Guardia Civil hizo controles en las carreteras que comunicaban el pueblo con las localidades colindantes. Alhaurín era una auténtica jaula, nadie podía entrar o salir sin quedar registrado. Martín y Juan Carlos recorrieron el pueblo varias veces, cualquier persona sospechosa, cualquier vehículo que levantase recelos era identificado. A eso de las ocho de la tarde pasaron por la puerta de la Iglesia en el momento en el que el párroco estaba cerrando la puerta principal.

- Buenas tardes.
- Buenas tardes padre – saludaron al unísono los agentes.
- Una buena tarde para pasear aunque esta noche hará mucho calor, además con luna llena que altera bastante a los animales. Va ser difícil pegar ojo.
- Tiene usted razón – dijo Martín – por cierto padre, no habrá notado usted nada extraño hoy por aquí.
- No hijo, todo muy tranquilo. En este pueblo en verano la gente baja a la playa y no se recoge hasta la noche – el cura que se percató de estar hablando con dos policías por las cartucheras de las pistolas que se intuían bajo las camisas de los mismos, se aventuró a preguntar - ¿Qué se saben de la pobre Liliana?
- Poca cosa padre.
- Qué pena. Sus padres son muy devotos, vienen todos los domingos a misa puntualmente. Su hija también es muy creyente aunque pisa menos la iglesia. Ojalá haya suerte y aparezca pronto. Rezo por ella.

- Gracias padre. Nosotros también lo esperamos.

Continuaron su ronda llegando a la plaza del pueblo que estaba repleta de terrazas que comenzaban a llenarse de vecinos con ganas de fiesta.

- Esto no nos ayuda nada Juan Carlos.

En ese momento su ayudante le dio un pequeño codazo para llamar su atención y le señaló con un leve movimiento de cabeza a un hombre corpulento con la cabeza afeitada, sólo pudieron verle de perfil por unos segundos y de primeras les pareció que habían dado con Santiago. El hombre comenzó a andar en dirección contraria a los agentes que no tardaron en iniciar su persecución. Ambos aceleraron el paso cuando vieron que el sospechoso se adentraba por las calles del pueblo, al llegar a un cruce parecía que lo habían perdido y se quedaron quietos hasta que escucharon unos pasos que se alejaban por la calle de la izquierda. Después de unos metros lo volvieron a ver pero rápidamente giró en una esquina para tomar otra calle, al llegar a la esquina se pararon y Juan Carlos, sigiloso, asomó la cabeza para ver por dónde andaba, en ese momento Martín, que estaba detrás, escuchó un fuerte golpe y una queja así que sacó su pistola, giró la esquina y encañonó a aquel hombre que había iniciado la huida al grito de ¡alto o disparo!. El sospechoso paró su marcha y ante la orden de Martín se dio la vuelta lentamente, no era Santiago.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me persiguen?

- Somos policías, pensábamos que era otra persona, lo sentimos.

- Joder, me han dado un susto de muerte, pensaba que me querían atracar.

Martín se dirigió a Juan Carlos al mismo tiempo que guardaba su arma

- ¿Te encuentras bien?

- No, creo que me ha roto la nariz – tenía las manos tapándose la cara mientras un goteo de sangre ensuciaba el asfalto.

- Váyase, usted no dé parte de nuestra acción y nosotros no le denunciaremos por pegarle a un policía.

- Okey, está bien.

Martín acompañó a Juan Carlos al ambulatorio, gracias al uso de su identificación policial pudieron colarse de las personas que esperaban para ver al médico de guardia. El doctor confirmó la sospecha de Juan Carlos, tenía la nariz rota. Le pidió al subinspector que se agarrara con fuerza a la camilla mientras con una maniobra recolocó los huesos de su nariz con ambas manos. El grito de Juan Carlos asustó bastante a los pacientes que

esperaban fuera. A continuación le taponó la nariz con unos algodones enormes y le recetó varios medicamentos para pasar la noche. Martín había perdido a uno de sus efectivos de la manera más tonta, no tuvo más remedio que mandar a Juan Carlos a su casa al menos por esa noche, él había pasado por varios golpes y fracturas en el rostro y sabía que parte de la pronta recuperación dependía de las primeras 24 horas.

Cuando se despidió de su pupilo se fue directamente a la jefatura de la Policía Local del pueblo para coordinar el dispositivo. Le esperaba otra larga noche de guardia.

Capítulo 36

<< *Hundo mi dedo índice en la sangre aguada de vuestro impotente y loco redentor*>>

Anton Lavey

Como cada día a las ocho de la mañana el párroco del pueblo salió de su casa, un acomodado apartamento propiedad del Obispado que se encontraba a escasos metros de la parroquia. Entró en uno de los bares de la plaza del pueblo que no hacía ni cinco horas que había cerrado sus puertas dando copas la noche anterior y ya estaba abierto de nuevo para servir desayunos.

- ¿Qué le sirvo padre?
- Un café solo con un chorrito de coñac y un pitufo de sobrasada.
- ¿Sobrasada con este calor? - añadió el camarero guiñándole un ojo.
- Ya sabes que los curas también tenemos nuestros pequeños vicios.

Mientras saboreaba su desayuno echaba un vistazo a los titulares de la prensa deportiva pensando que el Atlético de Madrid se estaba reforzando bien para la próxima temporada. El cura miró su reloj para comprobar como la mañana se le echaba encima, en menos de cuarenta minutos tendría que officiar la primera de las misas del domingo. Dejó dos euros encima de la barra y se despidió del camarero confiando en que algún día volvería a verlo en la iglesia, como hacía unos años. Al igual que cada domingo pasó por la floristería del pueblo para recoger un ramo que le donaban generosamente. Al enfilar la calle que llegaba hasta la iglesia vio a lo lejos una furgoneta blanca aparcada junto a la puerta, aquello le pareció extraño porque los domingos no se solían hacer repartos de mercancías y mucho menos a esas horas, la miró con curiosidad pero sin aminorar el paso. Al llegar a la puerta dejó el ramo en el suelo, sacó las llaves de uno de sus bolsillos y la introdujo en la cerradura. En un primer momento le costó que entrase pero después de un par de hábiles movimientos no hubo mayores problemas. Se acuclilló para recoger las flores y entró en suelo sagrado. A esa hora el sol ya iluminaba la iglesia con haces de luz coloreados por el efecto de las vidrieras rojas y verdes, así que no le hizo falta ir a la sacristía para encender alguna de las veinte lámparas que solían iluminar el edificio, en su lugar, se dirigió a uno de los laterales donde se encontraba una pequeña capilla en la que se guardaba una imagen de San Sebastián, el patrón del pueblo, cogió un jarrón en el que había unas flores

marchitas y las cambió por las rosas frescas que llevaba en la mano. A continuación se dirigió hacia los portones y los abrió con fuerza y algún que otro lamento, los huesos empezaban a resentirse después de tantos años de trabajo basados únicamente en la fe. Al girarse se encontraba en el extremo más alejado del altar, desde allí se podía ver el retablo que presidía a la parroquia, justo delante, una cruz de dos metros de madera se erguía majestuosa, avanzando unos pasos se encontraba una mesa de mármol para presidir los oficios y, poco después, unas escaleras de cinco peldaños que comunicaba con la gran sala que disponía de treinta bancos de maderas corridos donde los devotos fieles tomarían asiento en unos minutos. Comenzó a andar hacia el altar cuando su cansada vista le jugó una mala pasada, en la mesa de mármol parecía reposar algo, se paró a medio camino para quitarse las gafas y frotarse con una mano cada uno de sus ojos, después limpió las gafas y se las volvió a poner esperando poder enfocar mejor los objetos de la iglesia, volvió a mirar hacia el altar y parpadeó varias veces para mirar con extrañeza, definitivamente había algo tendido sobre la mesa. Anduvo con paso pesado y dubitativo hasta que llegó a las escaleras, se quedó parado, absorto sin poder apartar la mirada de aquella abominación, se apoyó en uno de los peldaños y se dejó caer de rodillas, se santiguó, entrecruzó los dedos de sus manos y con voz temblorosa empezó a rezar. No había duda, su fotografía estaba pegada en cada farola del pueblo, había aparecido en todos los periódicos, informativos de televisión y páginas webs, no podía ser otra persona más que Liliana. La pobre chica estaba tumbada con la cabeza apoyada en un cojín, sus ojos y su boca estaban cosidos con hilo blanco, estaba completamente desnuda y su piel se presentaba extremadamente pálida. Bajo su pecho derecho, en el costado, tenía una herida abierta con sangre coagulada. Los brazos y piernas presentaban diversos cortes. Sus manos estaban apoyadas en la mesa con dos grandes clavos que las atravesaban. Sin duda su asesino había querido recrear la imagen del Santo Yacente, aunque lo realmente macabro estaba entre sus piernas, le habían introducido un crucifijo por la vagina que servía de guía para canalizar la sangre que había salido de su cuerpo, aquel objeto la hacía llegar hasta el borde de la mesa y la dejaba caer sobre un cáliz que había en el suelo del altar, el mismo suelo que ahora estaba encharcado por la sangre viscosa y oscura y que había servido como lienzo para escribir la palabra “ABIGOR”.

Capítulo 37

Sólo pasaban unos minutos de las nueve de la mañana y la puerta de la iglesia era un ir y venir de gente. La policía no había podido terminar de montar las bandas de balizamiento que prohibiesen la entrada al recinto cuando medio centenar de personas ya se amontonaban preguntando por lo que había pasado. Las luces de los coches patrulla no ayudaban a controlar aquella marabunta y eso que aún no habían hecho acto de presencia las unidades móviles de los medios de comunicación con sus antenas y sus sets improvisados.

Martín había llegado hacía escasos minutos, miraba la escena totalmente abatido, se le había escapado la oportunidad de salvar a aquella chica y además su asesino se había vuelto a burlar de él, tanto dispositivo policial para nada. Sentado en uno de los bancos de la iglesia se encontraba el cura con la cabeza entre las manos, incrédulo, cabizbajo y desbordado ante aquella desagradable situación. Vilches contempló el cuerpo inerte de la colombiana. ¿Qué mente perturbada podía hacer algo así? Se acercó sin tocarla para intentar sacar conclusiones mientras que Gonzalo y su equipo de científicos hacían su trabajo. Su cara presentaba algunos cardenales que, según dedujo, podían deberse a que forcejeara con su captor. Sus brazos y piernas presentaban varios cortes y arañazos que se sumaban a los clavos de sus manos y a aquella profunda herida en el costado. Sin duda alguna lo más desagradable era ver encajado un tercio de aquel crucifijo en el interior de la vagina. Vio como en el suelo habían usado la sangre de la chica para escribir “ABIGOR”. Nunca había escuchado ese nombre pero estaba seguro que sería el de alguno de los demonios que estaba conociendo desde que comenzaron los asesinatos, así que sacó su smartphone y realizó una búsqueda en Google que rápidamente le ilustró sobre Abigor. Era, según pudo leer, el demonio de la guerra que además se proclamaba como el gran duque del infierno. Era un gran estratega al que le gustaban los baños de sangre en la batalla. Aquí encontró Martín la relación de Abigor con aquella muerte, la sangre, aunque al mismo tiempo le surgían varias preguntas. ¿Por qué sangre?, no era uno de

los cuatro elementos, no guardaba una sintonía con el relato que parecía estar contando aquel psicópata asesino. El ritual era el mismo, el perfil de la víctima también, incluso el utilizar el nombre de un demonio para marcar la escena encajaba con el patrón seguido hasta ahora, pero aún así algo no cuadraba. Necesitaba respuestas así que le preguntó a una de las personas que le podría dar alguna.

- Gonzalo, ¿qué has encontrado?
- ¡Joder Martín! ¿no ves que estoy ocupado?
- ¡Necesito algo!

Gonzalo que estaba agachado tomando muestras se incorporó para mirar a Martín y luego señaló las manos de la víctima.

- Sus uñas están rotas y sucias, debajo de ellas hemos podido extraer tierra y algunas astillas.

- Tierra y astillas, puede que estuviera encerrada en algún lugar con puertas de madera, tal vez en un campo o en un jardín.

- Es posible. En cuanto a los clavos de las manos se los clavaron postmortem, apenas hay sangre en ellas. No me quiero apresurar pero diría que los clavos los sacaron de las tablas con las que hicieron el soporte para crucificar a la primera víctima, la cabeza y las puntas son prácticamente idénticos. Por otro lado tenemos el crucifijo, el cura nos ha dicho que es la cruz que preside cada uno de sus oficios y que el cáliz es suyo, el mismo que lleva utilizando desde que se ordenó sacerdote. En este caso el crucifijo se lo introdujeron en vida, y por las heridas que presentan los labios vaginales y toda la zona púbica, yo diría que se lo metieron con fuerza y en varias ocasiones, es más, diría que la violaron con la cruz hasta que consiguió provocar una hemorragia que la hiciera sangrar tanto que cumpliera su propósito, llenar la copa de sangre. Seguro que Sebastián corroborará lo que te estoy diciendo. Ves esta herida – dijo señalando al costado – a falta de lo que diga el forense estoy seguro de que fue la causante de su muerte, y no lo digo como científico, lo digo como creyente, si ha recreado la muerte de Cristo, como así parece, esta herida imita a la de la lanza clavada para acabar con su vida. Además hay algo más – Gonzalo empujó uno de los hombros de Liliana para enseñarle a Martín su espalda – Latigazos, sin lugar a dudas estas marcas son de latigazos, y no tienen pinta de que se los hicieran la pasada noche. Por ahora no te puedo decir mucho más.

- Gracias Gonzalo, si encuentras algo más...

A continuación bajó los cinco peldaños de las escaleras y se dirigió al

banco donde se encontraba el párroco.

- ¿Cómo se encuentra padre?

- No muy bien como se puede imaginar.

- Me hago una idea. No quiero atosigarle, sé que es un momento muy duro pero necesito hacerle unas preguntas.

- Sí, claro, lo entiendo – contestó un tanto confuso.

- Sé que ayer cerró la parroquia a las ocho de la tarde.

- Sí es cierto, recuerdo que conversamos sobre esa hora.

- ¿Qué hizo cuando cerró la puerta de la Iglesia?

- Pues lo mismo que hago cada sábado cuando hace buen tiempo, me acerco a la plaza a tomarme una copa de vino y a charlar con los parroquianos.

- ¿Cuántas misas ofició ayer?

- Dos misas, a las seis y siete de la tarde.

- ¿Recuerda algún asistente que no le resultara familiar?

- La verdad es que hubo muchas caras nuevas pero es lo normal en estas fechas, durante el verano hay muchos turistas despistados que bien por fe o bien por curiosidad asisten a mis misas.

- ¿Recuerda haber visto a esta persona entre los feligreses? - le preguntó enseñándole una fotografía de Santiago.

- Déjeme ver – el cura cogió la fotografía y se la acercó lo más que pudo a la cara – la verdad es que recuerdo a alguien con la cabeza afeitada, se veía joven y fuerte pero no podría asegurarle que fuera él.

- ¿Notó algo extraño ayer en la iglesia antes de acabar su jornada?

- Hijo, la jornada de un cura no termina nunca, pero me imagino que no, aunque sí que he visto algo que me ha parecido extraño antes de entrar hoy, una furgoneta blanca, está aparcada junto a la puerta, no es normal que un domingo por la mañana se hagan repartos, no sé si tendrá algo que ver con todo esto.

- Gracias padre, me ha sido de gran ayuda.

En ese momento se escucharon unos gritos que procedían de la calle, eran los padres de Liliana pidiendo que les dejaran pasar, ante la negativa de los agentes la madre consiguió zafarse de uno de ellos y entró corriendo en la iglesia, antes de que llegara al altar Juan Carlos apareció corriendo por detrás y la consiguió alcanzar, la pobre mujer forcejeó con él pero éste no la soltó y ella terminó por caer al suelo con un llanto inconsolable.

Después de unos tensos minutos en los que dejaron a los padres de la víctima con los psicólogos encargados de velar por ellos, los dos policías pudieron hablar sin interrupciones.

- ¿Cómo ha pasado la noche?

- Bien, aún me duele mucho la nariz y no he podido dormir, pero bien, gracias.

- Ya se podía haber cambiado de camisa, todavía la tiene llena de sangre.

- Llegué tan dolorido a mi casa que no tenía fuerzas para quitarme nada. Le he traído un café, me dio tiempo a dejarlo sobre uno de los bancos antes de que entrara la pobre señora.

- Gracias – lo cogió y le dio un gran sorbo que por un momento le devolvió las fuerzas. – Salgamos, quiero comprobar algo que me acaba de decir el cura.

Salieron de la iglesia y a escasos metros de la puerta encontraron aparcada la furgoneta que había mencionado el párroco, una Renault Kangoo blanca con las ventanillas traseras opacas, algo muy típico en las furgonetas de reparto para impedir que se viera su carga desde el exterior. Se acercaron a la parte delantera del coche y vieron que la cerradura del conductor parecía forzada, en la cabina no se veía nada extraño, sólo una revista y varios papeles tirados por el suelo. Juan Carlos aprovechó para llamar a la comisaría y reportar el modelo y la matrícula del vehículo. Fueron rodeándolo hasta llegar a la parte trasera, sus puertas, al igual que los bajos, estaban manchadas de barro, y al igual que sus ventanillas laterales, las traseras tampoco dejaban ver su carga. Debajo del parachoques trasero Martín vio una mancha, se agachó y la tocó con dos dedos que automáticamente quedaron teñidos de rojo en sus yemas, se los acercó a la nariz y no le cupo duda de que se trataba de sangre, en ese momento Juan Carlos recibió el aviso de que esa furgoneta había sido robada el 31 de mayo, un día antes de que se cometiera el primero de los asesinatos, en ese momento Martín probó a pulsar el botón de apertura de la manilla de las puertas traseras, el “clic” indicando que se podían abrir fue toda una sorpresa. El hedor que desprendía el interior de la furgoneta era insoportable, una mezcla entre heces y orina inundaba toda la parte de carga. En el suelo había una alfombra vieja que bien habría podido servir para envolver a las víctimas. También encontraron unas cuerdas y un rollo de esparadrapo con el que podían haber atado y amordazado a las mismas. Vilches estaba seguro de que la furgoneta habría estado aparcada en alguna

calle del pueblo desde el jueves o el viernes, de esa manera no habría tenido que pasar los controles que se montaron el mismo sábado por la mañana, sólo habría tenido que esperar a que cerrasen la iglesia, conducir hasta la puerta y sacar a Liliana cuando la noche hubiera caído, además nadie habría sospechado de alguien que sacara una alfombra de una furgoneta, muchos pintores las usan para no manchar el suelo. Viendo todo aquello podía imaginar el miedo que tuvo que pasar la colombiana allí encerrada, viendo como sus posibilidades de salir con vida eran cada vez menores, el exceso de información por parte de los medios sensacionalistas le habría hecho imaginar que tendría una muerte lenta y despiadada, en su diario se plasmaba el miedo que sentía por ser colombiana y dedicarse a la prostitución, sólo le aliviaba saberse protegida por su novio, ese cerdo depravado que era el causante de terminar con sus aspiraciones para tener una vida mejor. Juan Carlos sacó a su jefe de sus reflexiones con una pregunta a la que él mismo le dio respuesta.

- Si el asesino dejó allí la furgoneta ¿cómo pudo haber huido?, tal vez su moto permanecía aparcada en algún cortafuego fuera del pueblo, sólo tendría que andar hasta allí y ya estaría fuera de peligro.

Demasiadas preguntas, demasiadas muertes y ninguna pista que les llevase hacia el paradero de Santiago.

Capítulo 38

Había pasado un día desde que encontraron el cuerpo de Liliana y la noticia había corrido como la pólvora, los periódicos abrían sus ediciones con la noticia del último asesinato en portada, se había filtrado una fotografía de la joven colombiana tumbada sobre el altar, era una foto con poca calidad, excesivamente pixelada, pero que sumada al relato de como se había encontrado el cadáver, hacía más fácil interpretar aquellos puntos que componían la imagen que, probablemente, fue tomada desde la puerta de la iglesia con un teléfono móvil. En el Diario Sur se compartía la imagen del crimen con una fotografía de Santiago Reinaldo, donde se le acusaba como el presunto asesino, tachado de extremadamente violento y en paradero desconocido. Los programas matutinos de radio centraban su escaleta en el caso y en el ridículo que había hecho la Policía Nacional que no había sido capaz de evitar un nuevo asesinato, haber tenido al pueblo sitiado y sufrir este nuevo revés alimentaba aún más la polémica; y por supuesto las televisiones, televisiones locales, autonómicas y nacionales que en esta ocasión compartían espacio con medios de comunicación de toda Europa. Con este panorama el ambiente en la comisaría era excesivamente tenso, nadie se atrevía a romper aquel molesto silencio, nadie era capaz de levantar la cabeza de su escritorio por temor a encontrarse con la mirada inquisitiva del comisario, el mismo por el que el presidente de la Diputación Provincial de Málaga y los alcaldes de las localidades afectadas habían pedido su cese inmediato.

Martín estaba repasando el expediente del caso para ver si podía encontrar algo que le ayudase a capturar a ese miserable que no había tenido ningún pudor para sedar y asesinar vilmente a cada una de las víctimas. Su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa pero estaba tan absorto en su lectura que no reparó en él. A los pocos minutos volvió a vibrar, en esta ocasión Juan Carlos le avisó para que contestara la llamada.

- Dígame.
- Martín soy Sicardo.

- Sí José Manuel, ¿ha conseguido localizar a Alexander Vasíliev?
- No exactamente, al que hemos encontrado es a Santiago.

Martín saltó de la silla y se puso de pie dando un golpe en la mesa que captó la atención de la sala inmediatamente.

- Martín, lo hemos encontrado muerto.
- ¿Cómo que muerto?

- Como te digo, ahora mismo estoy en una nave abandonada de Dos Hermanas. Hace unas horas nos llamaron diciendo que unos niños habían encontrado un cadáver, por lo visto iban dando un paseo con sus padres cuando se les coló una pelota por la ventana de un edificio abandonado. Los niños entraron y cuando el padre vio que no volvían decidió ir en su busca. Por lo visto se encontró a los chavales petrificados, no podían dejar de mirar al cadáver. Cuando nos dieron el aviso pensábamos que se trataba de algún yonki que habría tenido una sobredosis, por aquí abundan estos desechables. Primero llegó una patrulla de la policía local pero cuando constataron el estado en el que estaba el cuerpo nos llamaron de inmediato. Esto es una puta sangría, a este tío lo han dejado prácticamente irreconocible, tendrías que verlo, lo trajeron aquí, lo ataron a una silla totalmente desnudo y le pusieron una vía en una mano, aún tiene una bolsa de suero a medio terminar. Al infeliz le han puesto una especie de halo, como los que se usan para inmovilizar una cabeza cuando hay una fractura de cuello pero lleno de clavos, lo tiene sujeto a una especie de peto amarrado al pecho. Si movía la cabeza le podía desgarrar toda la frente. Le faltan varias piezas dentales, hemos encontrado unas tenazas y algunos dientes por el suelo, no se han molestado mucho en limpiar el sitio, además también le han cortado un trozo de lengua. A falta de lo que diga el forense parece que le han roto la nariz y fracturado varios huesos de la cara, los párpados están tan hinchados que no hemos podido verle los ojos que además parece que se los hayan pegado con súper glue. Le han arrancado la piel de las axilas y le han quemado los pezones con un soplete. En las rodillas le han clavado unos tornillos y los han conectado a un generador de corriente, a saber cuantas descargas le habrán metido al desgraciado, todo el suelo está lleno de orina. También le han arrancado las uñas de las manos y de los pies que además están metidos en un barreño de agua, me imagino que sería para favorecer las descargas eléctricas. En el abdomen presenta varios cortes profundos, no sé si determinantes para su muerte pero no lo descarto. Y por último, lo que me parece más desagradable, le han sacado los huevos, literalmente, a lo que hay

que sumarle que el glande se lo han clavado al asiento de la silla con una pistola. Hemos encontrado ampollas de adrenalina que seguramente se las iban inyectando a través de la vía de la mano, quien quiera que haya hecho esto quería que sufriera y que no se desmayara, que viviera sus últimas horas con mucho dolor. Martín, este tío lleva varios días muerto, con el calor y con la estructura metálica de la nave se ha debido de acelerar el proceso de descomposición del cuerpo, es imposible que Santiago haya matado a Liliana, te diría que esto tampoco parece obra del asesino que anda buscando, más bien parece un ajuste de cuentas.

- No sé que decir, me deja muy confundido, todas las pruebas le implicaban a él directamente. ¿Ha conseguido contactar con Alexander?

- No, y no creo que lo hagamos, tenemos indicios que nos hacen pensar que Alexander Vasíliev ha formado parte del asesinato de Santiago Reinaldo, hemos estado viendo las grabaciones de los últimos días de las cámaras de seguridad de una gasolinera que hay justo en frente de la nave, se ve como de un todo terreno baja uno de los guarda espaldas del empresario ruso, puede ser una coincidencia pero por una de las ventanillas se ve a un hombre con la cabeza afeitada que podría ser Santiago. Además hemos averiguado que Alexander cogió un avión hacia Moscú hace un par de días, sabe que allí es difícil que lo atrapemos y sus empresas están muy bien aseguradas ante imprevistos, pueden seguir funcionando y no podemos intervenirlas relacionándolas con él, ninguna está a su nombre, sólo aparece como miembro del consejo asesor.

- Seguramente relacionó a Santiago con la muerte de su mujer y por eso ordenó que lo ejecutasen, se lo pusimos muy fácil para que pensara que fue Santiago quien la había asesinado. Además para Alexander era un grano en el culo, cumplió cárcel y no delató a la organización del ruso y por ahí se libró de que no se lo cargarán con anterioridad, pero esto no iba a dejarlo pasar. Gracias José Manuel, mándeme el informe cuando lo tenga.

Juan Carlos, que vio a su jefe abatido, se acercó con un papel en la mano.

- ¿Qué ha pasado?

- El ruso se ha cargado a nuestro sospechoso.

- Exsospechoso me temo, acabo de hablar con el hospital de Virgen del Rocío de Sevilla, Paula Andrea Serna ha despertado, su estado sigue siendo muy grave pero nuestro agente le ha podido enseñar una fotografía de Santiago y no lo ha identificado, aquí traigo la declaración.

En ese momento el comisario abrió la puerta de su despacho y dio un grito

para llamar a Martín.

- Siéntate. Te dejé muy claro en su día que si caía yo caías tú. ¿Te haces una idea del ridículo que estamos haciendo? ¿De lo que yo tengo que aguantar por tú desidia? He dejado pasar muchas veces que vengas a comisaría totalmente borracho, que te tires una semana con la misma ropa, que apestes como un cerdo o que me den quejas de tu constante abuso de autoridad, hasta ahora te he dejado pasar todo esto porque respondías en tu trabajo, pero esto, ¡ja!, esto ha sido demasiado. Inspector Martín Vilches quedas relevado del caso, quiero que le pases toda la documentación a la inspectora Soraya, y tómate la semana libre, no te quiero ver por aquí.

Martín no rebatió a su superior, abrió la puerta del despacho y salió con la cabeza agachada ante la mirada de sus compañeros que habían escuchado los gritos del comisario. Recogió toda la documentación del caso y se la dejó a su compañera sobre la mesa. Juan Carlos trató de hablar con él pero éste le paró alzando la palma de la mano para no ser molestado. Miró por última vez el tablón donde habían marcado el lugar de cada uno de los crímenes y salió por la puerta.

Capítulo 39

Vilches no había aceptado de buen grado que lo relevaran del caso pero después de cuatro cervezas había empezado a resignarse y a verlo de otra manera. Entre altramuces, cacahuets y tapas de boquerones en vinagre había conseguido saciar su estómago y en buena parte olvidar las circunstancias que le habían llevado hasta esta situación. El reloj le indicaba que no eran más las tres y Martín ya sabía que a ese ritmo la tarde se antojaría divertida. El Francisco era uno de los bares más pintorescos que podías encontrarte en toda la provincia, todo el mundo lo conocía por “el Paquito” o por “el Limpio”, gracias a su dueño y a lo impoluta que tenía siempre la barra. Paco era una institución y todo el mundo lo respetaba, cuando el bar se llenaba contaba con la inestimable ayuda de su padre, un hombre de ochenta años muy jovial que recogía platos y botellines a una velocidad pasmosa. Por las noches te podías encontrar una mezcla de lo más variopinta, por un lado a los parroquianos de toda la vida que tenían sitio fijo en un rincón, por otro a una cantidad de jóvenes que buscaban una borrachera rápida a costa de los famosos “ligaillos” que allí se ordenaban, una mezcla de dos vinos servidos en vasos bajos que se bebían de una sola vez. Los fines de semana, a altas horas de la noche, Paquito te sorprendía con alguna que otra película subida de tono en su antigua televisión Grundig, algo que provocaba los vítores de los clientes. Martín estaba sentado en la barra jugueteando con su teléfono cuando vio que el led morado de la pantalla le avisaba de que tenía un mensaje sin leer, era de Diomedes, en ese momento se lamentó de no haberle devuelto sus llamadas, abrió el mensaje y leyó <<¿Dónde se mete patrón? Llevo varios días intentando localizarle, llámeme, tengo noticias para usted>>, al ver el mensaje le pidió la cuenta a Paco y salió del bar que se encontraba a tan solo una calle de su casa, a la que se apresuró en llegar y en encender su laptop, a los pocos minutos tenía abierta su cuenta de Skype y estaba iniciando una vídeo conferencia con Diomedes.

- ¡Ave María! ¿Qué pasó patrón? Le he llamado varias veces pero no hay manera.

- Perdona Diomedes, este caso me ha tenido totalmente absorto.
- Pues precisamente por eso le llamaba. Me pidió que investigara si acá habíamos tenido algún caso de asesinatos en serie donde hubiera algún componente satánico y, después de mucho investigar, creo que encontré algo. Primero empecé a buscar en la base de datos de la CAN a los asesinos múltiples que hemos tenido en Colombia en los últimos años, no se hace una idea de la cantidad de *hijoeputas* que tenemos fichados. Acoté la búsqueda a los asesinos que habían cometido sus crímenes siguiendo algún tipo de ritual pero los resultados seguían siendo demasiado extensos, sólo con los crímenes relacionados con narcotráfico nos aparecen cientos de muertos con patrones que nuestra base de datos califica como “rituales”. Probé a meter los indicadores que me dio de Balial y Leviatán pero tampoco obtuve nada así que probé con los elementos fuego, aire, tierra y agua, y mire usted por donde esta vez sí que encontré algo que podía ser interesante. En el año 2006 Álvaro Ramos fue juzgado por varios crímenes, entre ellos el asesinato de cinco personas, cuatro mujeres y un hombre. Álvaro era muy conocido en el barrio de las Moras de Barranquilla por la violencia con la que sometía a sus víctimas para robarles, le llamaban “la Puñalá”.

- ¿Las Moras?

- Es un barrio de estrato muy bajo, poco recomendable si no va acompañado por algún vecino que viva en la zona. Según parece la Puñalá atracó una joyería y degolló al dueño del establecimiento, las cámaras de seguridad lo grabaron todo, por suerte el joyero no murió aunque nunca se terminó de recuperar de sus lesiones. La Policía Metropolitana comenzó su búsqueda, lo tenían cercado en el barrio pero sus amigos lo ayudaron a escapar. Las Moras no es seguro ni para la policía, cuando llegaron las primeras patrullas los mismos viejitos que juegan al dominó dieron la alarma, los niños comenzaron a apedrearlos al grito de “nos cayeron los tombo”, así llaman a la policía, eso le dio a Álvaro algo de tiempo para huir, se dirigió a Santa Marta donde estuvo unos días escondido hasta que consiguió un transporte que le llevara hasta la reserva del Putumayo.

- Pero eso está en el sur del país, tuvo que cruzar toda Colombia.

- Sí señor, allá consiguió pasar desapercibido gracias a las raíces de su madre, integrándose en una de las tribus indígenas de la zona. Después de unos meses de convivencia con los miembros de la comunidad, parecía que le había dado esquinazo a la policía y que se había rehabilitado de sus días de alcohol, drogas, y sobre todo de sangre, incluso fue invitado por el chamán de

la tribu a una ceremonia de yagé, una medicina ancestral. La mañana en la que iba a tener lugar la ceremonia, Álvaro hizo una visita al pueblo más cercano, allá pasó por la puerta de un *chochal* donde una puta le invitó a entrar, la tentación y las ganas hicieron el resto. Según algunos testigos estuvo bebiendo y metiéndose pases de coca hasta bien entrada la noche. Cuando regresó a la reserva, la ceremonia ya había comenzado. Había cuatro mujeres alrededor de una hoguera que ya habían tomado la medicina y disfrutaban de su trance, el Puñalá se sentó en el círculo que formaban las participantes esperando a que el chamán le ofreciera su brebaje pero el viejo percibió rápidamente el estado en el que estaba Álvaro y lo reprendió. Parece que la regañina no le debió de hacer mucha gracia al barranquillero que sin pensárselo mucho cogió un cuchillo y se lo clavó al pobre anciano dejándolo mal herido, después se dirigió a cada una de las mujeres y, aprovechándose de la falta de voluntad a causa del yagé, las violó y las fue degollando como a corderos. Hasta la mañana siguiente no encontraron los cadáveres. La mujer del chamán se despertó repentinamente con un mal presentimiento y se dirigió en busca de su marido, fue ella quien dio la alarma. Entre que avisaron a la policía y pudieron acceder hasta el recinto pasaron un par de horas. Los agentes encontraron al chamán moribundo, sólo tuvo fuerzas para decir el nombre del asesino antes de morir. A las chicas las había tumbado boca arriba haciendo que se cogieran de las manos unas a otras, estaban completamente desnudas, con la sangre de cada una de ellas las había marcado con los cuatro elementos. Le mando una foto ahora mismo.

- Muy parecido a lo que el asesino hizo aquí con unos carneros – aportó Martín en cuanto recibió el archivo fotográfico.

- Al viejo lo había amarrado a un poste que servía de soporte para una futura choza, le había sacado los ojos y le había marcado el torso con el cuchillo escribiendo “El Diablo le da ojos...”

- “...a quien no ve” - añadió Martín sin dejarle acabar la frase.

- Sí. ¿Cómo lo sabe?

- Encontramos a una víctima a la que también le habían sacado los ojos y escrito la misma frase en el pecho.

- Finalmente, a los pocos días, consiguieron capturarlo intentando cruzar a Ecuador. Al tipo le cayó cadena perpetua. Decidí ir a verle a la cárcel a ver si podía encontrar algún tipo de relación con su caso, tuve que ir hasta la Guajira y ya sabe que no está precisamente cerca de Bogotá. Después de más de veinte horas de viaje entre avión, autobús y camioneta, conseguí

llegar a la cárcel de Riohacha, el penal más masificado de toda Colombia. Después de conseguir los permisos pertinentes pude verme con Álvaro, tendría que verlo, se ha convertido en una especie de profeta del mal, se presentó sin camiseta, con los brazos, el torso y partes de la cara tatuados, la mandíbula la tiene pintada como si fuera la de una calavera. Me llamó la atención una gran cruz invertida que tenía marcada en el pecho, no era un tatuaje, era una cicatriz, seguramente se la habrá hecho con un cuchillo. Cuando se sentó se quedó con las manos cruzadas sobre la mesa y me estuvo observando con desprecio en absoluto silencio, le hice algunas preguntas para ver qué sabía de las colombianas asesinadas en España, he de reconocer que estoy bastante oxidado y no supe hacer las preguntas correctas, no me respondió a ninguna, sólo obtuve silencio. Después de media hora le dije al oficial al cargo que podía llevárselo, esperé a que se levantase y a que se diese la vuelta para irme pero en ese momento vi algo extraño. En la espalda tenía tatuado un símbolo como el que me envió, el de la estrella.

- ¿Baphomet?

- Ese mismo, pero lo que más me llamó la atención fue que en la misma espalda, como si estuvieran acentuando las puntas de cada uno de los vértices de la estrella, tenía otros cinco tatuajes que decían Belial, Leviatán, Lucifer, Satán y Abigor. Los cuatro primeros los conocía por este caso pero el último no, me llamó la atención así que grité “¿Abigor?”, el *malparío* giró la cabeza sonriendo y me dijo “la sangre limpia todos los pecados de vuestro Dios, es la llave para poder llegar hasta el fuego redentor” y continuó su camino. Ya que estaba en el penal aproveché para saber qué relación tiene con el resto de presos, pregunté a los guardias que me dijeron que es el líder de una de las bandas más numerosas de la cárcel, por lo visto los sábados oficia misas que califican como oscuras donde se las apaña para sacrificar a algún animal, nadie se atreve a decirle nada. Hace unos años hubo una revuelta dentro de la cárcel y una banda formada por sicarios intentó matarlo, imagínese, los sicarios son súper religiosos y todo lo que vaya contra sus vírgenes lo consideran como una ofensa. Todos acabaron decapitados, con las cabezas clavadas en las rejas y los cuerpos quemados en una celda. Más propio de una cárcel mejicana que de una colombiana. Nada salió a la luz pública, desde entonces nadie se atreve a dirigirle la palabra, sólo su círculo de confianza tiene acceso a él, incluso los guardias tienen que pasar unos filtros para poder entrar en su celda. Estuve viendo el libro de registro y no tiene visitas desde hace años, su madre dejó de ir a verlo cuando vio que iba en contra de su

religión, para ella Álvaro está muerto. También pude ver el libro de registro de correspondencia y me llamó la atención que durante años ha estado recibiendo cartas de manera mensual con un matasellos de Bogotá, sin remitente. Estas cartas se multiplicaron a una cadencia semanal en los últimos tres meses. Por suerte toda la correspondencia se abre y se fotocopia aunque no parece que nadie la examine, me dejaron leer las últimas y no me cabe duda de que son del asesinato de colombianas, en ellas le pedía consejo a Álvaro de cómo debía oficiar sus sacrificios, en ningún momento se hace alusión a víctimas humanas pero sí habla de ellas como corderos, hace muchas referencias a un tal Anton Lavey y a sus letanías de Satán, por lo que parece está obsesionado con lo que considera la obra de Álvaro. Al igual que hay un registro de cartas que se reciben también las hay de las que salen de la cárcel, en este caso la dirección de envío es una oficina postal con un número de cliente. En las cartas que la Puñalá envía a su seguidor lo adoctrina tanto en el arte de cometer crímenes como en los de su religión. Le insistía mucho en el hecho de que tenía que acabar lo que él había empezado, que de esa manera pasaría a la inmortalidad de las letras de la nueva Biblia. No las tengo digitalizadas, se las mandaré en cuanto las escanee. También me resultó curioso que una de las cartas iba dirigida al mismo número de cliente pero con las iniciales E.P., en ella venían cuatro números de teléfono con la orden de que se les renovara el saldo periódicamente, dos de esos números coinciden con los que me envió hace unas semanas. Al salir de la cárcel descansé en un motel de mala muerte y al día siguiente emprendí el camino de regreso a Bogotá. A la mañana siguiente me fui a la oficina postal donde Álvaro envía su correspondencia, enseñé mis credenciales a varios funcionarios para que me facilitaran el nombre de la persona que había detrás de ese número de cliente pero no conseguí nada, imposible, así que tuve que recurrir al método tradicional, me debe 100.000 pesitos. El funcionario de correos me pasó en un papel manuscrito el nombre de Galán & Pastrana Abogados, es el despacho al que llegan las cartas. Antes de ir a hacerles unas preguntas investigué un poco. Se trata de un despacho de abogados bastante prestigioso, con varios tratados con despachos de Brasil, Argentina, Panamá y España, sobre todo se dedican a la defensa de clientes adinerados, pero hace unos años, como obra social, se hacían cargo de casos de personas sin recursos y, ¿adivine qué caso llevaron?

- El de Álvaro Ramos.
- Exacto. El juicio tuvo lugar en la Corte Suprema, en Bogotá. Desde el

despacho de abogados sabían perfectamente que lo tenían totalmente perdido y quisieron presentar a Álvaro como una víctima del sistema, de hecho iban a conseguir su objetivo, ingresarlo en una institución mental, tanto los psiquiatras como los peritos a los que llamaron a declarar presentaron estudios en los que certificaban que Álvaro Ramos sufría un trastorno de personalidad severo, catalogándolo de carente de todo sentimiento e incapaz de interactuar con personas en situaciones cotidianas. Todo pintaba muy bien para el barranquillero pero el problema fue que estando en prisión preventiva, durante la celebración del juicio, asesinó a su compañero de celda de un mordisco en la yugular. Por lo que se ve en las grabaciones de la cámara de seguridad actuó sin ningún tipo de provocación previa, simplemente se levantó de su cama, se acercó a su compañero por la espalda y le desgarró el cuello, después se sentó en un rincón tranquilamente y se quedó observando como se desangraba, resultado, cadena perpetua. El abogado principal fue uno de los socios del despacho, Edgar Pastrana, así que con toda la información que tenía me dirigí hacia la calle 75 con la carrera 9, en pleno corazón financiero de la ciudad, y me planté en su despacho. Todavía me sorprende cuando veo las desigualdades a las que estamos expuestos en Colombia, unos viviendo en comunas y otros con despachos en edificios mega lujosos. En recepción se quedaron bastante sorprendidos cuando vieron a un policía en silla de ruedas, ya sabemos que estoy retirado pero en mis credenciales no aparece ese pequeño dato, me presenté y pregunté por el señor Pastrana a lo que su secretaria me contestó que el señor licenciado estaba en una reunión, así que dije que no tenía ninguna prisa y estuve esperando varias horas hasta que por fin me recibió. Cuando entré a su despacho me encontré con un hombre con el pelo canoso, de unos sesenta años, vestía un traje color crema de corte panameño, en la muñeca izquierda, además de un reloj Bulgari, llevaba unas pulseras de piel que atenuaban su edad dándole un estilo algo más juvenil. Sobre la mesa había una foto de una mujer y dos niñas, me imagino que serían sus hijas y su esposa, a la que le sacaría por lo menos veinte años, junto a la imagen había un marco en la que se veía al abogado en un yate pescando con el expresidente Álvaro Uribe, un hombre con contactos. Se acercó, me saludó dándome la mano y me invitó a pasar a una salita algo más desenfadada que tenía dentro del despacho donde gentilmente me ofreció algo de beber. El señor Pastrana me miró con curiosidad sin saber muy bien porqué un policía lisiado estaba en su despacho, tras unos minutos tanteándome me preguntó porqué estaba allí a lo

que le dije que estaba investigando un caso en el que estaba implicado un antiguo cliente suyo, Álvaro Ramos. Fue decir su nombre y acto seguido cambió la postura en su sillón. Le comenté que estábamos colaborando en un caso internacional y que habíamos llegado hasta él después de investigar al Puñalá, tenía que haber visto su cara patrón, parecía un muerto de lo pálido que se estaba poniendo. Lo engañé un poco con el tema de las cartas diciéndole que un preso de confianza de Riohacha nos confesó que Álvaro mantenía un flujo constante de correspondencia con su despacho, nada fuera de lo común teniendo en cuenta que son sus representantes legales. Le dije que habíamos interceptado varias cartas que implicaban claramente a la firma de la que era socio con la muerte de varias chicas colombianas en España, a lo que me respondió que no sabía de qué cartas le estaba hablando, por suerte llevaba copias de varias y de los sobres con el número de cliente de la oficina postal. Cuando Edgar las vio se vino abajo, decía que lo sentía mucho, que él lo único que hacía era recibir las cartas, cambiarlas de sobre y enviarlas desde el despacho. Decía que no sabía de qué trataban, que leyó las primeras allá por el 2012 y que sólo parecían que fueran cartas de amistad, pero un día dejó de enviarlas así que recibió una a su nombre, en ella había un mensaje en el que se podía leer “que no se le vuelva a olvidar enviar mis cartas”, al mensaje le acompañaban dos fotografías de sus hijas en mitad de una mirilla telescópica dibujada sobre ellas. Le pregunté quién había enviado esas cartas y se puso a llorar por miedo a que si me lo decía matarían a sus hijas, traté de tranquilizarlo asegurándole que su familia estaría vigilada en todo momento, viendo que eso no daba resultado le apreté diciéndole que si no me ayudaba tendría que enfrentarse a un juicio con muertos de por medio, así que ante el nuevo escenario no tuvo más remedio que confesar. Por lo visto durante dos años tuvieron de becario a un chico español, consecuencia de los tratados que tenían firmados con los despachos internacionales con los que trabajaban. El joven acababa de terminar la carrera de Derecho en una prestigiosa universidad, por lo visto la familia era bastante adinerada, así que se vino a hacer las prácticas a Colombia. Según lo describía el señor Pastrana era muy trabajador, siempre llegaba el primero y se iba el último, muy obsesivo, quería que todo saliese según la estrategia marcada por el despacho, así que cuando surgía algún imprevisto se enfadaba muchísimo y sufría grandes cambios de humor que no gustaban mucho en el despacho. Cuando se hicieron cargo de la defensa de Álvaro Ramos el chaval se ofreció voluntario para asistir a Edgar. En varias ocasiones el señor Pastrana dejó que lo

entrevistara en solitario, era increíble lo involucrado que estaba en el caso. Estudió todas las pruebas minuciosamente y fue quien diseñó la estrategia para que pudiera acabar en una institución mental. Se hizo cargo personalmente de hablar con los psiquiatras para la evaluación de Álvaro e incluso de sugerirles en qué cuadro clínico se podría enmarcar, todo un fenómeno. Pero....

- ¿Pero...?

- Todo se fue a la mierda. El joven conoció a una señorita de compañía, una prepagó, muy guapa según dicen, se *enchochó* tanto que terminó por enamorarse. La chica lo tenía consumido tanto física como emocionalmente, además él le pagaba absolutamente todo lo que ella le pedía, su rendimiento en el despacho comenzó a bajar notablemente y detalles como el que su cliente compartiera celda no lo tuvo en cuenta. Entre el caso y la puta era una bomba de relojería, así que cuando Álvaro asesinó a su compañero de celda y perdieron el caso, explotó, terminó por darle un brote sicótico en toda regla, estuvo ingresado varias semanas y diagnosticado con un cuadro de esquizofrenia catatónica.

- ¿Qué consiste en...?

- Inmovilidad motora seguida en algunos casos de actividad excesiva, adoptar posturas extrañas, muecas, ecopraxia.

- ¿Qué coño es la ecopraxia?

- Digamos que es lo que hace un mimo cuando imita a una persona que tiene delante.

- ¿Y su tratamiento?

- Tiene varios, aunque lo usual es recetar algún antipsicótico. La clozapina es el más utilizado.

- El mismo fármaco que hemos encontrado en las víctimas.

- Uno de sus efectos secundarios provoca aturdimiento e incluso desmayos. En el despacho no podían permitir tener a alguien así delante de sus clientes por lo que cuando salió del hospital decidieron que su periodo de prácticas había finalizado en Galán & Pastrana Abogados. El joven volvió a España, no sin antes arreglar toda la documentación necesaria para que la prepagó pudiera volar a Europa unos meses después.

- Y ahora lo más importante, ¿cómo se llama ese maldito psicópata? – escupió Martín sabiendo perfectamente la respuesta.

- Sebastián Parral, ese es su nombre.

- Gracias amigo te debo una muy grande.

Apenas había terminado la conversación con Diomedes cuando ya estaba llamando por teléfono a su pupilo.

- Hola Martín, siento mucho lo de...
- ¡Juan Carlos lo tenemos!
- ¿Perdón?
- El asesino es Sebastián Parral.
- Pero eso no es posible su coartada es sólida.
- Necesito que venga a recogerme, tenemos que ir a su casa y detenerlo ahora mismo.
- Claro Martín, pero tengo que informar a Soraya, ahora ella está al mando.
- No le diga nada a nadie, venga a recogerme, ponga la excusa que quiera pero tenemos que cazarlo ya, si dice que yo le he llamado pensarán que estoy boicoteando la investigación y se nos escapará una oportunidad de oro para capturar a Sebastián.
- Bien. ¿Dónde le recojo?
- Estoy en mi casa. ¡Corra!.

Capítulo 40

Juan Carlos llevaba los limpiaparabrisas y las luces de cruce puestas por culpa de una tormenta de verano repentina que en la provincia de Málaga solían descargar con especial virulencia, llegando a durar varios días. Al entrar en la calle Salvador Rueda tuvo que dar un frenazo para no atropellar a Martín que prácticamente se tiró con las manos abiertas sobre el capó del coche. Corriendo se subió en el vehículo policial, estaba empapado y a causa del efecto de la humedad con el contraste del calor del interior del coche, se empañaron los cristales en pocos segundos. Juan Carlos encendió el aire acondicionado con el termostato de calor al máximo para desempañarlos, una técnica que le había sacado en más de una vez de un apuro en días lluviosos, y en apenas medio minuto pudieron iniciar la marcha. Martín estaba muy excitado, totalmente fuera de sí, sin poder parar de negar con la cabeza y de tocarse la cara nerviosamente, aún no entendía como pudieron descartar tan rápido a Sebastián Parral de la lista de sospechosos, si hubieran indagado más, tres personas continuarían con vida.

- Es él Juan Carlos, ha sido él y no nos hemos dado ni cuenta.
- Pero no es posible, su pareja nos dejó claro que estaba con Sebastián cuando se cometieron los dos primeros crímenes, para el único asesinato que no tenía coartada era para el de Yajaira, he mirado en mis notas y su mujer había volado a Oslo y no volvió hasta el domingo por la mañana.
- Tiempo más que suficiente para llegar a Osuna, asesinar a su ex y volver.
- No sé Martín, ¿cómo un reputado abogado va a tener tiempo de quedar con todas esas mujeres, seducirlas, iniciar una relación y asesinarlas?
- Es todo fachada, nunca llegamos a averiguar cómo funciona su bufete, parece que su dinero viene heredado de sus padres, nos dejamos llevar por su fantástica casa, por su preciosa mujer y por lo que oímos de su propia boca, de cómo le había dejado ganar a un magistrado jugando al golf y de lo maravillosa que era su vida. Como íbamos a imaginar que estábamos hablando con un psicópata cuando hasta su mujer nos dejó deslumbrados con

su presencia. Nos engañó, nos mintió hasta cuando nos dijo que había conocido a Yajaira por Facebook y que la primera vez que viajó a Colombia fue con un amigo, no fue así. Sebastián era un becario en un despacho de abogados de Bogotá gracias a los contactos de su padre, y Yajaira era una prepago.

- ¿Una prepago?

- Una puta para niños con dinero. Ese era el eslabón que no encajaba, ¿por qué mató a una colombiana que no se dedicaba a la prostitución? pues ahí lo tenemos, sí que la ejerció aunque no en España. Sebastián es un puto enfermo, sufre de esquizofrenia catatónica.

- Conozco esa enfermedad, estudiamos un caso durante la carrera, eso explicaría su forma de moverse, sus posturas, incluso su manera de hablar, me llamó mucho la atención pero lo achaqué a su excentricidad, incluso su meticulosidad al cometer los crímenes encajaría con los parámetros de este tipo de esquizofrenia.

- Es un obseso, no dejó nada al azar, no sólo quería culminar su obra satánica, también quería destruir a todos los que le habían jodido de alguna manera en los últimos años. Hizo que creyéramos que Santiago era el asesino porque le robó la novia, no creo que fuera muy difícil implicarle y menos aún con el historial delictivo que tenía, sólo tuvo que estudiarlo detenidamente y conocer su rutina. Al igual que usted recogió una colilla de la puerta del gimnasio donde trabajaba, Sebastián pudo hacer lo mismo para dejarla en el escenario de la Feria de las Lagunas, el resto de circunstancias para implicarle las fabricamos nosotros, todo sugestión y las ganas de tener a alguien que encajara como sospechoso, la actitud de Santiago tampoco nos ayudó mucho para librarle de culpa. A Sebastián le salió la jugada perfectamente, no solo lo implicó en los asesinatos sino que consiguió que Alexander se lo cargase, otro al que probablemente le tendría poco afecto y al que ha conseguido que tengamos en el punto de mira por varios delitos, incluido el del asesinato de Santiago. Es muy probable que a todas las víctimas les dijera que se llamaba Santiago Reinaldo por si alguna le decía algo a algún amigo, o como en el caso de Liliana alguna escribía un diario. Además nos tenía controlados desde el principio, conocía cada uno de nuestros movimientos, no sé qué vínculo tendría con Saúl para que éste accediese a que su protegido Ransim hackeara mi ordenador. No me cabe duda de que se lo ha tenido que pasar en grande a nuestra costa, hemos estado a su merced en todo momento. ¡Maldito hijo de puta! – Gritó Martín mientras

golpeaba el salpicadero del coche.

- Estoy seguro que por su patología tiene que estar tomando clozapina, cuando estuve buscando en la base de datos de la seguridad social no aparecía en la lista de pacientes que tuvieran recetados este fármaco.

- Dudo mucho que Sebastián sea de los que ve a un psiquiatra de la sanidad pública.

Pasados unos minutos Juan Carlos paró el coche en la puerta del chalet de Sebastián Parral. La lluvia continuaba apretando con intensidad y ante la falta de previsión ninguno de los dos llevaba paraguas. Abrieron las puertas del coche y se apresuraron en llegar hasta la puerta de la casa intentando mojarse lo menos posible. En el interior se intuía poco movimiento. Tocaron el timbre un par de veces y ante la falta de respuesta comenzaron a golpear la puerta al grito de “¡policía, abran!”, a los pocos segundos la asistenta abrió la puerta al tiempo que se anudaba las cintas de su delantal a la espalda.

- Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

- Buenas tardes señora, soy el inspector Vilches y él es mi compañero el subinspector Ramírez, estuve aquí hace unas semanas. Venimos en busca de Sebastián Parral.

- El señor no se encuentra en casa.

- ¿Y su esposa?

- La señora está durmiendo.

- ¿A las seis de la tarde?

En ese momento escucharon como del piso superior caía algo pesado al suelo. Rápidamente apartaron a la criada y subieron por las escaleras. Miraron una por una todas las habitaciones hasta llegar al dormitorio principal, donde Siw Ann se encontraba tirada en el suelo. Al escuchar el timbre y el alboroto posterior se había levantado de la cama pero no pudo sostenerse en pie. Juan Carlos se agachó para ayudarla a tumbarse en la cama, se encontraba en un estado de lucha por intentar abrir los ojos y no volverse a quedar dormida, la examinó rápidamente y vio que estaba bajo los efectos de algún fármaco. Martín aprovechó para registrar los cajones de la habitación, entre los ordenados compartimentos de Sebastián encontró una caja de medicamentos.

- Mira lo que he encontrado.

- Leponex, es uno de los fármacos que se recetan como clozapina.

- Parece que no solo sedaba a sus víctimas, también a su mujer. Así era

como conseguía escabullirse sin que ella se diese cuenta, la dormía y se largaba.

Juan Carlos trató de despertar a Siw pero no con mucho éxito así que Martín se disculpó con ella y la llevó hasta la ducha para mojarle la cabeza. Pasados unos minutos y con un café en la mano, Siw se encontraba mejor, con un albornoz y sentada en la cama contemplaba atónita a los dos policías.

- Es imposible que mi marido le haya hecho algo así a esas mujeres, Sebastián no es un mal hombre, siempre ha tratado a todas las mujeres con mucho respeto.

- Es difícil de creer pero tenemos pruebas que lo incriminan – dijo Juan Carlos.

- Pero yo estaba con él los días en los que asesinaron a esas mujeres.

- Usted pensaba que lo estaba, su marido la drogaba, probablemente le disolvía este medicamento en alguna bebida por las noches – Martín le enseñó la caja de Leponex al tiempo que le hablaba - y cuando se quedaba dormida sabía que disponía de varias horas para poder llevar a cabo su plan. Necesitamos su ayuda, necesitamos que nos diga dónde está. No puede andar muy lejos, su coche se encuentra en el garaje.

- Pero yo no sé dónde está. Además desde hace un mes prefiere moverse en la moto que tiene alquilada – ese dato hizo que los agentes se mirasen entre sí.

- Piense en algún sitio, a qué lugar suele ir Sebastián cuando quiere estar solo.

- Puede que... cuando murieron sus padres heredó una casa de campo en Coín, a una media hora de aquí, es una casa que no me gusta nada, me da pánico, en una ocasión estuve en ella y me prometí que nunca más volvería. Sebastián le tiene mucho aprecio porque primero perteneció a sus abuelos y pasaba los veranos en ella.

- ¿Sabe cuál es la dirección?

- No, la desconozco, pero sé cómo se llama la casa, Villa Inmaculada.

- Muchas gracias señora. Hemos llamado a una ambulancia para que la examinen, no sabemos por cuanto tiempo le han estado suministrando este fármaco ni las posibles consecuencias que pueda tener. Nos mantendremos en contacto con usted.

Capítulo 41

Mientras Juan Carlos conducía, Martín llamaba rápidamente al teniente de la Guardia Civil Gabriel Ramos.

- Martín últimamente hablamos más que en los últimos me...
- Gabi necesito tu ayuda – dijo Martín sin dejar que Gabriel acabara su frase - ¿Tienes acceso a todas las fincas de Coín?
- Más o menos sí, en muchos casos se han ido haciendo particiones entre familiares sin registrar las divisiones.
- Necesito que me busques una finca, Villa Inmaculada, necesito la dirección urgentemente.
- Espera un momento - Martín escuchó como su colega le pedía a su ayudante que le buscase dónde se encontraba la casa – ¿Tienes para apuntar?
- Sí
- 36.681486, -4.786215 son las coordenadas, mételo en el gps, te será más útil que la dirección.
- Gracias Gabi.
- ¿Martín va todo bien? Te noto alterado.
- Todo bien Gabi muchas gracias.

Vilches colgó el teléfono y apuntó las coordenadas en el navegador de su teléfono. En primer lugar hizo una vista aérea para hacer un reconocimiento previo del terreno, la casa se encontraba en mitad de un campo bastante extenso, lo suficiente para poder hacer todo el ruido dentro de la propiedad sin molestar a los vecinos. La casa no parecía excesivamente grande, según la escala de Google Maps y comparándola con las casas de las fincas anexas. A continuación pulsó al botón de iniciar para que el gps les indicase cómo llegar hasta la ubicación.

La vía que comunicaba Marbella con Coín era una carretera nacional de montaña de alrededor de 35 kilómetros con varias curvas peligrosas que circundaban pueblos como Ojén o Monda. Tuvieron que atravesar el centro del pueblo para poder llegar a un camino que llevaba hacia varias fincas hasta que el navegador les indicó que tenían que torcer a la izquierda por una pista

de arena que, gracias a la lluvia que estaba cayendo, se había convertido en un barrizal. Al final de la pista encontraron un muro de piedra con una verja cerrada, pararon el vehículo y dejaron al coche alumbrando con los faros hacia el interior del recinto. Aún no había caído la noche pero las nubes habían conseguido que la tarde estuviera totalmente cerrada. Bajaron del coche y cogieron un par de linternas del interior. Juan Carlos abrió el maletero, sacó una cizalla y se dirigió a la verja para cortar la cadena que la mantenía cerrada. Una vez dentro del perímetro vieron al fondo una casa rústica, sin grandes lujos, de la que una luz en su interior les avisaba de la presencia de alguien. A la derecha de la casa había un pequeño techado que servía como garaje improvisado donde se podía ver la parte trasera de una motocicleta.

Los inspectores decidieron que lo mejor era separarse para flanquear la casa y reducir las posibilidades de huida de Sebastián. Martín comenzó a andar en dirección a la puerta principal mientras que Juan Carlos se dirigió hacia una de las ventanas de la casa. El terreno era tremendamente irregular, estaba lleno de zarzas y matas que dificultaban el camino. Para no llamar la atención apagaron las linternas guiándose únicamente por la luz de la casa. Quedaban escasamente cincuenta metros para que Martín llegase hasta la puerta cuando un sonido sordo y metálico precedió al grito de su ayudante.

- ¡Juan Carlos! ¿Qué pasa? ¿Está bien?

Sólo conseguía escuchar el lamento del subinspector que no era capaz de articular palabra así que salió corriendo en su busca, cuando llegó a su altura la escena era peor de lo esperada, Juan Carlos estaba tirado en el suelo con un cepo dentado clavado en su tobillo derecho. En ese momento alguien abrió la puerta de la casa obligando a Martín a tirarse al suelo y a taponarle la boca con fuerza a Juan Carlos para que no emitiese ningún sonido que los delatase. Era Sebastián, estaba plantado en el umbral de la puerta oteando el horizonte con un cuchillo de cocina en la mano, se quedó así por más de un minuto hasta que un rayo se dibujó en el cielo y tronó con fuerza, en ese momento se limpió la nariz con el dorso de una mano y volvió a entrar.

Martín quitó la mano de la boca de su compañero que respiró jadeante. Rápidamente se acercó al cepo e intentó abrirlo pero Juan Carlos volvió a gritar de dolor. Buscó un palo y le dijo que lo mordiera. Volvió a intentar abrirlo empleando todas sus fuerzas hasta que otro sonido le indicó que había conseguido su cometido. El tobillo había quedado muy mal herido, sus dientes irregulares le habían desgarrado parte del músculo y le había

provocado una fractura en la tibia. Martín se quitó la camisa quedándose tan solo con una camiseta interior de tirantes, le vendó la herida con la prenda y le dijo se quedara tumbado, a continuación sacó su teléfono para pedir ayuda pero no tenía cobertura.

- Juan Carlos deme su teléfono.

Su ayudante sacó su móvil del bolsillo pero tampoco tenía cobertura. Martín decidió llevarlo al coche pero, al intentar levantarlo, Juan Carlos le dijo que lo dejase allí, atrapar a Sebastián era la prioridad. Lo miró con una pequeña duda y salió corriendo hacia la casa con su pistola en la mano. Lo primero que hizo fue acercarse a una ventana para ver si podía ubicar al asesino pero no lo encontró, se dirigió a la puerta y puso su mano en el pomo. Por suerte al girarlo la puerta se abrió lentamente con un chirrido que esperaba que no pusiera en alerta a Sebastián. Cuando la puerta estuvo abierta por completo se encontró con un pasillo angosto de no más de un metro de ancho, estaba en penumbra y sólo conseguía ver una luz que se dibujaba tras un arco al final del pasillo. Avanzó unos metros por el suelo de madera que crujía a cada paso, no se apreciaba ningún movimiento dentro de la casa, al menos no delante suya, Martín había descuidado su espalda y no imaginaba que aquel psicópata estuviera encima de la puerta suspendido gracias a la presión que sus manos y pies ejercían en las paredes del pasillo. Sebastián lo tuvo fácil, bajó con cuidado hasta el suelo, como si fuera una sombra de sí mismo, y cuando Martín se giró al escuchar como la puerta se cerraba se encontró con un palo de golf impactando en su cabeza.

Cuando despertó habían pasado apenas cinco minutos desde que cayó desplomado, tardó un momento en evaluar la situación, se encontraba atado con cinta americana tanto por las muñecas como por los tobillos a una silla. De su cabeza brotaba un reguero de sangre que le resbalaba por la cara. Se encontraba en un salón pequeño con una mesa redonda repleta de velas encendidas que a su vez estaba delante de una chimenea que hacía de altar improvisado. A su derecha una puerta de armario de madera y a su izquierda un arco con una puerta abierta que parecía que llevaba al pasillo por el que había entrado. Intentó zafarse de sus ataduras pero el esfuerzo fue inútil. En ese momento escuchó como una voz que venía de su espalda reprobaba su intención.

- ¡No, no, no, no, no! ¿Le parece bonito entrar en una casa privada sin una orden y con una pistola en la mano? No señor inspector, si quería verme solo tenía que haberme llamado.

Martín giró la cabeza y pudo ver a Sebastián que iba vestido con una túnica blanca, llevaba un quemador en la mano y estaba encendiendo decenas de pequeños cirios que se esparcían por el suelo.

- Te hemos cogido hijo de puta, tu juego ha terminado – dijo Martín perdiendo todo formalismo.

- ¿Me habéis cogido? – soltó una carcajada irónica- aquí el único que ha sido atrapado ha sido usted inspector – dijo apenas sin inmutarse mientras continuaba encendiendo velas lentamente.

- Sabemos todo, como mataste a cada una de las víctimas, como...

- No saben nada, como maté a cada una de las víctimas, eso es fácil, lo hice de la manera más gráficamente posible, entender sus muertes... eso es otra historia. No está preparado inspector, no lo ha estado nunca, usted cree que sí pero está muy lejos de la verdad, desde el primer día su fanfarronería le ha hecho creer que entendía lo que estaba pasando pero no, nada más allá de la realidad, le he estado observando, he estado respirando en su nuca, le he guiado por una pequeña parte de mi mundo, pero eso no le hace conocedor de nada. Me encantó ver su cara el día que encontraron la primera de mis ofrendas.

- Jessica, se llamaba Jessica.

- Sí, sí, como quiera, Jessica. Fue fácil pasar desapercibido entre aquel tumulto de gente ávida de sangre. Ver su mueca de pequeña victoria al subirse al capó de la furgoneta pensando que había dado un gran paso en su investigación, qué perdido estaba. Umm, aún recuerdo comoapestaba esa pequeña zorra, fue excitante, no se hace una idea de cómo huele el sudor de una persona que sabe que no tiene escapatoria, de una mujer que no entiende que su vida vale más muerta que viva, de una perra que trata por todos los medios de seducirte para que le dejes escapar, fácil en teoría para todas ellas, eran putas después de todo. Una lástima hasta donde se puede degradar el ser humano para sobrevivir, más o menos como lo que le va a pasar a usted en unos momentos. Pero con los hombres es distinto, los hombres hasta en sus últimos momentos sacan su bravuconería, “Oh te voy a matar hombre malo”, como si estuviesen en una película americana. Al menos usted va a poder ser testigo de cómo culmino mi obra, aunque será lo último que vea.

- Eres un puto enfermo.

- Ese es su punto de vista, el mío es bien distinto y nunca nos podremos de acuerdo. Le voy a intentar hacer ver que se equivoca, como su percepción de lo correcto le nubla la vista de lo que mi obra quiere transmitir – Sebastián

encendió la última de las velas y se apoyó en la mesa para quedarse frente a Martín, separados por escasos cincuenta centímetros - ¿Conoce el cuento de los seis sabios y el elefante?, seguro que le va a gustar. <<Érase una vez seis hombres sabios que vivían en una pequeña aldea. Los seis sabios eran ciegos. Un día alguien llevó un elefante a la aldea. Los seis sabios buscaban la manera de saber cómo era el elefante, ya que no lo podían ver. "Ya lo sé", dijo uno de ellos. "¡Palpémoslo!". "Buena idea", dijeron los demás. "Ahora sabremos como es un elefante". Así, los seis sabios fueron a "ver" al elefante. El primero palpó una de las grandes orejas del elefante. La tocaba lentamente hacia adelante y hacia atrás. "El elefante es como un gran abanico", gritó el primer hombre. El segundo tanteó las patas del elefante. "Es como un árbol", exclamó. "Ambos estáis equivocados", dijo el tercer hombre. "El elefante es como una sogá". Éste le había examinado la cola. Justamente entonces el cuarto hombre que examinaba los finos colmillos, habló: "El elefante es como una lanza".

"No, no", gritó el quinto hombre. "Él es como un alto muro", había estado palpando el costado del elefante. El sexto hombre tenía cogida la trompa del elefante. "Estáis todos equivocados", dijo. "El elefante es como una serpiente". "No, no, como una sogá".

"Serpiente". "Un muro". "Estáis equivocados". "Estoy en lo cierto".>> Y así estuvieron durante días y días, cada uno obcecado con su idea, exactamente igual que usted inspector, su pensamiento es demasiado estructurado, su percepción del bien y del mal está totalmente estandarizado, además es usted un hipócrita, defiende lo que su placa le dice que tiene que defender pero es usted un putero, borracho y drogadicto.

- Y tú eres un maldito...

Antes de que Martín pudiera terminar su frase Sebastián cogió cuchillo que tenía en la mesa y se lo clavó en el cuádriceps al inspector que gritó tan fuerte que ni los truenos de la tormenta eran capaces de acallar.

- He estado cerca de la femoral, le puedo asegurar que no he fallado. – Sebastián volvió a dejar el cuchillo ensangrentado sobre la mesa y se fue hacia el otro lado de la misma, como si se tratase de un altar de iglesia donde la chimenea era el retablo y la mesa el lugar de sacrificio. – Después de todo me tienen que dar las gracias, he limpiado un poco sus calles, y no, no me refiero al haber quitado de en medio a cinco impuras, me refiero al musculitos y a Gorbachov. Que fácil ha sido implicar al coco plano de Santiago, tan simple, me da hasta pena. De verdad creía que iba a dejar pasar

el desaire de robarme a esa puta, la arrogancia es lo que tiene, nunca piensas que haya alguien más listo que tú y en este caso todos éramos más listos que él. Fue tan tonto que aún sabiendo que era sospechoso iba dejando pistas incriminatorias, no es que él estuviese ahí pero conseguir su ADN fue extremadamente sencillo, además le tengo que dar hasta las gracias, he vuelto a conducir una moto después de tantos años. He de decir que fue lo que más me costó conseguir, una igual que la suya. El que lo matasen fue más bien culpa suya, usted fue quien le dio un posible asesino al maridito de esa zorra, Alexander Vasíliev, vaya personaje, me habría gustado ver como dejaron a Santiago; ahora ya no pisará más España, ve como mi obra no es tan mala como piensa.

- ¿Pero por qué? ¿Qué sentido tiene matar a cinco mujeres indefensas?

- Todo, mi querido inspector, tiene todo el sentido. ¿Cómo puede estar tan ciego? Satán, Lucifer, el Demonio o como quieran llamarlo es una copia exacta de su Dios, uno no podría vivir sin la existencia del otro, sin él no habría conciencia de lo que es el bien y el mal, como le he dicho son una copia exacta y como tal todo tiene que guardar su equilibrio. Dios tiene el Pentateuco que está considerado sagrado por todas las religiones abrahámicas, nosotros contábamos con nuestra Biblia, la que escribió Anton LaVey en 1969, pero ésta estaba incompleta, sólo contaba con cuatro libros, el libro de Satán, el libro de Lucifer, el de Belial, y el libro de Leviatán, sin lugar a dudas una obra magnífica pero incompleta, faltaba un libro, el libro que he tenido el honor de escribir para recuperar el equilibrio, el libro de Abigor – dijo al tiempo que levantaba un manuscrito encuadernado con tapas de cuero negro ribeteado con hilo rojo y con el nombre de Abigor en su portada – Este libro me hará pasar a la historia, este libro es la culminación de mi obra, cinco sacrificios para conmemorar cada uno de los libros, cinco sacrificios para alimentar a cada uno de los demonios que Dios, tu Dios, ha querido que tuvieran el poder del Averno.

- ¿Pero por qué ahora?

- Era el momento, todo confluía para que fuese en estos días, ni antes ni después. Tenía que ser en junio para venerar a Baalberith, el demonio de los abogados, el demonio que imparte la justicia infernal para equilibrarse con el número cinco del Geburah, el número de la justicia de la Kabbalah. Tenía que ser este año porque no volverá a haber cinco sábados en un mes de junio en más de un lustro. ¿Le parece poco?

- Eres un puto enfermo.

La hemorragia provocada por la herida de la pierna comenzaba a dejar a Martín sin fuerzas, se encontraba al borde del desmayo e inevitablemente de la muerte. Sebastián le cogió de la barbilla y le pidió que aguantase un poco más antes de morir, así sería testigo de un hito histórico.

- Ha llegado el momento mi querido inspector.

Sebastián cogió de la mesa un cáliz que contenía un líquido espeso, lo levanto sobre su cabeza y lo vertió sobre si mismo para que chorrease por todo su cuerpo. En ese momento a Martín le vino un fuerte olor a queroseno que emanaba de aquel brebaje. Sebastián cogió el libro y lo abrazó con fuerza, a continuación se puso sobre varias de las velas encendidas por el suelo y su túnica comenzó a arder, expandiéndose las llamas por el resto de su cuerpo rápidamente. Sebastián comenzó a recitar una y otra vez los nombres de los distintos libros de la nueva Biblia << Satán, Lucifer, Belial, Leviatán, Abigor. Satán, Lucifer, Belial, Leviatán, Abigor>> hasta que las llamas subieron por su cuello y aquellas palabras se convirtieron en un grito agónico y la aparente calma en un balanceo que acabaron con Sebastián esparciendo las llamas por todo el salón hasta que cayó, tirando consigo a Martín al suelo. El fuego se propagó rápidamente por la tarima de madera y por los muebles antiguos, Martín permanecía inmóvil sin fuerzas para zafarse de sus ataduras, todo comenzaba a nublarse, notaba como su vida se sostenía por un filo hilo que se desvanecía lentamente. A lo lejos le parecía escuchar un sonido acompasado que precedía a la despedida de su vida terrenal, hasta que finalmente su consciencia le abandonó en aquel infierno llameante.

Capítulo 42

<< En el 6º día Dios creó al hombre, en el 7º día el hombre destruyó a Dios, creando así su propio destino>>

Un mundo blanco se abría ante los ojos de Martín, se sentía encorsetado pero con una paz infinita, flotando ante la inmensidad de un mundo del que no se había despedido, feliz por saber que aquel psicópata asesino no volvería a matar pero apesadumbrado por no haber podido evitar aquellos asesinatos infames.

- Martín, Martín. ¿Puede oírme?
- ¿Dios? ¿Eres tú?
- No jefe, soy Juan Carlos.

En ese momento su ayudante se acercó para que pudiera verlo. Estaba escayolado e iba con muletas.

- Ha estado inconsciente cinco días.
- ¿Cinco? ¿En serio? ¿No podían ser cuatro o seis? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?
- Estás en el Hospital Clínico. Tuvimos suerte. Yo estaba fuera de la casa. Al ver que pasaba el tiempo y no salía con Sebastián supe que algo iba mal. Apenas si me podía mover. Pasada media hora empecé a ver que salía humo de la casa, pensaba que no le iba a volver a ver con vida pero por suerte apareció una patrulla del Seprona y pudo sacarle de la casa. Al parecer el Teniente Ramos no se quedó tranquilo con su llamada y nos envió un refuerzo.
- ¿Y Sebastián?
- Nada, la casa ha quedado reducida a cenizas. Supongo que quiso morir como un profeta, polvo eres y en polvo te convertirás.
- Tiene gracia.
- En estos días ha sido el hombre del momento, ha venido media plana mayor de la Policía, también ha venido algún que otro político a hacerse fotos, tenemos medios apostados en la puerta del hospital que están como locos por entrevistarle.
- Nada de periodistas. ¿Ha pasado algo interesante en estos días?
- La verdad es que sí. Recibimos una cinta de vídeo VHS en comisaría,

imagínese la que tuvieron que liar para conseguir un reproductor. En el vídeo se puede ver como Sebastián ejecuta al doctor Saúl. Me imagino que la cinta nos la envió Ramsim, debe ser su manera de contribuir en el caso, dudo que podamos preguntarle directamente.

- Un hacker honesto.
- Eso parece. Voy a dejar que descanse.
- Gracias Juan Carlos.
- No hay de qué. Por cierto, una última cosa, parece que gracias a los antibióticos que le han suministrado han controlado un pequeño problemita que usted tenía en forma de enfermedad venérea.

Martín lo miró sorprendido.

- Descuide jefe, su secreto está a salvo conmigo.

AGRADECIMIENTOS

Durante los dos años que tardé en escribir esta novela he molestado a varios profesionales y amigos para poder documentarme debidamente .

En primer lugar quiero dar las gracias a mi gran amigo David Bailón, que me animó en su día a que escribiera una novela, además de alentarme para que escribiera mis primeras líneas también ha sido mi editor durante el arduo proceso.

También quiero darle las gracias a otro gran amigo, el psicólogo César Martínez, que me ayudó para documentarme acerca de la patología y el carácter del asesino.

Al periodista Enrique Moreno, que en un momento en el que estaba atascado me hizo un par de valiosas recomendaciones.

A Patricia Moreno, que me ayudó con las primeras correcciones y que me metió un poco de prisa para terminar el formato del libro.

A mi familia, que durante muchos meses han escuchado pasajes del libro sin pies ni cabeza.

Al club de lectura “Que no falte ni Gloria”, porque han sido los primeros en leerse la novela y en darme su opinión.

Y a ti lector, porque si has llegado hasta aquí es porque te has leído todo el libro y esa es mi mayor satisfacción.